

CULTURA Y NATURALEZA

TEXTOS NOVOHISPANOS
COMO FUENTES PARA EL ESTUDIO
DE HISTORIA AMBIENTAL,
SIGLOS XVI-XVIII

ENRIQUE DELGADO LÓPEZ



Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades



Universidad Nacional Autónoma de México, Morelia
Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental

CIGA

SERIE: HISTORIA, CULTURA Y AMBIENTE

Cultura y Naturaleza: Textos Novohispanos como fuentes para el estudio de historia ambiental, siglos XVI-XVIII.

Enrique Delgado López

Serie: Historia, Cultura y Ambiente

Editores responsables de la serie:

Miguel Aguilar-Robledo
Anuschka van't Hooft
Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades

Pedro S. Urquijo Torres
Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental

Cuidado editorial y diseño:
Peter C. Kroefges

Imagen de portada basada en: Abraham Ortelius, 1564,
Nova Totius Terrarum Orbis Iuxta Neo Tericorum Tradiciones Descriptio.

Primera edición: 2008

ISBN 13: 978-970-705-096-9

D.R. ©
Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades de la
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental de la
Universidad Nacional Autónoma de México, Morelia

Impreso y hecho en México

A Gerardo Bustos

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	7
<i>I. El ecumene y la ampliación del espacio habitable</i>	19
<i>II. Hernán Cortés: La utilidad del paisaje conquistado</i>	33
El deseo por descubrir los secretos de la tierra	33
El concierto y mantenimiento de las ciudades en las cartas de relación	38
El paso interoceánico	45
La expedición de las Higueras y las adversidades de la zona tórrida	48
<i>III. De la cristianización del paisaje indígena a la calidad y abundancia de las tierras novohispanas</i>	53
Fray Toribio de Benavente, Motolinia, y redención del humanal linaje.	53
La ofensa a Dios	57
Las bondades del paisaje cristianizado	60
La “riqueza” de la naturaleza novohispana	65
Las cualidades de México, tlaxcala y la Ciudad de los Ángeles	70
Fray Bernardino de Sahún y la racionalidad de los hombres	75
Los frailes criollos: Agustín de Betancurt, Francisco Javier Clavijero y Rafael Landívar.	83
<i>IV. Enrico Martínez: la relación entre el micro y el macrocosmos</i>	93
La influencia de los astros y de las esferas	93
El reortorio de los tiempos, obra de astrología	98
<i>V. José de Acosta y la filosofía sobre naturaleza americana</i>	111
Los aportes del padre Acosta a la ciencia moderna	111
La habitabilidad del mundo	120
La diversidad de la tórrida zona	123
La razón en la explicación de la naturaleza americana	125
<i>VI. Palabras finales</i>	141
<i>Referencias citadas</i>	147

FIGURAS

Figura 1. Atribuido a Parménides, el diagrama muestra la división del planeta en las fajas climáticas, la templada es la única que reúne las condiciones óptimas de habitabilidad.	10
Figura 2. La ciudad de México-Tenochtitlan en el mapa atribuido a Hernán Cortés.	21
Figura 3. El mapa de Sebastián Münster.	23
Figura 4. El encuentro entre indígenas y europeos en la obra de Teodoro de Bry, 1595.	25
Figura 5. El camino del ejército de Hernán Cortés que lo llevó por el intrincado y adverso trópico.	49
Figura 6. Mapa atribuido a Cristóbal Colón; en él se indica tanto el plano terrestre como las esferas en las que se divide el universo.	103
Figura 7. El mundo de acuerdo con Pierre DEsceliers, 1550.	130
Figura 8. El mundo de acuerdo con Abraham Ortelius, 1564.	130
Figura 9. El mundo de acuerdo con Gerardo Mercator, 1569.	131

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es un acercamiento a una idea que acompaña a la cultura humana. Es un recuento en el que el hombre como tal, desea explicar una relación entre él y la naturaleza; los dos mundos a los que como criatura pertenece, pero que se puede deslindar de alguno, aunque nunca de ambos. Para su desarrollo se consideran factores geográficos en general, sin caer en la propuesta de una finalidad tajante del papel de ellos en el devenir histórico.

Dice Eduard May¹ que la naturaleza es el conjunto de todas las cosas corpóreas y de los fenómenos a ella vinculada, amén de los procesos y agentes que, de hecho o presuntamente, se hallan en su base, cuya existencia y modo de ser son independientes de nuestra voluntad y de nuestra acción, “minerales, las plantas y los animales son seres naturales porque tropezamos con ellos en el mundo exterior y su existencia no supone ninguna intervención humana”, pero aclara que muchos de los juicios relativos a la naturaleza son interpretaciones de lo observado.

Para Raquel Álvarez Peláez² la vida del hombre no es más que un monólogo con la naturaleza, largo e inevitable, ya que es parte de ella; tiene la capacidad de distanciarse, de situarse fuera, con el único fin de comprenderla, conocerla y, en definitiva, utilizarla.

Luis Villoro brinda diversos puntos sobre la trascendencia del hombre en su relación con la naturaleza. Indica que el hombre constantemente se realiza a sí mismo y lo hace de una manera: creando. Es ante todo un ser creador y la acción implica transformación y con ello engendra un mundo nuevo, el de la cultura. De esta forma “nace opuesto a la naturaleza; inerme al principio, crea sus propios instrumentos para protegerse de las inclemencias naturales, se opone al entorno hostil y lucha con él hasta vencerlo, para adecuarlo a sus necesidades”.³ Gracias a su virtud y su estudio logra recrearla; su esfuerzo y conocimiento racional le permiten superar su debilidad y logra dominarla. Si bien la naturaleza fue creada para él, se convierte en el artesano que la moldea, usándola como materia prima para formar sus propias obras.

¹ Eduard May. *Filosofía natural*. FCE, México, 1956, pp. 13-14.

² Raquel Álvarez Peláez. *La conquista de la naturaleza americana*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1993, pp. 13-14.

³ Luis Villoro. *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. FCE, México, 1992. En los siguientes renglones citaré esta obra, correspondiente al capítulo “La idea de la cultura”, pp. 35-41.

INTRODUCCIÓN

La creación del hombre no se añade a la naturaleza como un ropaje, sino que la reordena bajo formas que le son propias, “así como Dios creó al hombre a su propia semejanza, así el hombre, pequeño dios, crea a su imagen, con su trabajo, este segundo mundo”.

Villoro habla de dos partes del cuerpo humano que representan las tareas constantes de contemplación y transformación: el ojo, ligado a la primera, y la mano, instrumento del trabajo, a la segunda. El primero no tiene poder transformador, pero sí ordena a la otra el poder activo y la práctica transformadora. El ojo, dice, ordena a la mano cambiar el mundo que él admira; en otras palabras, el conocimiento está ligado a la práctica, y ésta carece de sentido si no está guiada por aquél. Las maneras en que el ojo ordena a las manos transformar, son dos: el arte y la ciencia. Es decir, la visión estética y la intelección científica responden al mismo empeño.

Por el arte se forjan espacios nuevos, se inventan las reglas de la perspectiva, que no son leyes naturales, sino meras normas que “rigen a los objetos tal como sólo el ojo los contempla”. Como ejemplo “la arquitectura está destinada a crear una nueva morada al hombre que refleje la estructura que ha inventado para su vida social”. En este caso, Villoro recuerda la “ciudad ideal” de Leonardo, planificada conforme a la razón, cuya traza corresponde a las relaciones de clase y a los hábitos de una república ordenada.

Tornmaso Campanella, presentado por Villoro, reflexiona sobre la paradoja del hombre en cuanto a que “es, entre los entes naturales, el más débil, ninguno nace con la fragilidad y desamparo del retoño de la especie humana”. Dice que Campanella que el “Hombre se llama el que del fango nace, sin industria, sujeto, inerme, desnudo”, mientras los otros animales nacen provistos de escamas, cuernos, garras, de inmediato saben caminar y socorrerse, llenos de fuerza. Sin embargo, el hombre es el más poderoso: “dios segundo, milagro del primero, ordena a la tierra, sin alas se eleva al cielo, cuenta sus movimientos y medidas, calcula sus naturalezas”, domina el viento y los mares, recorre la tierra entera, doma los animales, “todo ardid fiero y toda astucia abate, con ellos se adorna y combate...grandes ciudades construye, e impone leyes, impone leyes como un dios”. ¿Qué animal, fuerte, sagaz, puede hacer lo que el hombre, inerme, desnudo y débil? ¿Qué animal podría hacer una mínima parte de lo que hace esta debilísima creatura?⁴

Esa débil “creatura” trasciende su situación natural por estar abierto a posibilidades ilimitadas, una tenaz recreación y reordenación

⁴ *Ídem*, p. 39-40.

de la naturaleza. Su fin, aquello que da un sentido a su vida, no es dejar este valle de dolor para vivir la eternidad, lo que le otorga sentido a su existencia es dar una nueva figura al mundo, creando otro, hecho a su semejanza y a sus requerimientos. Esta segunda naturaleza, la creación del hombre, está hecha a su imagen ideal por símbolos, fantasías, usos e incluso la ciencia, guiada ésta por el conocimiento. La construye con objetos dóciles a su voluntad, útiles a sus fines. En suma no es contemplador ocioso, es más bien un creador activo.

La relación con la naturaleza implica, entonces, dos formas; una, dentro de un mundo natural, que lo transforma y le impone códigos; la otra, el entorno mismo del hombre y sus asuntos, esto es la cultura, en tanto que formas de creencias que estructuran a la comunidad humana. De esta manera, el mundo natural no dice nada directamente si no le otorga, el ente cultural llamado hombre, significados.

Al respecto es interesante el marco religioso. La naturaleza, al ser obra de Dios, abriga al hombre para su morada y éste visualiza en aquélla, por ser creación divina, una “obra perfecta”.

En el pensamiento antiguo y medieval, el Cosmos, en donde se inserta también la sociedad humana, presentó un orden finito. Cada cosa tenía su propio emplazamiento. Al respecto Claude Kappler⁵ señala que ciertos lugares por su naturaleza y posición en el Universo están predestinados a una función mítica, a una germinación maravillosa y sorprendente, de tal forma que son sometidos a juicios de valor cuya referencia es su posición en la jerarquía universal. Lo alto y lo bajo, lo superior y lo inferior, el norte y el sur, el centro y la periferia, adquieren un simbolismo cuya repercusión es simetría, equilibrio, igualdad, equidistancia para así acercarse a la perfección.

El providencialismo convivió con ideas conformadas por griegos y latinos con pocas modificaciones en lo sustancial. Aclaró el papel rector de Dios en un mundo concebido a su voluntad, dictando leyes que lo rigieran e inspirando los designios propios de la historia; lo dividió entre cristianos o civilizados y los *otros*, pueblos olvidados de su mano, pero, si fuera el caso, podrían ser llevados al seno de su iglesia.

Este orden cósmico del que habla Kappler también se presentó en la sociedad, basado en esta ocasión en el rango o jerarquía, ya que si bien los hombres pueblan un mismo universo, existe una razón para cada uno de ellos. Al respecto deben existir esclavos y ciudadanos libres; ricos y pobres; opresores y oprimidos. Las *humanitas* seña-

⁵ Claude Kappler. *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Akal Universitaria, Madrid, 1986, p. 32.

INTRODUCCIÓN

laron que sólo el no civilizado, el violento y marginal, es un bárbaro y como tal debe ser redimido, conquistado, en una palabra, humanizado⁶; una vez logrado, se estará por encima de toda condición.

La pretendida armonía se ligó a las zonas climáticas en las que se dividió el mundo. El ser habitante de lugares que se concibieron como inhabitables, como la zona tórrida por ejemplo, implicó, por lógica, ser distinto. De aquí se desprendió un modelo geográfico igualmente heredado de los griegos: la zona habitada por ellos sugirió el concepto del *oikumene*, aquella que ofrecía condiciones de vida favorables para el desarrollo de la civilización. En una lectura rígida del mapa de Parménides (Figura 1) la “zona temperata” era la única que ofrecía condiciones óptimas para la civilización.



Figura 1. Atribuido a Parménides, el diagrama muestra la división del planeta en las fajas climáticas, la templada es la única que reúne las condiciones óptimas de habitabilidad.

⁶ Carlos García Gual. “La visión de los otros en la antigüedad clásica”. En Miguel León Portilla, et. al., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo I. Imágenes interétnicas*. Siglo XXI de España editores, Madrid, 1992. p. 9.

Con ello, el *oikumene* quedó ligado al avance cultural, a la civilización y, de manera aún más específica la zona templada. Ésta adquirió una categoría precisa, pues era en donde el hombre estaba en plena armonía con el universo cósmico al existir consonancia con “los astros, con el clima, el suelo el agua, los vientos, las estaciones del año, etcétera”.⁷

El problema siguió caminos no sólo en la geografía, sino también en lo que conocemos hoy como etnografía, antropología o fisiología, tan sólo por citar algunas disciplinas. Por ejemplo en Herodoto⁸ existen descripciones del *oikumene* de su época, del espacio habitable. En la innumerable información que legó a la humanidad, refiere particularidades de los pueblos que visita y los describe con un claro objetivo: distinguirlos de la cultura a la que él pertenece. Por ejemplo habla que los budinos, quienes “ni hablan la misma lengua que dichos gelonos, ni siguen el mismo modo de vivir, pues siendo originarios o naturales del país, siguen la profesión de pastores y son los únicos en aquella tierra que se comen sus piojos”.⁹ También advierte¹⁰ las diferencias entre los territorios templados en que residen los griegos y los ubicados en los confines de Asia; señala que los puntos extremos de la tierra habitada se distinguen por la posesión de cosas bellas y preciosas, pero a la Grecia ha tocado la fortuna de ubicarse en climas templados, con un cielo más dulce y apacible.

Por su parte Hipócrates¹¹ trata la relación en términos propios de la fisiología. Habla de la influencia directa que tiene el medio en el desarrollo cultural y en la psique humana, de tal forma que “las constituciones y los hábitos de un pueblo se ciñen a la naturaleza que habita”. Sus escritos son consejos para los médicos empeñados en cumplir su tarea en relación con los vientos y los tipos de enfermedades, así como la ubicación de las ciudades.

En su obra, el cuerpo humano es un microcosmos, que al igual que el mundo, se compone de los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra. La combinación de ellos forman los humores, que difieren de un hombre a otro, dando lugar al temperamento.

La doctrina hipocrática hace énfasis en los cambios de las condiciones del medio ambiente, mismos que en todos los aspectos son, en efecto, los que despiertan la inteligencia del hombre y no le permiten

⁷ *Tratados hipocráticos*. Ed. Gredos, Madrid, 1986. Introducciones, traducciones y notas por J.A. López Férrez y E. García Novo. Introducción p. 18.

⁸ Herodoto. *Los nueve libros de la historia*. Ed. Gredos, Madrid, 1991, p. 66.

⁹ *Ídem*, p. 195.

¹⁰ *Ídem*, p. 151.

¹¹ *Tratados hipocráticos*. Op. cit.

estar inactivo. “Por esos motivos me parece a mí –habla Hipócrates– que carece de vigor el pueblo asiático y, además, a causa de sus instituciones, pues la mayor parte de Asia está gobernada por reyes”.¹²

En cambio, cuando el país es pelado, pobre en agua y escabroso, azotado por el invierno y abrasado por el sol, allí los habitantes son duros, secos, bien articulados, vigorosos y velludos. Notarás que en naturalezas de tal índole radican la extrema laboriosidad y la actitud vigilante que por su carácter y comportamiento, son orgullosos y obstinados; que tienen más de salvaje que de civilizado; que son particularmente agudos e inteligentes para las artes y bastante aptos para la guerra, y que todo lo demás que se produce en la tierra está en consonancia con el país.¹³

En la teoría humoral se encuentra uno de los principios básicos del pensamiento grecolatino, igualmente heredado al pensamiento medieval: el equilibrio de las partes que integran el todo. Con base en él se logra tanto la salud como el óptimo desarrollo y es decisivo para un grado cultural óptimo. El cuerpo humano se forma de los mismos elementos que componen a cualquier individuo de la naturaleza; estos elementos (agua, aire, fuego y tierra) aparecen en los hombres por medio de los humores, que son sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra y cada uno de ellos es una mezcla variable de los cuatro elementos primigenios.

La combinación y, en su caso, el dominio por parte de uno, provoca los distintos temperamentos: sanguíneos, flemáticos, coléricos y melancólicos¹⁴. Pero no sólo el clima configura el modo de ser y pensar de la gente, sino también la alimentación y los hábitos de vida¹⁵. Los temperamentos¹⁶ difieren de un hombre a otro y el principal síntoma es el color de la piel.

De esta forma el temperamento en que predomina la sangre es el sanguíneo. Es el mejor de los cuatro, pues la sangre tiene una afinidad especial con la naturaleza. El hombre sanguíneo tiene rostro pálido y encendido ...duerme mucho ...sueña con hechos sangrientos o cosas agradables, se irrita fácilmente. El hombre colérico es alto y delgado, se irrita fácilmente, es capaz de pelear hasta con hombres pacíficos; es vengativo. Por su parte el melancólico es delgado, padece insomnio y de opiniones intransigentes, sus enfados son duraderos y torturadores. El flemático es el peor de los temperamentos; la gordura es una de sus características principales; es pálido, con sueño superfluo, es

¹² *Ídem*, p. 139.

¹³ *Ídem*, p. 154.

¹⁴ Luis Urteaga. *Las ideas medioambientales en el siglo XVIII. Naturaleza, clima y vegetación*. Ediciones Akal, S. A. Madrid, 1997, serie historia de la ciencia y de la técnica, p. 10

¹⁵ Carlos García Gual *op. Cit.* p. 12

¹⁶ Las características de estos temperamentos se pueden consultar entre otros autores, en Carl Lewis, *La imagen del mundo*. Introducción a la literatura medieval y Renacentista. Ed. Península, Barcelona, 1997, *op. cit.* p. 134.

lento y torpe para aprender y tiene poco valor. Pero no sólo eso sino que se presenta con una variación diaria, de acuerdo con la hora del día. Así

La sangre predomina desde la media noche hasta las seis de la mañana; la bilis, desde esta última hora hasta el mediodía; la melancolía, desde el mediodía hasta las seis de la tarde; después la flema, hasta la medianoche.¹⁷

Son estas categorías las que conforman los conceptos que explicaron por primera vez la naturaleza americana. A través de ellos se interpreta el paisaje, en tanto que es consecuencia tanto del ambiente natural como de la intervención humana sobre el espacio. Federico Fernández Christlieb y Gustavo Garza Merodio hablan del concepto a través de la pintura geográfica del siglo XVI; el punto de partida de este análisis es el origen mismo del concepto, indicando que se acuña en la cultura germánica con intereses muy particulares. Citan a Wolfgang Haber quien “descompone el término *Landschaft* en dos partículas: la primera, *Land*, hace referencia a la tierra, es decir, a la parte natural, al suelo, al ambiente original. La segunda, *schaffen*, refiere al modelado que, ya sea la naturaleza misma o el hombre, dan al terreno”.¹⁸

Pero en la cultura latina proviene de *país*, en tanto que es “un terreno con el que se identifica un pueblo o grupo de pueblos”, término que tiene estrecha relación con el de “pintura”. Adelante indica que “los ojos del artista que pinta en un lienzo su tierra están puestos especialmente sobre los rasgos naturales encima de los cuales aparece con timidez un ranchito o un personaje labrando el suelo. Son las montañas, los arroyos, la vegetación y la luz del sol, los elementos que resaltan en las pinturas de entonces con mayor énfasis. Pero esta naturaleza también es parte de la población que ha nacido en ella. “Naturaleza”, “nacimiento” y “nación”, provienen también de la misma etimología latina: *nasci*. La nación, es decir la población, no puede ser desvinculada de su medio físico”.¹⁹ Después plantea algo sumamente interesante en relación con el paisaje visto éste desde el enfoque de la geografía cultural, en tanto que “nos permite replantear el momento en que un grupo social se asentó en un paraje de forma permanente y comenzó el lento proceso de adaptación a un ambiente

¹⁷ Ídem, p. 135.

¹⁸ F. Fernández Christlieb y G. Garza Merodio. La pintura geográfica en el siglo XVI y su relación con una propuesta actual en la definición de paisaje. Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2006, vol. X, núm. 218 (69). <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm>> [ISSN: 1138-9788]

¹⁹ Ídem, sin más datos.

local”, a la par existe un “momento –simultáneo al anterior-- en que el grupo comienza a transformar ese ambiente mediante la creación de técnicas, herramientas, arquitectura e instituciones” y “ese grupo humano se hace una idea del universo a partir del medio en el que se ha establecido y perfecciona con el tiempo su estancia en lo que considera su territorio”. Por lo tanto “el paisaje posee una dimensión humana” y “no hay espacio geográfico sin la huella de una sociedad que lo defina y lo construya”.

Al inicio de una ocupación, pensando en la conquista española sobre la cultura mexicana, “el espacio escogido por una comunidad para establecerse, es un espacio marcado por formas naturales, por vegetación, fauna, clima y relieve que ellos no introdujeron. Pero bien pronto el paisaje imprime en el grupo social su huella al tiempo que el grupo social comienza a modificar el paisaje. Se trata de una operación presente en todas las culturas y que consiste en que el espacio es producido por la sociedad que es producida por el espacio”. Citando a Paul Claval enumeran cinco acciones, simultáneas o sucesivas, “que son ejecutadas por el grupo social: a) Reconocerse en un sitio; b) Orientarse a partir de él; c) Marcar su territorio; d) Nombrar su territorio; e) Institucionalizar su territorio”.

De esta manera, el grupo social funda un país y “la manera en que los pobladores de ese país ubican su territorio en el universo y la idea que se forman de su origen geográfico es, en parte, consecuencia del medio en el que se asentaron. Esto quiere decir que la cultura de un pueblo, sus tradiciones, su cosmogonía, sus rituales y sus actividades, están dados por la naturaleza del lugar que eligieron. Así, la naturaleza y la cultura se construyen recíprocamente. El paisaje es, en ese sentido, la representación de un espacio en el que aparecen las cosas de la naturaleza y aquellas de la sociedad pues todas ellas se fueron produciendo con simultaneidad”.²⁰

Teniendo como base lo anterior se han considerado para este trabajo escritos de diferentes autores con formaciones e intereses distintos pero llegaron a un espacio que se les presentaba con diferentes matices acorde a los intereses de cada uno de ellos. En sus documentos quedaron sus particulares puntos de vista sobre la naturaleza que observaron; todos ellos tienen en común la experiencia misma, es decir, estar en el lugar y poder apreciarla o padecerla, según sea el caso, en carne viva. Todos ellos, en mayor o en menor medida, portaban un legado grecolatino y medieval que fue utilizado de acuerdo con su propia preparación e intereses. En cada uno de ellos existe un

²⁰ Ídem, sin más datos.

particular punto de vista sobre la naturaleza novohispana. Pero no solamente es la formación la que entra en juego, sino también la experiencia que vivieron, radicalmente distinta tanto en el tiempo como en las circunstancias.

Todos ellos responden a diversas interrogantes sobre la naturaleza o sobre los hombres que viven en una tierra otrora inhabitable. No se partió de un cuestionario en el que paso a paso conduzca a un resultado fijo. Es imposible ante lo diverso de los autores; en cambio, cada uno, con su formación, con sus intereses, en un ambiente diferente, dirá cómo es la naturaleza a la que se enfrentan.

En el primer capítulo, se aborda el tema de la ampliación del *ecumene*, del espacio habitable, en el que se ponen en juego las capacidades del género humano con el fin de explorar el mundo que les rodea. La tradición de lo maravilloso se convierte en uno de los motores de los grandes descubrimientos geográficos y con ellos se inicia un proceso por descubrir otras tierras, pues con el Nuevo Mundo nace una conciencia por integrar lo hasta ahora ignorado. El espacio deja de ser inhabitable y está habitado; deja igualmente de ser tan sólo una isla para convertirse en una serie de continentes alejados unos de otros con sitios, para sorpresa de propios y extraños, saludables al género humano.

En el segundo, descompongo el binomio naturaleza-sociedad en sus dos secciones. Por una parte el paisaje, entendido en términos simples, como aquello que se presenta ante los ojos del hombre y que se percibe de acuerdo con conceptos propios de cada autor. Un paisaje puede ser urbano cuando se hace referencia a las ciudades, sean éstas de origen prehispánico o bien ya fundadas en tiempos coloniales. También es un paisaje natural, lo “no tocado por el hombre” particularmente por el occidental, que es la contraparte del urbano, en donde no predomina la presencia humana, como pueda ser un bosque, una llanura o una montaña.

Destaco las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés por ser uno de los primeros, sino es que el prístino, que deja una serie de escritos sobre esa naturaleza que se abre a Occidente por medio de los ojos de un hombre de armas. Describe el lugar que él mismo llamó Nueva España y lo aprecia de una manera muy particular. Es la visión de un hombre de armas que busca en la geografía del lugar un medio para vencer al enemigo; también pretende introducir actividades económicas que repercutirán en un cambio sustancial del paisaje. Igualmente es la de un político que se interesa en encontrar nuevos caminos que faciliten la llegada a tierras asiáticas.

Observa los paisajes y encuentra un parecido con los de la metrópoli y por lo que ha “visto y comprendido acerca de la similitud

que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre”.²¹

Pero también es en este autor en donde la adversidad del trópico es más evidente, es quien más la sufre cuando realiza su viaje a Centroamérica. Los climas tórridos, los suelos anegados y los caminos fluviales, tan desconocidos como indomables, se conjugan con una población dispersa y una escasez de alimentos. Se enfrenta quizá a ese trópico inhabitable al que aluden los autores de la antigüedad.

En el capítulo tercero presento el análisis de la obra de varios frailes franciscanos: Toribio de Benavente, *Motolinia*; Bernardino de Sahagún y Agustín de Betancourt. Pero también agregó a otros dos, éstos de hábitos jesuitas, los padres Francisco Javier Clavijero y Rafael Landívar.

Todos desarrollaron tareas distintas y las realizaron no pensando en un objetivo geográfico, simplemente en sus escritos plasmaron sus particulares ideas acerca de problemas que les correspondió enfrentar y resolver.

La razón por la cual se eligió a estos autores es simple. A *Motolinia* por ser uno de los primeros misioneros llegados a esta parte del mundo, él camina el territorio, lo conoce y presenciara cambios sustanciales. Evangelizó tierra pagana y logra, de acuerdo con su visión, consolidar la “Magna Obra” que defiende y pregona. Antes de él, según lo relata, la tierra es improductiva, no es bella, cualidades que aparecen después de ser cristianizada.

Fray Bernardino de Sahagún es el antropólogo que recoge la esencia de la cultura humana del México prehispánico, el hombre como tal, al que se le deben de reconocer bondades y capacidades innatas no sólo para recibir la fe cristiana, sino que por medio de su estructura religiosa se percibe una conducta que está lejos del salvajismo.

Motolinia y Sahagún desarrollaron una tarea paralela, ambos trabajaron en una empresa cultural de enorme trascendencia al emprender el cambio de una religión y de la forma de pensar de todo un pueblo. En relación con el tema que se aborda, la religión dicta el rumbo para apreciar la naturaleza, en el caso de *Motolinia*, y de la otra variable, en este caso el hombre americano, a la que me acerco en la obra de Sahagún.

²¹ Hernán Cortés. Cartas de Relación. Ed. Porrúa, México, 1988, Segunda Carta, p. 96.

En fray Agustín de Betancourt, criollo franciscano de finales del siglo XVII, se nota un cambio por demás importante. En primer lugar su obra fue escrita en 1698, cuando la evangelización, nunca suspendida, había pasado ya a un segundo escalón comparándolo con los dos franciscanos anteriores.

Para finales del siglo XVII se conciben ideas totalmente distintas. El paisaje se convierte en un parámetro de identidad que evoca una nación distinta a la española, pero integrada a occidente. Betancourt ya no habla de un paisaje alejado del cristianismo sino que enumera argumentos en contra de la supuesta inferioridad americana.

Contemporáneos al autor del *Theatro mexicano*, son el padre Clavijero y el padre Landívar. El primero protagoniza una polémica acerca de la calidad de la tierra americana, presentando argumentos a favor de la riqueza de estas tierras. Sus escritos ponen en evidencia los postulados defendidos por los principales naturalistas europeos. Del segundo destaco sus ricas descripciones de la naturaleza americana, y constituyen un argumento más para consolidar las bondades del nuevo mundo.

Dentro de la relación entre naturaleza y cultura se encuentra una en relación con el Cosmos, con el espacio exterior. En este sentido cobra relevancia la obra de Enrico Martínez, que presento en el cuarto capítulo, y a quien hay que reconocerlo como astrólogo. En el marco de su obra se tratará el acercamiento entre los hombres y los astros así como las repercusiones que, según la época y Martínez, deberían de resultar o de padecer. El *Reportorio de los Tiempos* es la obra en la cual se manifiesta esta relación tan discutida desde siempre, pero muy válida para finales del siglo XVI y principios del XVII.

El último capítulo corresponde al análisis de José de Acosta y su *Historia Natural y moral de las Indias*. Es un capítulo en el que se exponen las contradicciones que podría tener la época acerca de la naturaleza americana. Conoce la herencia cultural sobre la inhabitabilidad de los trópicos, y es el único autor que demuestra estar capacitado para enfrentar ese legado y debatirlo no sólo con experiencia, sino con la razón. Reflexiona y expone argumentos ancestrales y los confronta con lo visto por él mismo. Se encuentra en él un sólido cuestionamiento a toda una tradición que se basó en pre-juicios y no en juicios reales para comprender a la naturaleza.

Con gran preparación intelectual, y usando la imaginación y la experiencia, así como las fuentes más cercanas y dignas de confianza, arma paulatinamente su exposición. La pregunta que hace en su trabajo es, simplemente, cuál es el origen de los hombres que se están evangelizando en América.

INTRODUCCIÓN

Para contestarla se conduce, primero, en el manejo de las autoridades, que no le brindan resultados reales y luego aborda, para encontrar lo que busca, el camino geográfico. Así de simple y trascendente: ¿cuáles son las rutas por las que pudo llegar el hombre a estas tierras?

I. EL ECUMENE Y LA AMPLIACIÓN DEL ESPACIO HABITABLE

La relación del hombre con la naturaleza se presenta en términos propios de la civilización, y contrapuesta al salvajismo. Las ciudades, las costumbres, las religiones y los paisajes son apreciados y vistos en términos del antropocentrismo; lo que no es igual, se clasifica como extraño, como lejano, como raro, es lo otro. Se enmarcan pueblos enteros en el rubro de salvajes o atrasados, dignos todos ellos de ser llevados a la senda de la civilización por quienes los describen. Es un proceso que no tiene fin, pues cada espacio es "lejano" con respecto al otro, guarda formas y secretos que en primera instancia hacen que se les caracterice como maravillosos o se les estigmatice como salvajes.

Cuando las islas de la Madera se integraron al mundo europeo, se convirtieron en una nueva realidad geográfica dejando de lado la mentalidad previa sustentada en la imaginación y en los mitos. Estas islas proveyeron al continente de productos que en muchas ocasiones sólo era posible obtener en sitios remotos.²² El mismo proceso estará presente en América que primero será concebida como la legendaria tierra del Gran Can. Cuando Michel Mollat²³ habla de los "mitos motores del descubrimiento" subraya que éstos son un legado de herencias que condicionaron visiones acerca de tierras más allá de los mares. Al respecto Weckman²⁴ menciona con acierto que lo que "los españoles buscaban en el nuevo mundo no fue lo que se antojaba novedoso, sino más bien la confirmación de la existencia de lo maravilloso", de ese mundo elaborado en la mente por medio de crónicas y relatos de viajeros que buscaban con ansia la fortuna.

Diversas imágenes provenientes de Europa llegaron a América, como antes lo hicieron de oriente a occidente; esto implicó que el nuevo continente no naciera con rasgos propios, sino que brotara como una América europea y no india.²⁵ Aquellos primeros exploradores partieron con una idea de lo que tenían que encontrar, y no existió alternativa para que aparecieran monstruos, demonios y riquezas, e igualmente paisajes exóticos en donde era común la verde y

²²Carlos Pereyra. La conquista de las rutas oceánicas. Editorial Saturnino Calleja, Madrid, 1923, p. 21.

²³Michel Mollat. Los exploradores del siglo XIII al XVI. F. C. E., México, 1990, p. 97.

²⁴Luis Weckman. La herencia medieval de México. F. C. E., México, 1984, p.28.

²⁵Catherine Smith. "Los cartógrafos y la imaginaria" En: Correo de la UNESCO, Junio, 1991, pp. 16-19.

abundante vegetación así como la extraña fauna; en una palabra, todo lo que la mentalidad europea tenía había ya fabricado.

Menciona Antonello Gerbi²⁶ que con las Indias se sintió "un ensanchamiento del mundo conocido", rompiendo los esquemas espaciales existentes, a la vez que comenzó otra visión del mundo en la cual cabe "la contemplación de la esfera sin más regiones incógnitas ni distancias incalculables"; pero aun más, el hecho histórico de la "Nuevas Indias" enmarca el encuentro de tierras que no tuvo la cosmovisión cristiana y occidental.

La Nueva Tierra no es sólo un espacio habitable, en contradicción a los esquemas heredados de la antigüedad, sino que está habitado. En este espacio existen pueblos que visten con ropas de algodón y habitan casas de cal y canto; existen mercados y zoológicos que en la misma Europa no cuenta, reconociendo con ello un avance cultural hasta el momento desconocido, amén de ignorado en las Sagradas Escrituras. La zona *tórrida* deja de ser el sitio temido del pensamiento grecolatino para conformarse como un espacio que se distingue por sus incalculables riquezas, a la vez factible para recibir asentamientos humanos.

Pero el mundo encontrado, al estar olvidado del cristianismo, al carecer de este rasgo, todo su bagaje cultural prácticamente se viene abajo. Es diferente al estar olvidado de la mano de Dios, por lo que en una primera instancia no alcanza el *status* de igual; carente de esta protección, este espacio es residencia de individuos que son vistos como inferiores.

Para la comprensión de este espacio, se elaboraron cartas que delinearon el continente, pues era menester encontrar ríos, cabos, puertos o todo aquel accidente geográfico que les permitiera una rápida y mejor ocupación. Luego describieron a través de mapas, crónicas, historias, relaciones y otros textos, el interior. Ambos hechos diferentes entre sí, guardan trascendencia porque contribuyeron a la conformación del cosmos del siglo XV y XVI, mismo que alguna vez contempló la inhabitabilidad de tierras allende los trópicos.

El carácter fantástico o extraordinario de las nuevas tierras no desapareció de manera inmediata; quedó plasmado tanto en las crónicas de la época como en los primeros mapas que se elaboraron de ella. Su conocimiento, dice María del Carmen Velásquez,²⁷ fue lento,

²⁶Antonello Gerbi. La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo. F. C. E., México, 1978, p. 265.

²⁷María del Carmen Velásquez. Cartografía novohispana. Una selección de los manuscritos y grabados que al respecto se conservan en el Museo Naval de Madrid. México, San Ángel ediciones, 1980, Prefacio, p. X.

"poco a poco y como a tientos" dice Miguel León-Portilla,²⁸ pues era más la preocupación por "exagerar la fertilidad y riqueza de las tierras...que proporcionar los datos geográficos exactos".

Si analizamos el mapa atribuido a Hernán Cortés (Figura 2) en que plasma la ciudad de *México-Tenochtitlan* se pueden desligar varios puntos acerca de la forma de apreciar el paisaje mesoamericano en la segunda década del siglo XVI. La urbe indígena representada en este mapa resguarda estandartes a la manera de los portulanos, y las construcciones son más bien moriscas.

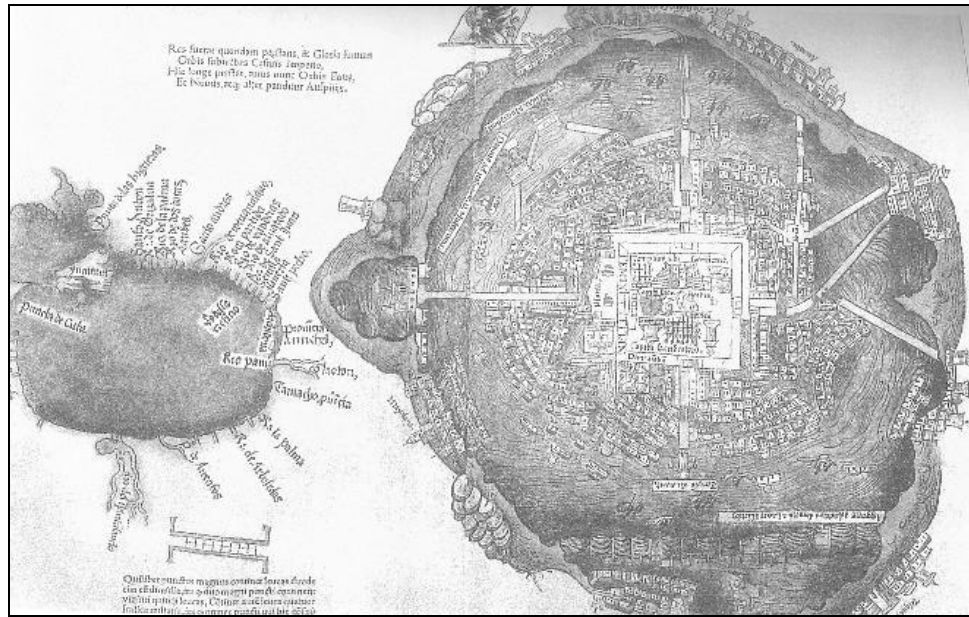


Figura 2. La ciudad de México-Tenochtitlan en el mapa atribuido a Hernán Cortés.

En el recuadro ubicado en la parte central del mapa, se observan construcciones castellanas combinadas con el basamento piramidal, éste sí, propio del espacio mesoamericano. Aparece la imagen de un hombre decapitado que debió causar horror al posible autor del mapa, que por tal hipótesis se deduce un origen europeo; el tzompantli, construcción que sostiene lanzas en las que se incrustan cabezas humanas, se convierte, junto con las pirámides, en el símbolo del espacio no cristianizado. En el perímetro de este recuadro, aparecen caracteres latinos que dicen algo más que la simple expresión, pues

²⁸Miguel León-Portilla. "México-Tenochtitlan, metrópoli de la China". En: Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Septiembre, 1990, No. 476, pp. 32-36.

indican el inicio de un proceso, en este caso, de aculturación. La imagen se combina con la letra, el decapitado y el tzomplantli, incomprendidos en su esencia y en su papel dentro del ser indígena, conviven en el recuadro con signos que sustentan un milenario legado histórico

Otro ejemplo puede observarse en el mapa de Sebastián Münster de 1546 (Figura 2). En apariencia, el mundo no ha cambiado de dimensiones desde la esfera de Martín Benhaim de 1492, pues América se acomoda en un estrecho océano, muy cerca de Japón y del continente asiático. Existen las tierras insulares en la mar del Sur, acorde con lo sostenido en los siglos medievales.

En él, en lo que corresponde a Brasil, precisamente la *Amazonia*, se puede apreciar la pintura que representa a un hombre prácticamente destazado cuyos miembros se insertan en las ramas de lo que será una fogata. La imagen es una alegoría al canibalismo reinante en la zona, y también un traslado del bestiario europeo a esa parte del mundo. En este caso América del sur es la sede de una iconografía alusiva a esos seres que la misma cultura trasladó a las tierras recién descubiertas y que al estar localizado y plasmado en ese mapa, brinda a esa tierra la categoría de un espacio geográfico con una situación y emplazamiento determinado y además identificado por un estigma particular.

En el mismo mapa llaman la atención los perfiles tanto continentales como insulares, pues sus contornos están bien definidos, sugiriendo un desconocimiento total por parte del autor de estas tierras. En la imagen del continente americano se destacan, con caracteres latinos, entre otros sitios, los nombres de *Tenochtitlan*, la *Terra Florida*, *Cuba*, y *Paria*, golfo situado en las costas caribeñas de la actual Venezuela, pero en ningún caso hay relación con iconografía.

Al retomar la imagen del canibalismo suramericano y de la ubicación de Tenochtitlan, se revela tanto la imagen como los caracteres latinos. Es posible que al recurrir a la imagen se designa a un espacio indómito, alejado de alguna relación cultural con Europa, sea esta de idioma o religión; en lo que respecta a la indicación de la ciudad sólo con los respectivos caracteres, por esta condición, adquiere ya la categoría de la integración a dicha cultura, como un espacio identificado y localizado en cierto lugar.



Figura 3. El mapa de Sebastián Münster.

En las costas atlánticas y las islas del Caribe cobran forma, mientras que la línea costera del océano Pacífico es poco conocida. La distancia entre el continente asiático y americano no es mucha y las islas son numerosas; la mayor de ellas, Zipango, se ubica en la misma latitud que Tenochtitlan. Aparece la ciudad de Catigara en lo que pueden ser las costas peruanas, teniendo como marco las montañas andinas, hacia el sur sobresale la tierra austral.

Para entender mejor esto sirven de ejemplo los mapas de origen ptolemaico, entre ellos el mapa de Martín Walseemüller de 1507. Las ciudades y cualquier poblado del que se tenga noticia será ubicado por su nombre, sin ninguna otra alusión. Debemos recordar que Ptolomeo registró 8000 sitios y ubicó a cada uno en el mapa, recogiendo noticia de ellos por viajeros, comerciantes y aventureros.

En el caso de Tenochtitlan, ésta se revela, para el año de 1546 fecha del mapa de Münster, como una ciudad que destaca por sus construcciones, por su población, por su trazo y orden a la manera de la cultura europea, y que a la vez organiza un entorno sacándolo con ello de la barbarie. La leyenda con caracteres latinos de Temistitan recoge la relevancia del lugar, elevándolo con ello a la categoría de mundo conocido, humanizado; en otras palabras, cristianizado.

Por su parte Teodoro de Bry (1595), plasma el encuentro entre españoles y nativos americanos con singulares detalles (Figura 3), destacando dos: la primera es que los indígenas se acercan a los his-

panos ofreciéndoles los tan buscados metales preciosos, y que son conseguidos de manera sencilla, garantizando la riqueza de estas tierras. Los aborígenes van desnudos luciendo proporcionados cuerpos, en alusión con esa edad dorada que recoge el ansia del paraíso encontrado en estos parajes americanos. Esta Edad de Oro tiene las siguientes características, que simplemente es lo que vemos en la imagen de de Bry:

Época del reinado de Saturno, en la que se vivía en la inocencia, se desconocían los males y los crímenes; la tierra producía generosamente y sin cultivo todo cuanto fruto pudiera el hombre apetecer para su alimento y regalo; los humanos vivían felices; no existían el egoísmo ni la avaricia ni la ambición: *todo era de todos*. Las artes aún no se habían inventado y los mejores regían con beneplácito los destinos de los demás, contribuyendo de este modo a hacerlos virtuosos: edad paradisiaca, ajena al egoísmo, sin falsos pudores ni hipocresías.²⁹

El segundo detalle de la escena está en relación con el levantamiento de la cruz en tierras americanas. Se inicia con ello una época totalmente distinta para ambas culturas. Por un lado, comienza la cristianización tanto de la sociedad indígena pero también del paisaje. El bestiario, la bondad del salvaje y la religión, se trasladan a las nuevas tierras. Ello no significa que el esquema de Parménides quede relegado y la zona *tórrida*, primero inhabitable, cede poco a poco para recibir a extraños, quienes con sus escritos definen los paisajes que se posan ante sus ojos.

²⁹ Juan A. Ortega y Medina. *Imagología del bueno y mal salvaje*. UNAM, México, 1987, p. 13.



Figura 4. El encuentro entre indígenas y europeos en la obra de Teodoro de Bry, 1595.

Al respecto, Antonello Gerbi³⁰ subraya el interés de Colón por la flora y la fauna de América y, sutilmente, también lo considera Samuel Morison,³¹ "el Almirante comenzó a coleccionar muestras de plantas, con las cuales esperaba convencer a la gente de España de que al fin, había llegado a los linderos de Asia". Dice Morison en su escrito, aludiendo a Colón que "había un arbusto, que despedía un

³⁰ Antonello Gerbi. La naturaleza... op. cit., p. 25.

³¹ S. E. Morison. Cristóbal Colón. Editorial Diana, México, 2a. edición, 1992, p.73.

olor parecido al de la canela, y que según él, debía de ser la canela, el quingombó abelmosco, que supuso sería una variedad de la almáciga asiática que había visto en Chios, y el pequeño y no comestible nopal del país, que Colón identificaba con el cocotero mencionado por Marco Polo”.

En los textos que recogió Bartolomé de las Casas del viaje colombino se describen las primeras visiones sobre el paisaje americano. En el primer desembarco destaca el verdor de la tierra al especificarla como "toda baja, sin montaña alguna, como una huerta llena de arboleda verde y fresquísima, como son todas las de los lucayos que hay por allí".³² Más adelante, de la isla Fernandina dirá que es "llana, muy verde y fertilísima".³³ Colón nuevamente, deja ver el verdor de la flora en los siguientes términos: "nunca cosa tan hermosa vio; todo el río cercado de árboles verdes y graciosísimos, diversos de los nuestros, cubiertos de flores y otros de frutos [y]...hierba grande como en el Andalucía".³⁴

Pero no solamente Colón atendió esta inquietud, también lo mismo realiza Gonzalo Fernández de Oviedo en sus obras. Basta con observar el índice de su *Sumario*³⁵ para percibir la importancia de los animales y vegetales americanos. En sus descripciones destaca la abundante vegetación, la belleza y exuberancia de los paisajes, la anchura de ríos y la elevación de las montañas. Oviedo refiere a los "hermosos ríos y fuentes" de la isla Española³⁶ y de Cuba señala que existe oro, cobre, ganados, árboles y plantas.³⁷

Lo mismo hace Pedro Mártir de Anglería cuando resalta que las selvas del Nuevo Mundo son espesísimas y de variados y muy altos árboles.³⁸

Habla acerca de las virtudes que revela poco a poco la zona tórrida a los ojos europeos, y destaca su riqueza y exuberancia. Al mismo tiempo, aunque no de manera enfática, enumera algunas de sus carencias, como el mismo Oviedo lo señala, cuando dice que no "había animal de cuatro pies... hasta que los cristianos los llevaron a ellas".

³²Bartolomé de las Casas. Historia de las Indias. F. C. E., México, 2a. edición, 1992, Serie Cronista de Indias, libro I, capítulo XL, p. 200.

³³Ídem, libro I, capítulo XLII, p. 212.

³⁴Ídem, libro I, capítulo XLIV, p. 221.

³⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo. Sumario de la natural historia de las Indias. F. C. E., México, 1996, Biblioteca americana, edición, introducción y notas de José Miranda.

³⁶ Ídem, p. 83.

³⁷ Ídem, p.101-102.

³⁸ Pedro Mártir de Anglería. Décadas del Nuevo Mundo. José Porrúa e hijos, México, 1964, p. 181.

De acuerdo con sus expectativas el paisaje también muestra atributos prácticos ya que es "tierra llena de puertos maravillosos y grandes ríos", y al interior de la isla está "llena de montañas muy hermosas aunque no muy altas" y, de acuerdo con los indígenas entrevistados, "había en ella diez ríos grandes" no dejando de lado que "había minas de oro y perlas".³⁹

Uno de los rasgos de quienes describen los paisajes americanos es que su propio lenguaje queda corto ante las maravillas que encontrarán en esta parte del mundo. Esto sucede con el propio Colón, y más tarde Cortés y Bernal Díaz del Castillo. Al respecto el primero de ellos escribe a los Reyes Católicos, por medio del padre Las Casas, en "palabras formales", sus vivencias en la isla española:

Maravillóse sobremanera en ver tantas islas y tan altas; y certifica a los reyes, que las montañas que desde antier ha visto por esta costa de Cuba y destas islas, le parece que no las hay más altas en el mundo ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie de ellas grandísimo fondo, y dice que cree que estas islas son aquellas innumerables, que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen.

Dice más, que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especiería en ellas, y que duran muy mucho al sur, y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre la mar de Nuestra Señora, y al puerto, que está cerca de la boca de la entrada dellas, puso nombre puerto del Príncipe; en el cual no entró, más de verle desde fuera, hasta otra vuelta que dio el sábado de la semana venidera, como allí parecerá. Dice tantas y tales cosas de la hermosura, fertilidad y altura destas islas, que halló en este puerto, que afirma a los reyes que no se maravillen porque las encarezca tanto, porque les certifica que cree no encarecer la centésima parte.⁴⁰

Edmundo O'Gorman en su estudio sobre el proceso de invención de América parte del hecho de "una imagen estática y finita de un universo que, creado en perfección, está ya hecho"⁴¹ y en ese mundo "el hombre es huésped extraño... siervo temeroso y agradecido" de Dios, para luego liberarse "de su antigua cárcel cósmica y de su multiseccular servidumbre e impotencia, o si se prefiere, liberación de una arcaica manera de concebirse a sí mismo"⁴² en esa isla que le toca vivir como servidor del Creador. Entonces, el objeto que está a las órdenes del Creador cristiano, pasa a ser repentinamente sujeto activo del escenario cósmico; aquí su problema y aquí también su reto.

Esta cuestión está vista en los mapas de esta manera: se representa una unidad cristiana determinada por el *orbis terrarum*, circunscrito por una sola isla, situada ésta también en un sólo hemisferio y dentro de esa conformidad que aboga la cristiandad, se obliga al ser humano

³⁹Ídem. p. 222.

⁴⁰ Bartolomé de las Casas. Historia de Indias...op. cit., libro I, capítulo XLVIII, p. 237-238.

⁴¹ Edmundo O'Gorman, La invención de América. 2ª. Edición, SEP-FCE, México, 1992, p. 94.

⁴² Ídem, p. 95.

a pensar en una tierra lejana y meridional habitada con seres antípodas, pero vetada a cualquier posible "visita", pues lo impiden las condiciones naturales adversas, sostenidas por conceptos grecolatinos, para habitar lugares del meridión. Con el antipodismo, la religiosidad y el esquema tripartito del mundo a cuestras, se pasa repentinamente a la necesidad de elaborar nuevos esquemas que permitan una explicación a lo que a los ojos y conceptos de los primeros exploradores y cronistas, era prácticamente inaudito.⁴³ Ellos heredaron "un mundo con personalidad propia," tripartito en este caso, y pasaron a uno formado por cuatro porciones, que implicó "revisar desde las mismas raíces el concepto que el hombre tenía de su mundo".

De acuerdo con Menéndez Pidal,⁴⁴ el horizonte geográfico y los confines del mundo nunca habían crecido en forma tan rápida como lo hacían en esos momentos. Consigna que "muchas gentes no se encontraron capacitadas para adaptarse a las nuevas condiciones de la vida científica", criticando la sordera que existió entre los geógrafos, cosmógrafos, historiadores y filósofos, los cuales "temerosos ante lo incierto y desconocido de los caminos que se ofrecían a sus respectivos estudios, prefirieron proseguir sin sobresaltos en el multiseccular derrotero de sus concepciones".⁴⁵

Agrega que se venía trabajando sobre una "serie de textos clásicos de autoridad reconocida y sobre una serie de documentos cuya confección estaba ya desde hacía mucho sometida a normas depuradas" y argumenta que "unas y otras se barajaban, y para su selección se habían ya establecido criterios precisos" por lo que "las cosas se revolucionarán totalmente, pues en el Nuevo Mundo no existía una tradición historial", por lo que era menester hacer la "historia de unas gentes de cultura muy distinta a la nuestra y la veracidad de cuyas tradiciones no se sabía qué fe podía tener".⁴⁶

Al respecto los datos para llevar a cabo tal tarea no los proporcionaron los lectores de Tácito sino misioneros llenos de fe y conquistadores hambrientos de fortuna.⁴⁷ Los primeros pregonaron la fe católica destacaron las cualidades de esos territorios y, al hacerlo, hablaron de la habitabilidad del Nuevo Mundo, y los segundos sometieron militarmente a los distintos ejércitos indígenas.

⁴³ Gonzalo Menéndez Pidal. Imagen del Mundo hacia 1570, según noticias del consejo de Indias y de los tratadistas españoles. Gráficas Ultra. Madrid. 1944. Prólogo.

⁴⁴ Ídem. Prólogo.

⁴⁵ Ídem, Prólogo.

⁴⁶ Ídem, p. 4.

⁴⁷ Ídem, p. 4-5.

Para la historia occidental la ampliación del ecumene implicó la integración de tierras, de pueblos diferentes a los conocidos hasta el momento, muy distintos a los encontrados en las islas del Caribe decenios antes. La ulterior conquista del pueblo mexicana abarcará todos los ámbitos (sean éstos culturales, económicos o políticos) con lineamientos marcados por los vencedores.

Es un hecho que los múltiples escritores, tanto civiles como religiosos, colonos todos ellos del Nuevo Mundo, escribieron sobre él destacando "las maravillas naturales y humanas, tal vez con la intención de apresarlas y entenderlas de la mejor manera".⁴⁸ Continuamente resaltan las diferencias entre el mundo mesoamericano y el occidental, y resultan sorprendentes y a la vez valiosas para comprender una vez más las relaciones de la naturaleza con la sociedad.

El nuevo espacio fue visto conforme a su doctrina religiosa o bien con los parámetros que su propia cultura les imponía. Es por eso que se menciona el hecho de una nueva explicación del entorno, totalmente ajena a la visión indígena. Serge Gruzinski indica que "el aspecto más desconcertante de la Conquista española probablemente sea la irrupción de otros modos de aprehender la realidad que no eran los de los indios, como en la actualidad no son del todo los nuestros. La *realidad* colonial se desplegaba en un tiempo y espacio distintos, descansaba en otras ideas de poder y la sociedad desarrollaba enfoques específicos de la persona, de lo divino, de lo sobrenatural y del más allá".⁴⁹ Alicia Llerena González trata el tema y explica que el descubrimiento fue "al mismo tiempo un proceso final y un principio para una misma vocación imaginaria, es decir, la realización concreta de aquellos "*topos* imaginarios" que habían subyugado la tradición literaria occidental, y la fijación o punto de partida de esos mismos imaginarios como descripción explicativa del continente, como definición casi realista de un carácter esencial".⁵⁰ Dice que "el exceso de *maravilla*, la intensificación de lo *extraño* y lo *distinto* del paisaje americano no son más que reclamos hacia lo descubierto"; y ante ello, la actitud de los autores "encierra un asombro, si no ingenuo, sí desde luego auténtico".⁵¹

⁴⁸Gerardo Bustos. Libro de las descripciones. U.N.A.M., México, 1988, p. 14.

⁴⁹Serge Gruzinski. La colonización de lo imaginario. F.C.E. México. 1991. p. 186.

⁵⁰Alicia Llerena González. "Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)". En: Julio Ortega y Sosí Amor y Vázquez. Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo. El Colegio de México-Brown University. México. 1994. p. 117.

⁵¹Idem, p. 117-118.

Por su parte Roger Bartra habla de los primeros europeos llegados a América y refiere que fueron portadores de una inmensa carga simbólica; pero reconoce que el hombre llamado civilizado ha sido siempre acompañado de su sombra, es decir, el salvaje, el otro. Es un hecho reconocido que la identidad del civilizado está siempre flanqueada por la imagen del otro.⁵² Su condición la brinda la presencia del otro.

Esta relación se encuentra igualmente en el espacio, pues el civilizado simplemente no puede concebir uno distinto al propio, y esta diferencia se suma al enorme trecho entre ambos. El asombro al encontrar la exuberante vegetación o la fertilísima y amplia tierra es simplemente una forma de expresar que denota el encuentro con lo otro, pues la abundancia, la fertilidad y la amplitud rompe con las características de un espacio civilizado en donde la moderación es parte de su forma de apreciar el mundo.

El hecho de comparar el paisaje o mejor aún, el de observarlo con la mentalidad y las imágenes europeas e incluso, de una manera particular, con los lugares de origen de los soldados españoles, como Extremadura o Andalucía, contribuyó al entendimiento de ese *otro*, a la vez que fomentó la curiosidad geográfica, con resultados verdaderamente sorprendentes.

Las obras que realizaron los cronistas, sean éstas de cualquier índole, militar, religiosa o civil, tienen el común de ser holísticas. Es decir, son textos integrales en los cuales se describe tanto el rubro cultural y social como el físico, sin que uno se separe del otro. Hablan de una sociedad que practica ciertos rituales, de ciudades emplazadas y situadas en un espacio, o de cualquier otro hecho que llama su atención. Su interés no tiene el método riguroso de la ciencia; recogen datos por medio de la descripción y de la reflexión, de su propio bagaje cultural, de la herencia que han cargado por siglos. Con ello indican que la naturaleza no es homogénea y como tal existen diferencias en la manera en la que influye en el devenir del hombre.

Se mueven en un ámbito que igualmente impide clasificarlos en los parámetros de las disciplinas modernas; no son etnólogos o historiadores propiamente dichos, pero sí individuos que describen lo que observan de acuerdo con su cultura y formación particular. Lo describen todo, porque el “todo” conforma su unidad cósmica.

Se posa ante sus ojos un espacio con dimensiones sin límites, al tiempo que encaja con ideas preconcebidas. Esto es una regla en los

⁵² Roger Bartra. El salvaje en el espejo. Ed. Era, México, 1992.

conquistadores. Hay que ver, por ejemplo, a Bernal Díaz del Castillo en una de las tantas descripciones sobre las nuevas tierras:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.⁵³

Con su elocuencia propia, Bernal describe esas cosas de *encantamiento*; por la forma de escribir este pasaje percibió la organización del paisaje urbano con los parámetros de una maravilla: un paisaje nunca antes visto ni soñado. Lo que observan sus ojos le sorprende, es un territorio completamente ajeno a él; si bien no lo describe de una manera objetiva, si denota el relato de la sorpresa. No es metódico para resaltar los rasgos de la ciudad, pero muestra el espacio humanizado que le resulta totalmente diferente. Y si las islas del Caribe resultaron en un primer momento los lugares soñados para los españoles, bautizando estas islas ya con nombres de la más alta nobleza española, con el santoral cristiano o con apelativos que indicaban sus tesoros, las partes continentales descritas despiertan el ansia de la riqueza añorada.

En otro pasaje está viva la admiración por este novedoso espacio, quizá porque no podían asimilar rápidamente algo tan distinto a su mundo conocido. Relata Bernal Díaz que cuando Cortés y sus huestes suben al Templo Mayor y observan el trazo de la ciudad mexicana no pueden dejar de sorprenderse por la armonía de la obra humana, digno ejemplo, por un lado, de un entendimiento de la capacidad humana con la naturaleza observada en el trazo de las calzadas y de los asentamientos alrededor de los lagos; por otro, una prueba de la contradicción de la inhabitabilidad de la zona tórrida. Así describe el soldado cronista esta experiencia:

...Y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro del agua, y otros muchos pueblos que había en la misma laguna, en tierra; y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver mejor, y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México que es la de Iztapalapa... y la de Tacuba... y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad... y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que venían con cargas y mercaderías.⁵⁴

⁵³Bernal Díaz del Castillo. Historia de la conquista de la Nueva España. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Ed. Porrúa, México, 1986, capítulo LXXXVII, p. 159.

⁵⁴Ídem, capítulo XCII, p. 173.

CAPITULO I

En este capítulo se han tratado algunos temas que conforman una visión que atiende a la relación de la naturaleza con el hombre, particularmente en lo correspondiente a los paisajes americanos. En estos términos se habla de civilización contraponiéndolo a lo que implica el salvajismo. Lo primero desprende varios aspectos, como puede ser el uso del algodón como material con el que se fabrica la ropa, pues es evidente que el concepto que se tiene del uso de este material es para aquellos pueblos con un cierto grado de desarrollo. De igual forma la aparición de ciudades con un trazo reticular y casas construidas de cal y canto cobran la misma envergadura e indican que los pueblos encontrados en esta parte del mundo se alejan de los hallados en las islas de Caribe.

Pero lo más importante es que el espacio encontrado no sólo era habitable, sino habitado y no con pueblos con un bajo nivel cultural, sino que por sus construcciones o su policía, fueron apreciados como civilizados. Sin embargo, pese a las crónicas y relatos que han llegado hasta nuestros días en los que se da fe de estos hechos, persiste la idea del salvaje en las cuales el hombre americano se presenta alejado de ese nivel cultural y allegado a la llamada Edad de Oro, propia de la tradición grecolatina.

Por su parte, los paisajes americanos, su flora y su fauna, son medidos de acuerdo con parámetros europeos. Son maravillosos porque se relacionan con ideas fabricadas a los en el pensamiento medieval cristiano; por ejemplo, la fertilidad de las tierras es tal, en una primera instancia, que rebasan con mucho los que tiene España; pero después, paulatinamente, se aprecian sus limitaciones. No cabe duda que la maravilla, lo extraño, lo distinto, lo nuevo, en una primera apreciación, conforman el juicio sobre la calidad del entorno y cuestionan las condiciones de habitabilidad de un mundo que no ha encontrado las últimas fronteras.

II. HERNÁN CORTÉS: LA UTILIDAD DEL PAISAJE CONQUISTADO

El deseo por descubrir los secretos de la tierra

Hernán Cortés es un descubridor y conquistador de tierras remotas para Europa. A través de sus cartas describe a su rey las particularidades y costumbres de tierras y pueblos cuya cultura le interesa y admira; es constructor de ciudades y organizador de industrias y cultivos en una tierra que lega a Europa y al Mundo.

En Cortés, dice Luis Villoro, existe una mezcla extraña de conquistador e investigador, de un hombre práctico dominado por el afán de lucro y poder, pero también es un teórico ansioso por descubrir y relatar.⁵⁵ Este deseo está en relación con la naturaleza que se posa ante sus ojos; un paisaje desconocido hasta el momento y del cual será uno de los primeros en darlo a conocer al mundo.

En esas *cartas* está la veta que muestra el paisaje de acuerdo con el descubridor, el soldado, y, en fin, con el hombre que aprecia su riqueza quizá descrito por primera vez para el mundo Occidental; es tarea de Cortés descifrar los secretos de esta tierra. Escritas entre 1519 y 1526 en ellas se plasma admiración y respeto por la cultura con la que se encuentra, a la vez de un naciente amor por esta tierra, a la que pronto sentirá como suya.

Dirigidas a sus “Muy altos y muy poderosos excelentísimos príncipes, muy católicos y muy grandes reyes y señores”, en ellas les indica que si bien han sido informados de una tierra recién descubierta bautizada con el nombre de Cozumel y que después la nombraron Yucatán, “sin ser lo uno ni lo otro”, nadie hasta ahora les ha mencionado “la manera y riqueza de ella como de la forma en que fue descubierta y otras cosas que de ella se han dicho” y enfatiza que todas las noticias que han recibido

no son ni han podido ser ciertas porque nadie hasta ahora las ha sabido como será ésta que nosotros a vuestras reales altezas escribimos y contaremos aquí desde el principio que fue descubierta de esta tierra hasta el estado en que al presente está, porque vuestras majestades sepan la tierra que es, la gente que la posee y la manera de su vivir y el rito y ceremonias, secta o ley que tienen y el feudo que en ella vuestras reales altezas podrán hacer y de ella podrán recibir y de quien en ella vuestras majestades han sido servidos, porque en todo vuestras reales altezas puedan hacer lo que más servidos serán...⁵⁶

⁵⁵ Luis Villoro. Los grandes momentos del indigenismo en México. 3ª. edición, EL COLEGIO NACIONAL-COLMEX-FCE, México, 1998, Cuadernos de la Gaceta, p. 23.

⁵⁶ Hernán Cortés. Cartas de Relación. Primera Carta. Editorial Porrúa, México, 1988, nota preliminar de Manuel Alcalá, Colección Sepan Cuántos. no. 7, p. 7. En lo sucesivo, al hacer referencia al texto, sólo mencionaré la carta y la página correspondiente a esta edición.

Cortés es entonces el primero en describir a sus monarcas los rasgos de la tierra y de los pueblos encontrados en ella y con ello se convierte en el primero que describe sus fabulosas verdades que meses después someterá al rey de España. Informa también que atenderá noticias de lugares ricos en oro, plata y piedras para ir en su búsqueda:

A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra tanto cuanto en aquella donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo.⁵⁷

Pero lo real es que tienen poco tiempo de haber llegado y sólo han podido

ver más de hasta cinco leguas de tierra adentro de la costa de la mar, y hasta diez o doce leguas de largo de tierra por las costas de una o de otra parte que hemos andado desde que saltamos en tierra, aunque desde la mar mucho más se parece y mucho más hemos visto viniendo navegando.⁵⁸

La apreciación que tiene del medio natural es ante todo de novedad y por lo tanto cree en la esperanza de una enorme bonanza. J. H. Elliot⁵⁹ señala que en las *Cartas de Relación* “es posible palpar la etapa de observación, en su esfuerzo para llevar lo exótico al rango de lo familiar” no en balde compara el paisaje americano con el español en múltiples pasajes, sin olvidar que la fauna que encuentra es igualmente parecida a la europea. En varios pasajes menciona dicha similitud, y refiere que en la región contigua a la Vera Cruz, “hacia adentro la tierra es llana y de muy hermosas vegas y riberas que en España no pueden ser mejores. Son fructíferas para la siembra y convenientes para todo tipo de ganado...la naturaleza animal es igualmente parecida a España; hay todo género de caza y animales y aves”. Según palabras de Cortés se cuentan

ciervos, corzos, gamos, lobos, zorros, perdices, palomas, tórtolas de dos o tres maneras, codornices liebres, conejos; por manera que en aves y animales no hay diferencia de esta tierra a España; y hay leones y tigres.

Sin embargo, en el análisis que hace Elliot a las cartas, dice que existen “evidentes limitaciones en la capacidad observadora de Cortés, particularmente cuando lleva a cabo la descripción del extraordinario paisaje por donde caminaba su ejército invasor”⁶⁰ rasgo que no es privativo del conquistador, indicando que entre los españoles involucrados en el sometimiento militar del pueblo mexica, suele ocurrir

⁵⁷ Primera Carta de Relación, p. 20-21.

⁵⁸ Ídem, p. 20-21.

⁵⁹J. H. Elliot. *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*. Alianza editorial, Madrid, 1972, p. 32.

⁶⁰Ídem, p. 32.

que la apariencia física es totalmente ignorada o descrita con la fraseología más insípida y convencional; contrastando desde luego con las descripciones detalladas que se elaboraron sobre los indígenas. Es como si el paisaje americano -dice Elliot- fuese un telón de fondo ante el cual las extrañas y siempre fascinantes gentes del Nuevo Mundo estuviesen obedientemente agrupadas.⁶¹

Sugiere que la aparente deficiencia en la observación de la naturaleza puede reflejar la falta de interés por ella y por el paisaje entre los europeos del siglo XVI, y especialmente entre los del mundo mediterráneo, además que cuando los europeos tenían el deseo de mirar y los ojos dispuestos para ver, no existieron garantías de que la imagen que se presentaba ante ellos respondiese necesariamente a la realidad, pues “los determinantes de esta visión eran la tradición, la experiencia y la curiosidad”.⁶²

Al respecto es posible pensar que no existió deficiencia en la observación de la naturaleza, ni una falta de interés en la apreciación del paisaje. No convence del todo el argumento de Elliot y si crea, por el contrario, cierta confusión. Para José Luis Martínez, Cortés hizo observaciones y descripciones de las tierras que visitó, sin embargo, tanto el capitán como su ejército “parecían poco sensibles al paisaje como espectáculo”, y aún sus efectos, frío, calor, lluvias, vientos, altitud, fueron percibidos como “consecuencias prácticas o militares, como si esta insensibilidad condicionara su fortaleza, su capacidad de resistencia a las inclemencias y su adaptación biológica a las nuevas circunstancias”.⁶³

Pero es evidente que el Conquistador presta más atención a la acción humana que al paisaje y sabe apreciar el orden, organización, policía, gobierno eficaz, etiqueta y costumbres de los pueblos indígenas, tal como se verá más adelante. Al respecto las razones que expone al poblar la tierra están más enfocadas al aspecto social que al mero paisaje. Decide entonces, junto con sus hombres, poblar la tierra y que

hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen, porque siendo esta tierra poblada de españoles, demás de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen adelante.⁶⁴

⁶¹Ídem, p. 33.

⁶²Ídem, p. 33.

⁶³José Luis Martínez. Hernán Cortés, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 844.

⁶⁴Primera Carta de Relación, p. 18.

En la tercera carta le escribe a Carlos V “cómo los naturales de estas partes eran de mucha más capacidad que los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a unos medianamente basta para ser capaz, y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerlos a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas; y que también cesando aquesto, los conquistadores y pobladores de estas partes no se podían sustentar”.⁶⁵ Lógicamente que visualiza uno de los problemas más graves que implicó la ocupación española en esta parte del mundo.

La visión del paisaje depende en mucho de la personalidad o tarea del autor, en este caso un soldado, que está presto a fijar su conciencia en lo ancho de las calzadas que comunican a la isla que se ha propuesto conquistar, a la vez que se preocupa por saber el cálculo de la cantidad de caballos que pueden librar el paso, al mismo tiempo en caso de invasión o huida, o también por la descripción de la costa con fines militares y de conquista, amén de los provechos comerciales en el trayecto hacia la especiería. En la comprensión de la relación de la naturaleza con el hombre, existe igualmente un proceso, el cual, en este caso está en una etapa inicial.

Elliot se pregunta qué fue lo que los europeos vieron al llegar a estas tierras y cómo lo vieron, y la respuesta, lógicamente, dependerá de la clase de individuo que se trate, pues su visión está afectada por su formación e intereses profesionales.⁶⁶ Manuel Alcalá,⁶⁷ describe a un Cortés pobre en apreciaciones para descripción del paisaje, esto en relación con la vaguedad de los datos geográficos que se aprecian en la ausencia de datos como distancias, jornadas o leguas, o bien la carencia de una orientación; en cambio en relación con las montañas, se destaca su asombro ante las magnificas elevaciones que le toca observar.

Al describir el relieve cercano a la costa del golfo, no deja de sorprenderse y hablar con elocuencia de “sierras muy hermosas, y algunas de ellas son en gran manera muy altas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura a todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta que si el día no es bien claro no se puede divisar ni ver lo alto de ella”.

Pone de manifiesto ideas en las que defiende la ausencia de nieve o, en su caso de climas fríos, en regiones tórridas. Ante la evidencia

⁶⁵ Tercera Carta de Relación, p. 171.

⁶⁶ J.H. Elliot. op. cit., p. 31.

⁶⁷ Manuel Alcalá. César y Cortés. Editorial Jus, México, 1950, p. 149-160.

no se atreve a asegurar que la nieve se presente en climas como el que está viviendo en ese momento. Señala que

de la mitad arriba está todo cubierto de nubes, y algunas veces, cuando hace muy claro el día, se ve por cima de las dichas nubes, lo alto de ella, y está tan blanca que lo juzgamos por nieve, y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve; mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta región tan cálida no nos afirmamos si es nieve.⁶⁸

Sus expectativas no tienen límites; abre toda posibilidad de secretos de diversa índole. Intuye que esta tierra debe ser rica, y la compara con bonanzas salomónicas. Le comunica al rey que trabaja en descubrir lo que esconde la tierra. Los deseos por descubrir constituyen uno de los rasgos más importantes en él

Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise de ésta, (en relación con las cerros nevados cercanos a Cholula) que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo, de dónde y cómo salía.⁶⁹

Villoro⁷⁰ dice que Cortés se enamora profundamente de su descubrimiento, de “su” tierra, de “su” empresa; suya porque es él quien le da vida al revelarla. Es su creador y revelador y está dispuesto a morir por ella, aunque sólo la cederá a la corona, para luego sufrir la gran decepción al ser despojado de su gobierno. Pero ante todo Cortés “es”, en el sentido de ser el protagonista principal. El acontecimiento importante no puede ni debe estar en manos de otra persona, de tal forma que no concibe estar en un segundo término, es su ego el que habla y por eso “su” descubrimiento es magnífico, “yo fui, muy poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal, tres jornadas donde de todos los naturales fui muy bien recibido y hospedado”. Ese protagonismo no sólo se plasma al visitar los lugares que resultan agradables a los sentidos, sino también, quizá más trascendente para él, los más agrestes.

A la cuarta jornada entré en una provincia que se llama Sienchimalen, en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agra, y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de pie, y aun con harta dificultad si los naturales quieren defender el paso. En lo llano hay muchas aldeas y alquerías de a quinientos y a trescientos y doscientos vecinos labradores, que serán por todos hasta cinco o seis mil hombres de guerra.⁷¹

⁶⁸ Primera Carta de Relación, p. 20-21.

⁶⁹ Segunda Carta de Relación, p. 47.

⁷⁰ Luis Villoro, Op. Cit. p. 25.

⁷¹ Segunda Carta de Relación, p. 34.

El puerto de Nombre de Dios lo describe como “agro y alto que no lo hay en España otro tan dificultoso de pasar” y sin embargo lo pasa de manera segura. Anduvo “tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable a causa de su esterilidad y falta de agua y muy grande frialdad que en ella hay, donde Dios sabe cuanto trabajó la gente, padeció de sed y de hambre” muriendo unos indios de la isla Fernandina.

Le escribe a su rey las razones por las cuales inicia la empresa de conquista y es un pasaje que resulta interesante, como muchos otros lo son, porque se le comunica únicamente a la autoridad que reconoce, las bondades de un espacio que comparable con otro que integran el ya imperio español y que además puede ser todavía más rico:

Porque he deseado que vuestra alteza supiese las cosas de esta tierra, que son tantas y tales, que como ya en otra relación escribí, se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemaña, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee. Y porque querer de todas las cosas de estas partes y nuevos reinos de vuestra alteza decir todas las particularidades y cosas que en ellas hay y decir se debían, sería casi proceder al infinito.⁷²

El concierto y mantenimiento de las ciudades en las cartas de relación

A Cortés no le asombró tanto el paisaje como la organización social a la que se enfrentó; de los primeros alude que son hermosos o magníficos, pero de la gente que lo habita y lo estructura, de la organización que observa, de las obras humanas, simplemente no le alcanzan las palabras.

La obra humana más que novedosa, guarda orden, no de acuerdo con un patrón, sino que ese orden está visto como un resultado social, plasmado en el mantenimiento y concierto que observa. Cómo es posible que una ciudad más grande que Granada se encuentre en estas tierras, pero aún más, y cómo es posible que a dicha ciudad no le falte nada, tal como sucede en ciudades europeas. Las ciudades españolas son meras referencias para dar idea al lector, en este caso el monarca, del mundo que está dando a conocer. Pero enfatiza que las ciudades americanas son mejores; comparándolas indirectamente involucra la experiencia vivida por los conquistadores en las islas de las Antillas, en el entendido de que ese territorio no es tan rico como el encontrado por los soldados llegados a la Vera Cruz.

⁷² Ídem, p.31.

Para Cortés, este “islote sonriente”⁷³ es una manifestación de la armonía entre el espacio y el hombre. Como ser racional impone sus condiciones a aquél. Esa armonía la observa en los edificios, muchas veces asentados en sitios ganados al agua, pero también en el trazo de calles, en la vestimenta de los hombres, en desarrollo de cultivos y en los mercados, que para él son puntos que denotan la organización social que tanto le fascina. Cuando los visita llaman su atención los innumerables productos que se pueden encontrar; su lista es minuciosa, cualquier cosa, por mínima que sea, se puede adquirir ahí.

Le sorprende que “los valles que circundan a la ciudad de Cempoala son hermosos y labrados sin haber en ellos cosa vacua”. En Tamazulapa menciona una casa que “es mayor y más fuerte y mejor edificada que el castillo de Burgos” y su gente “era más vestida”.⁷⁴ A Tuchtintecla la define como “una provincia aparejada para poblar”⁷⁵ y al pueblo de Iztapan, en el camino a las Higueras, lo describe como una “muy grande cosa” que “está asentado en la ribera de un muy hermoso río. Tiene muy buen asiento para poblar en él españoles; tiene muy hermosa ribera, donde hay buenos pastos; tiene muy buenas tierras de labranzas; tiene buena comarca de tierra labrada”.⁷⁶

En Oaxtepec se aposentaron en una huerta del señor de allí, que “es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil ribera de agua, y de trecho a trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, e infinitos árboles de diversas frutas, y muchas hierbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta”.⁷⁷

En Cholula la gente “es más vestida” que los tlaxcaltecas; los honrados ciudadanos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África porque tienen maneras. La ciudad es muy fértil en labranza pues su tierra se riega la más parte de ella, y

⁷³Carlos Pereyra. Hernán Cortés. Ed. Porrúa, México, 1985, col. Sepan Cuántos, no. 165, p. 92-93. Con un tono irónico y menospreciando la magnificencia de una ciudad diferente a lo encontrado por parte de los españoles al momento en otros lugares de América, Carlos Pereyra, menciona que si Quiahuiztla era Archidona; Cempoalla, Sevilla; Tlaxcala, Granada; Cholula, Valladolid; México tenía que ser el compendio de todas las capitales conocidas”. Señala que la ciudad halagaba a los europeos familiarizados con los grandes centros urbanos, por dos razones: “la prolija y minuciosa policía de calles y sitios públicos, y la amenidad del aspecto general que presentaba, por la abundancia de huertos y jardines. A pesar de su tosca arquitectura, la gran Tenochtitlán aparecía como un islote sonriente”.

⁷⁴Segunda Carta de Relación, p.56.

⁷⁵Ídem, p.58.

⁷⁶Quinta Carta de Relación, p. 229.

⁷⁷Tercera Carta de Relación, p. 124.

aún es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España.⁷⁸ Desde lo alto de un templo cuenta “cuatrocientos treinta y tantas torres” y

es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto, porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada, y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta de pan y aun hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razón.⁷⁹

Cerca de Iztapalapa visita dos ciudades, Ayotzinco y Míxquic. La primera es pequeña y “podría ser hasta de mil o dos mil vecinos, toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada”. Relata que luego de cruzar una calzada “tan ancha como una lanza jineta” se llega a una pequeña, pero hermosa urbe, la segunda mencionada, con “muy bien labradas casas y torres como de la buena orden que en el fundamento había por ser armada toda sobre agua”. De Iztapalapa dice que

tendrá esta ciudad doce o quince mil vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada, grande, la mitad dentro del agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor de ella unas casas nuevas que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España; digo de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería y suelos y cumplimientos para todo género de servicios...Tiene jardines muy frescos de muchos árboles y rosas olorosas; asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo hondo. Tiene una muy grande huerta junto a la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes de ella de gentil cantería, y alrededor de ella un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho que pueden ir por él cuatro paseándose; y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos; de la otra parte del andén hacia la pared de la huerta va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás de ellas todo de arboledas y hierbas olorosas, y dentro de la alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos y zarzetas y otros géneros de aves de agua, tantas que muchas veces casi cubren el agua.⁸⁰

Cempoala es una ciudad grande y le causa tanta admiración “que aunque mucho de lo que podría decir dejé, lo poco que diré creo que es casi increíble”.⁸¹ Es digno de llamar su atención la existencia de ciudades tan grandes y de tanto concierto fuera de Europa. Pero también aflora un agudo sentido de observación relacionado con el funcionamiento interno de las ciudades. Le interesa la población, los edificios con los que se encuentra, el abastecimiento de alimentos y siente curiosidad por ellos cuando enlista lo que encuentra en los mercados. Igualmente, de Cempoala, dice que

⁷⁸ Segunda Carta de Relación, p. 45.

⁷⁹Ídem, p. 45-46.

⁸⁰ Ídem, p.50.

⁸¹ Ídem, p.40.

es muy mayor que Granada y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescado de ríos y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que casi cotidianamente todos' los días hay en él de treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras y otras joyas de plumaje, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España: Venden mucha leña y carbón y hierbas de comer y medicinales, Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de África no se le iguala.⁸²

Su observación se extiende a los campos productivos, que describe como “valles llanos y hermosos y todos labrados y sembrados sin haber en ella cosa vacua” y su forma de gobernarse es visto en el orden que se ha alcanzado

Que es casi como las señorías de Venecia, Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra residen son labradores y son vasallos de estos señores; y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos más que otros, y para sus guerras que han de ordenar júntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertan.⁸³

En la segunda *carta de relación*, en el preámbulo, adelanta que hay una grandísima provincia llamada Culúa, con grandes ciudades y maravillosos edificios, entre las que sobresale una, la llamada *Tenustitlan* que está, por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna.⁸⁴ Esta ciudad, además de ser la capital del imperio mexicana, adquiere un valor estratégico y vital para los invasores y de ello da perfecta cuenta Cortés.

Cuando enfrenta a Pánfilo de Narváez reflexiona sobre la posibilidad de perder “todo el oro y plata y joyas que en la tierra se habían habido, así de vuestra alteza como de españoles y míos”; pero ante todo sabe del peligro que significa perder, “la mejor y más noble y mejor ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y a quien todos obedecían”.⁸⁵

Para hablar de ella “sería menester —reconoce Cortés— mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá

⁸² Ídem, p. 41.

⁸³ Ídem, p. 41.

⁸⁴ Ídem, p. 31.

⁸⁵ Ídem, p. 77.

con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender”.⁸⁶

La gran ciudad ocupa una provincia redonda y “está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas y en el dicho llano hay dos lagunas⁸⁷ que casi lo ocupan todo”. Está fundada en medio de una laguna salada, y desde cualquier entrada hay dos leguas de distancia. Tiene cuatro accesos entradas, que son calzadas hechas a mano, tan anchas “como dos lanzas jinetas”.

Es tan grande como Sevilla y Córdoba y su trazo consiste en calles principales “muy anchas y muy derechas” pero también por tener una doble funcionalidad pues en su mayoría, sino es que todas “son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas”, y hay aberturas que permiten el paso del agua de las unas a las otras “y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas”. Como hombre de armas no pierde tiempo para analizar las ventajas de las calles y destaca “sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par”. En caso de un asedio los indígenas

tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra.⁸⁸

En relación con las casas, dice que se caracterizan por ser “muy buenas y muy grandes”, ya que todos los señores, vasallos de Mu-tezuma, poseen sus residencias en esta, aunque también se cuentan “ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas”. Es común observar en ellas “vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos”. El abastecimiento de agua potable está asegurado debido a que por una calzada corren

dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longua de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.⁸⁹

⁸⁶ Ídem, p. 62.

⁸⁷En realidad no son dos lagunas sino cinco lagos, a saber: Xochimilco, Chalco, Texcoco, Zumpango y Xaltocan.

⁸⁸ Ídem, p. 62.

⁸⁹ Ídem, p. 65.

Las mezquitas o templos son numerosos y “de muy hermosos edificios”, con buenos aposentos para los que residen de continuo en ellas y entre ellas hay una que es la más importante,

que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentán los religiosos que allí están.⁹⁰

Cuenta “cuarenta torres muy altas y bien obradas”, la de mayor altura tiene cincuenta escalones. La torre principal “es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla”. Su fábrica llama su atención al estar labrada “así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte”. Las torres son tumbas de señores, “y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción”.

Pero sin duda lo que más llama su atención es el mercado, la organización que observa lo asombra, y es de alabarse ya que con su relato indica los fuertes lazos de la ciudad con sus alrededores, ese tejido que la misma ciudad extiende con su comarca por medio del comercio interno. El mercado como tal ocupa una

plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan.⁹¹

Como dice, en el mercado se encuentra todo. Joyas de oro, plata, plomo, latón, cobre, estaño; de piedras, huesos, conchas, caracoles y plumas. Cada género de mercadería se vende en su calle, y no existe intromisión con alguna otra; todo por cuenta y medida, excepto que no vio vender cosa alguna por peso. En una calle encontró

todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas⁹²

También encontró la venta de “conejos, liebres, venados, y perros pequeños, que crían para comer, castrados”. Observó la herbolaria y llamaron su atención las “casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos”. En otras residencias hay barberos, “donde lavan y rapan las cabezas” y en otras comida y bebida sin dejar de existir cargadores “como los que llaman en Castilla ganapanes”. Encontró combustibles

⁹⁰ Ídem, p. 64.

⁹¹ Ídem, p. 63.

⁹² Ídem, p. 63.

como leña y carbón, también “braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas”.

Las verduras y las frutas son innumerables: cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borraja, acederas y cardos y tagarninas; hay cerezas, y ciruelas, que son semejantes a las de España. Se encuentra y se vende miel de abeja y cañas de maíz, “que son tan melosas y dulces como las de azúcar”, así como la “de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arropé, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden”.

De acuerdo con Cortés, en el mercado se podían encontrar hilados de algodón, colores para pintores, cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores e igualmente loza.

Se vende mucho maíz en grano y en pan, pasteles de aves y empanadas de pescado, pescado fresco y salado, crudo y guisado, huevos de gallinas y de ánsares, venden tortillas hechas de huevos. También en la plaza hay una casa como de audiencia,

donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que, se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.⁹³

Las ciudades que encuentra Cortés en el proceso de conquista le revelan, entre otras cosas, la capacidad indígena. Pero *Mexico-Tenochtitlan* tiene además otra connotación, en este caso simbólica; en ella se conjuga el esplendor de toda la cultura que enfrenta y que a futuro someterá. Es ella el enclave de ese mundo, pero tendrá el mismo papel para consolidar la presencia española. En tal sentido, Cortés habla de la decisión de cambiar la sede de la ciudad de México; en primera instancia reflexiona e indica que no sería correcto residir en ella por muchos inconvenientes. Piensa la posibilidad de pasar la capital al pueblo de Coyoacán, situado en la “costa de esta laguna”. Su deseo era que México, “por la grandeza y maravilloso asiento de ella”,⁹⁴ se reconstruyese, lo que implicaba trasladar a todos los naturales diseminados por la guerra.

Sin embargo, una vez consumada la conquista, Cortés retoma el tema y reflexiona sobre el establecimiento de una capital pensando en “seguridad y sosiego de todas estas partes” y decidió mantener a Tenochtitlan como la primera ciudad “por ser tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha hecho”, que aunque destruida se

⁹³ Ídem, p. 63.

⁹⁴ Cuarta Carta de Relación, p. 196.

nombraron autoridades y se repartieron los solares y mientras tanto los soldados españoles establecieron residencia en la ciudad de Coyoacán. Al dirigirse a Carlos V, luego de cuatro o cinco meses de ganada,

la dicha ciudad de Tenochtitlan se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante; y se hace y hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que de ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos.⁹⁵

El paso interoceánico

Cortés menciona en la *Cuarta Carta de Relación* que envió a su lugarteniente Cristóbal de Olid, por la costa del Norte, a poblar la punta o cabo de las Hibueras, situada “a sesenta leguas de la bahía de la Ascensión, que es a barlovento de lo que llaman Yucatán, la costa arriba de la tierra firme, hacia el Darién”. La describe, por si fuera alguna novedad, como una tierra rica, pero no precisamente en oro, sino en otra línea. Su riqueza radicaba en su posición y en la trascendencia para la corona española como punto de partida en su posible conquista del extremo oriente.

Significaba poder realizar el sueño español y, por extensión el europeo, de llegar a la especiería, a las Molucas, Catay y Cipango. Pareciera incluso que la misma conquista de Mexico Tenochtitlan resultó pequeña para Cortés comparándola con la quimera de la ruta directa al oriente.

El sueño de llegar a tierras asiáticas involucra un problema geográfico planteado por el pensamiento medieval y vuelto a ponerse en la mesa de discusiones con el descubrimiento americano. Los conquistadores y exploradores caen en cuenta que las tierras pisadas forman parte de un *ente* totalmente distinto a lo sugerido en el pensamiento antiguo y medieval y era urgente la búsqueda de un paso que comunicara las dos grandes masas continentales.

Contemporáneo al envío de Olid, Cortés tiene que enfrentar al adelantado Francisco de Garay, quien le causará graves problemas por la distracción en sus planes exploratorios para ese paso interoceánico. Denuncia que por su llegada cesó la búsqueda del estrecho pues hubo necesidad de enfrentarlo con toda la gente que tenía disponible.⁹⁶

⁹⁵ Tercera Carta de Relación, p. 165.

⁹⁶ Cuarta Carta de Relación, p. 192.

Dice Cortés que tiene mucha información sobre esa tierra, pues “hay opinión de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la otra mar, que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar, por el gran servicio que se representa que de ello vuestra cesárea majestad recibiría”.⁹⁷

Con estas referencias envía por capitán a Diego de Hurtado con el fin de “correr toda la costa de la bahía de la Ascensión en demanda de aquel estrecho que se cree que en ella hay, y que estén allá hasta que ninguna cosa dejen por ver, y visto, se vuelvan” y que “me hagan relación de lo que hallaren”. También envió a Pedro de Alvarado a ciudades de Guatemala, “y a otras provincias de que tengo noticia, que están adelante de ellas”

porque de ello tengo creído que Dios Nuestro Señor y vuestra sacra majestad han de ser muy servidos, y porque por aquella parte, según tengo noticia, pienso descubrir muchas y muy ricas y extrañas tierras y de muchas y de muy diferentes gentes.⁹⁸

Los pasajes en los que se encuentran los deseos de este paso abundan particularmente en la Cuarta y Quinta carta. No solamente al posible hallazgo en la mar del Sur, sino que también muestra deseos por recorrer las aguas ubicadas entre el río Pánuco y la Florida, “que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León”; la exploración sería hasta “llegar a los Bacallaos, porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur, y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde se está aquel archipiélago”, y

siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho, sería la navegación desde la Especería para esos reinos de vuestra majestad muy buena y muy breve; y tanto, que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega, y sin ningún riesgo ni peligro de los navíos que fuesen y viniesen, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de vuestra majestad, que cada vez que alguna necesidad tuviesen se podrían reparar, sin ningún peligro, en cualquiera parte que quisiesen tomar puerto, como en tierra de vuestra alteza.⁹⁹

Por lo que se entiende del pasaje anterior, la figura, que debe ser un mapa que no ha llegado a nosotros, muestra el tan ansiado estrecho a la misma latitud que las Molucas, las islas visitadas por Magallanes años antes. Sea como sea, la figura debió de apegarse más a la fantasía que a la realidad, pues el estrecho, como se sabe, nunca existió. En su ilusión por encontrarlo, le presenta a Carlos V cálculos en el ahorro de distancias ya que representaría “dos tercias partes menos que por donde ahora se navega”.

⁹⁷ Ídem, p. 184.

⁹⁸ Ídem, p. 193.

⁹⁹ Ídem, p. 199-200.

Encontrar el estrecho representa para Cortés la mayor empresa que debe atender, ha quedado atrás el sometimiento de todo un cúmulo de pueblos con sus riquezas y declara que enviará para tal empresa

tres carabelas y dos bergantines en esta demanda, aunque pienso que me costará más de diez mil pesos de oro, y juntar este servicio con los demás que he hecho, por que le tengo por el mayor si, como digo, se halla el estrecho...

A la vez está consciente de la posibilidad de no encontrar ese accidente geográfico, pero no le preocupa ya que de no existir

no es posible que no se descubran muy grandes y ricas tierras, donde vuestra cesárea majestad mucho se sirva y los reinos y señoríos de su real corona se ensanchen en mucha cantidad; y síguese de esto más utilidad, ya que el dicho estrecho no se hallase; que tendrá vuestra alteza sabido que no lo hay, y darse ha orden como por otra parte vuestra cesárea majestad.¹⁰⁰

Esta exploración por las costas orientales de Norteamérica no se llevó a cabo, al menos Cortés no menciona ni el nombre de quien estuvo al frente de dicha flota, ni el número de barcos que tendría la tarea de recorrer las mencionadas costas; en cambio, los barcos de la mar del Sur

navegarán en fin del mes de julio de este año de 524 por la misma costa abajo, en demanda del dicho estrecho; porque si lo hay, no se puede esconder a éstos por la Mar del Sur y a los otros por la Mar del Norte; porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho o juntar la tierra con la que descubrió Magallanes, y los otros, del Norte, como he dicho, hasta la juntar con los Bacalaos. Así, por una parte y por otra no se deje de saber el secreto. Certifico a vuestra majestad que, según tengo información de tierras la costa de la Mar del Sur arriba, que enviando por ella estos navíos yo hubiera muy grandes intereses, y aun vuestra majestad se sirviera; mas como yo sea informado del deseo que vuestra majestad tiene de saber el secreto de este estrecho, y el gran servicio que en le descubrir su real corona recibiría, dejo atrás todos los otros provechos e intereses que por acá me estaban muy notorios, por seguir este otro camino. Nuestro Señor lo guíe como sea más servido, y vuestra majestad cumpla su deseo, y yo asimismo cumpla mi deseo de servir.¹⁰¹

Al finalizar la quinta carta de relación, deja entrever la inexistencia del tan ansiado estrecho, pero sí piensa encontrar el camino hacia China y se enlista para descubrir “toda la Especiería y otras islas, si hubiere arca de Moluco y Malaca y la China” y no sólo eso, sino que le ofrece tenerla por “cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor y señor natural” porque Cortés se ofrece a ir en persona, “por manera que las sojuzgue y pueble y haga de ellas fortalezas”.

¹⁰⁰ Ídem, p. 200.

¹⁰¹ Ídem, p. 200.

La expedición de las Higueras y las adversidades de la zona tórrida

En esta expedición que emprende Cortés en persona, la sorpresa y el asombro ante lo nuevo desaparecen. Ya no es el soldado al que el lenguaje le queda corto ante las maravillas que observa, no le impresionan con la misma magnitud los poblados y las novedades. Las montañas, “espesas y bravas”, y las “peñas muy grandes”, se vuelven “angosturas por donde pasa el río” y se convierten en la “cosa más espantosa, de recia, que puede ser y de estas hay muchas que por otra parte no se puede pasar el río sino por entre aquellas peñas”.¹⁰²

No hay argumento que indique una sorpresa similar a la expresada en el acercamiento a la ciudad de México-Tenochtitlan. Si bien no existió otro espacio urbano igual, si aprecia a lo largo de sus correrías paisajes naturales a los que rara vez, si no es nunca, compara con España. En tal caso, la revelación del paisaje es efímera; de la maravilla que se posó en sus ojos, pasa a la mera descripción en la que no cabe sorpresa o asombro. En todo caso es la descripción de un camino que no encuentra en una selva impenetrable, ajena a los climas templados e ideales de la usanza europea. Es ese camino inexistente y el clima extremo los que dan vida al relato y a la descripción, imponiendo su rigor y adversidad.

Su afán descubridor no tiene límites. En su viaje a las Hibueras encontrará problemas con un medio natural que padecerá a tal grado, que se traduce en parte del fracaso del conquistador en esta empresa. En el seguimiento del trayecto destaca noticias que indican las adversidades padecidas por el ejército español. La empresa parte con objetivos claros teniendo como base una “figura en paño” de toda la región que tendría que caminar (Figura 5). Pretende atraer a los naturales de la tierra al conocimiento de la fe cristiana, tal como lo hizo en los primeros pasos de la conquista de la capital del imperio mexicana; debe pasar ciertamente por muchas provincias y conocer y padecer paisajes totalmente adversos e igualmente multitud de “gentes de muchas maneras”, procurando apaciguar a muchas de ellas.

¹⁰² Quinta Carta de Relación, p. 245.

rra.¹⁰⁵ Ante la carencia de una ruta terrestre, manda a algunos españoles que descubran el sendero del que hablan los indígenas y una vez descubierto, señalar por donde se pueda pasar, “porque era todo montañas muy cerradas... y plugo a nuestro Señor que se halló, aunque trabajoso; porque además de las montañas, había muchas ciénegas muy trabajosas, porque en todas o en las más se hicieron puentes”.

Cuando pregunta por la provincia de *Chilapan*, que de acuerdo con el mapa que lo guiaba, estaba en posición adecuada para llegar a ese lugar, y sin embargo no supieron informarle sobre la senda a seguir “porque decían que ellos no andaban por la tierra, sino por los ríos y esteros en sus canoas; y que por allí que ellos sabían el camino, y no por otra parte”. Lo más que supo Cortés de sus informantes fue que le señalaran una sierra que parecía estar ubicada a diez leguas de allí.

En el pueblo de Zagoatán permaneció veinte días, lapso en el que no paró de buscar camino, pero nunca lo encontró, ni “chico ni grande”, pero si enormes y espantosas ciénegas que parecían imposibles de cruzar. En este punto los alimentos y provisiones empezaron a escasear.

Cierto que la inteligencia humana, acompañada de las manos, puede elaborar obras magníficas para hacer habitable lo inhabitable de acuerdo con formas y modos de vida. En este caso la elaboración de puentes pasó a un primer orden y en las cercanías de este último poblado los cruces serán del orden de trescientos pasos, en donde entran muchas vigas hasta de cuarenta pies, con el fin de pasar a otras provincias.

Las ciénegas enmarcan el paisaje que Cortés tiene que reconocer. Están presentes también en el poblado de Tepetitan en donde no hubo ninguna en donde el lodo no llegara encima de las rodillas de los caballos, y en algunos casos, hasta las orejas.

Los poblados que visitan y reconocen están abandonados al momento de su llegada. Los pobladores recibieron información sobre los abusos que padecerían en caso de espera, lo que se tradujo en el aumento del desabasto en los víveres para los soldados y en la desesperación en más de uno de ellos.

Los caminos fluviales se repiten en la provincia de *Ziguatapan*, y al salir de este poblado encuentra una ciénaga “que dura más de media legua” aunque los indios lo ayudan a cruzarla con ramas y hierbas que echaron al fango. Una vez cruzada, le espera un hondo estero, en

¹⁰⁵Ídem, p. 224-225.

el que hubo necesidad de hacer otro puente, pasando los caballos a nado y luego, víctima de las desgracias, se topa con otra cuya profundidad “nunca baja a los caballos de la rodilla abajo, y muchas veces de las cinchas”.

En el monte, a pesar de abrir camino, el ejército se pierde y reconoce que era “montaña de calidad, que no se veía otra cosa sino donde se ponían los pies en el suelo, o mirando hacia arriba, la claridad de cielo”. Dice Cortés que tanta era la espesura y altura de los árboles, que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra”.¹⁰⁴ Desesperado reconoce que tiene poca esperanza para acertar algún poblado y sus hombres están “más muertos que vivos”.

Al momento de que construye el puente luego del poblado de *Ziguatapan*, que define como obra magnífica y de calidad, sus soldados comienzan a demostrarle descontento, pues no se terminó la obra y, estando “descorazonados y dejativos”, no comían otra cosa sino raíces de yerbas.

Hernán Cortés no se distinguió por apreciar la naturaleza americana por sí misma, pero sí lo hizo en términos de una relación con la cultura. De hecho es el gran mérito que se le aprecia en este trabajo; también se distingue en él, el ansia de saber y conquistar, de saber esos secretos de la tierra, de someterla y de hacerla suya. No reflexiona sobre la autoría de tan magnífica obra, ni mucho menos de su funcionamiento, pero sí la vive y la padece y goza con ser él quien la recorre, descubre y conforma al apreciar sus secretos.

Pero también es un personaje que padece la dureza del trópico en su viaje a las Hibueras, en parte por el ansia de acercarse a esa naturaleza que le esconde sus misterios; no se queja lo más mínimo de sus limitaciones, como cuando surca los caminos lacustres de la selva del sur de México, si bien no hay lamentaciones, hay una ambición por vencer el entorno, que es constante, firme, para acceder al dominio de la naturaleza.

Es evidente en Cortés la admiración por la armonía que observa entre el hombre y su entorno, vista ésta en las diversas ciudades que visita a lo largo de su trayecto a Mexico-Tenochtitlan. Se percata que el hombre usa su entorno en relación con el agua, con las tierras labrantías, con los caminos, creando también sociedades complejas que organizan ese territorio. Esto es lo que le impacta y esto es lo que aprecia. Encuentra en las obras del hombre americano los argumentos para acceder a su conquista y la naturaleza americana le brinda

¹⁰⁴ Ídem, p. 230.

CAPITULO II

secretos que siempre quiere descifrar; todo con claros beneficios económicos.

Cuando describe las ciudades que le toca visitar, cuando anda por sus calles, su parámetro para aquilatar el valor tiene que ser su propio mundo de vida, sus puntos de referencia sólo reflejan la magnificencia de los paisajes que visita; con mencionar a Granada, Salamanca o Sevilla lo que hace es describir un paisaje desconocido, ajeno, lejano a todo lo visto hasta ese momentos en las Indias, pero también valora la obra del hombre americano en la naturaleza.

III. DE LA CRISTIANIZACIÓN DEL PAISAJE INDÍGENA A LA CALIDAD Y ABUNDANCIA DE LAS TIERRAS NOVOHISPANAS

Fray Toribio de Benavente, Motolinia, y redención del humanal linaje.

Horacio Capel, en su *Física Sagrada*,¹⁰⁵ menciona que el sistema de creencias religiosas influye en la visión que los hombres poseen del mundo y tal influencia fue particularmente profunda en la Edad Media, pues la fe dirigía toda reflexión sobre el orden cósmico universal. Señala que el Dios de los católicos era, sobre todo, creador y, dentro del mismo catolicismo, la creación del mundo era Obra Divina y se describe jerárquicamente ordenado.

En este orden de ideas Capel refiere la particular postura de la orden dominica ante la relación con la fe, que se caracterizó por buscar leyes naturales del funcionamiento del orbe con Dios como creador, quien, de acuerdo con el análisis que realiza el autor español sobre insignes miembros dominicos como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, no necesita actuar directamente, sino que puede llevar su obra a través de las “causas segundas naturales”, cuyo conocimiento es por ello digno de ser investigado.¹⁰⁶

Su análisis lo conduce a sostener que los dominicos integraron la fe y la razón a sus estudios al armonizar la especulación racional y la revelación, orientando la teología hacia los problemas del hombre, pues es en él donde más brilla la sabiduría y la bondad de Dios. Sin embargo, para los dominicos no bastó la obra de Dios, se necesitaba una ciencia que la explicara y la interpretara, y tales cualidades le fueron asignadas a la teología.

Entre los franciscanos, siguiendo el análisis de Capel, se presentaron intentos por establecer una clara separación entre la razón y la fe, debido a una desconfianza en la capacidad de la razón para iluminar materias de fe y por una valoración de la autoridad de la escritura. Para esta orden religiosa todo lo que existe en la naturaleza es señal de Dios, y la vía a su conocimiento no necesitó una naturaleza creada,

¹⁰⁵ Horacio Capel. *La física sagrada. Creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española. Siglos XVII-XVIII.* Ediciones El Serbal, Barcelona, 1983, p. 10. El texto lo considero importante para tratar este tema. Por lo mismo se utilizan varias citas en la primera parte del presente capítulo; en ocasiones, no se anotará la referencia a pie de página con el fin de aligerar la lectura de este trabajo. De hecho las citas que se utilizan se ubican entre las páginas 13 a 29 y 42 a 50.

¹⁰⁶ Idem, p. 14.

sino de un conocimiento apriorístico e intuitivo a partir de la misma experiencia del alma.

Dios, según los dominicos, podía ser racionalmente demostrado; pero los franciscanos, siguiendo a San Agustín, dan más valor a la voluntad que a la razón; al querer que al conocer, y afirman que ante todo es el amor, y no la razón, el que hace llegar a Dios; exaltan que Él tiene la voluntad y libertad absoluta en el mundo, que es lo que constituye la última razón de todo.

Según Capel el voluntarismo franciscano los condujo al campo de la fe y de la espiritualidad. La orden persiguió una clara tendencia al misticismo y a la perfección espiritual, al tiempo que mantuvo preocupación por compaginar la libertad del hombre con la omnimoda libertad de Dios. Esta actitud deja libre a la razón para reflexionar sobre el mundo, haciendo a un lado agobios por tener que armonizar a cada momento la razón y la fe, lo que se convierte en un acicate para la reflexión racional del mundo.

Es bien sabido que para el mundo cristiano, la Biblia fue siempre el punto de partida. En ella se narraba la historia de la Tierra y a ella se recurría para todo problema. Otra fuente era la misma naturaleza, en cuanto obra creada por Dios. Ambas tendencias fueron aceptadas por el pensamiento religioso, pero había muchas dudas respecto a este planteamiento; preguntas que tarde o temprano, llevarían a una visión netamente científica de la Tierra.

De acuerdo con el planteamiento bíblico, el mundo fue creado por Dios, mantenido por Él y sería destruido antes del juicio final. Fue creado como morada del hombre y todo se ordenó para su conservación; en este modelo, ese mundo se concibió en relación con él y su historia se narró en la Sagrada Escritura y a ella debía de remitirse en último término. Por ejemplo, una de las preguntas dentro del marco de la relación entre la razón y la fe, fue la Creación misma; si el mundo fue creado en el principio de los tiempos, sin que antes hubiese algo de él ¿por qué no lo hizo antes? La respuesta a esta interrogante fue simplemente contundente: porque Dios no quiso, ya que su poder es infinito y sus designios a veces se nos ocultan.

Pero más aún, San Basilio, de acuerdo con Capel, indica que Dios no había querido revelar cómo creó el agua, el aire o el fuego para que la inteligencia humana se sintiera estimulada y descubriera la verdad por sus propios medios.

Existe bondad en el Padre e infinita sabiduría, lo que permite atribuir todas las perfecciones al mundo creado por Él como resultado de un plan bien definido. Por ello no podían existir cambios ni decadencia o corrupción. En tal sentido, los pecados de los hombres podían haber hecho que la Tierra perdiera una de sus primitivas per-

fecciones, pero a pesar de ello, ésta seguía siendo una buena morada para la humanidad.

La confianza en la bondad y perfección del plan divino de la Creación implicó también una visión optimista de la historia humana, asociada ésta a la noción de progreso. En tal sentido, el hombre podía ayudar con sus obras a la perfección y embellecimiento de la Creación y por ello el desarrollo progresivo aparece como una necesidad histórica relacionada con el despliegue del plan divino y con la voluntad redentora de Cristo.

En este contexto, se planteó la idea de que Dios dejó incompleto el acto de la Creación para que fuera perfeccionada por los hombres, de tal forma que sintiera esa necesidad y usara su inteligencia racional descubriendo las diversas artes. Por lo mismo, las obras de los hombres, incluidas las construcciones y los campos de cultivo, debían ser entendidos como aportaciones para adorar y embellecer el plan divino de la creación reflejada hasta en los más pequeños detalles.¹⁰⁷

Capel también habla de la concepción pesimista sobre la apreciación de la naturaleza y de una idea de decadencia en los siguientes términos. Aclara que son diversas las raíces de tal postura. Unas se remontan a la época clásica y se ligan con el mito de la Edad de Oro; otras lo están con las disputas teológicas de los primeros tiempos del cristianismo. La primera se remonta a las obras de Hesiodo, Plutarco o Virgilio. La otra se relaciona con la pérdida del paraíso terrenal como consecuencia del pecado original; a raíz de ello el mundo perdió pureza y perfección original y se abrió paso a la maldad de los hombres. Esta concepción implicaba el incremento del pecado y el mal, lo que hizo cada vez más indispensable el castigo general a la humanidad.

Esta perspectiva indicó que la tierra estaba perdiendo su fertilidad, había disminuido el número de peces en el mar, las fuentes se secaban o daban menos agua... incluso, un planteamiento que llama mucho la atención, pues los cielos “parecían estar en decadencia, ya que la zona tórrida, que antes era inhabitable podía ahora ser poblada

¹⁰⁷ Llama la atención el pensamiento de Plinio sobre la relación del hombre con la naturaleza; si bien, como se ha mencionado, el ser humano procura el embellecimiento del entorno, para el pensamiento pliniano no es así. Según Josefa Cantó, el hombre es el centro del Universo. De hecho, en la Historia Natural la naturaleza es un contexto, es una naturaleza providencial, al servicio de la especie humana, ofreciendo dones y que a cambio recibe ingratitudes: el hombre la ignora, y abusa de ella, transformando dichos dones en lujos o en medios de destrucción. Todo intento por alterar el orden mediante túneles o canales o cualquier otro procedimiento para acceder a los tesoros naturales ocultos es censurado, incluso la actividad artesanal, orientada a mejorar la vida humana, está mal vista. Plinio. Historia Natural. Cátedra Letras Universales, Madrid, 2002, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaría, Susana González Marín y Eusebia Tarrío.

por hombres”. Las catástrofes naturales, terremotos o inundaciones, fueron esgrimidos por la idea de decadencia y puestos en relación con las faltas de los hombres.¹⁰⁸

El reino de la caridad pura, igualitaria, pertenecía con toda naturalidad a los pobres, a los humildes, a los últimos de todo. Los pobres y los religiosos (sal de la tierra entre los más pobres) eran los elegidos para dirigir el final del mundo.

Al respecto, Claudio Esteva Fabregat¹⁰⁹ sostiene que cuando el fraile Toribio de Benavente adoptó el nombre de *Motolinia*, asumía con ello el proyecto de la evangelización al modo de los franciscanos, consistente en vivir en el terreno y dentro de las penurias que pudieran resultar de la escasez, pero también profundizar en el ámbito de las culturas indígenas en forma ciertamente amorosa, sin condenarlas y pensando que el evangelio constituía el mensaje de humildad, cuya más importante grandeza se expresaba en el poder espiritual.

Para *Motolinia*, la conquista militar tiene un valor secundario pues lo importante es la conversión del indio al cristianismo y su correspondiente bautizo en el seno de la iglesia; su fe austera y su inteligencia para percibir el sentido indígena, son cualidades que destaca Esteva Fabregat, así como su capacidad para encapsular el pensamiento y los actos de este modo de ser en el contexto de peligros y avatares que bordeaban continuamente la catástrofe.

El franciscano no intenta desarrollar una teoría de la evangelización ni persigue explicar las contradicciones en la medida que se conseguían los éxitos. En su lugar se revela la praxis, la política misma de los franciscanos y las posibilidades que se van presentando conforme se ampliaban bases operativas de predicación e institucionalización de la iglesia católica en el mundo americano.

Tanto la pobreza como la buena voluntad abren camino a la reconstrucción en América de una nueva iglesia apostólica por lo que la iglesia primitiva es, para *Motolinia* y sus compañeros de la orden franciscana, un punto de referencia. Ahora bien, sólo podía ser reconstituida separándola física y materialmente de la iglesia corrompida por la riqueza y los honores. He aquí la importancia del indio para el franciscano, pues vivía pobre y desprovisto de todo y tal carencia se extendía a la misma naturaleza. Las plagas, epidemias o hambrunas que padeció Nueva España y que involucran tantos aspectos de índole

¹⁰⁸ Ídem, p. 50.

¹⁰⁹ Fray Toribio de Benavente Historia de los indios de la Nueva España. Dastin Historia, Madrid, 1985, estudio introductorio de Claudio Esteva Fabregat p. 8-9. Debo de aclarar que esta es la obra en la que me baso para llevar a cabo el presente trabajo y cuando amerite citar otra edición a la obra de *Motolinia*, así lo indicaré en su momento.

social como de salud, son una prueba que habrá que superar para lograr la meta final. Se trata, al fin y al cabo, de una constante depuración, una limpieza, a la vez de una toma de conciencia para que este territorio pueda ser la sede de los objetivos franciscanos.¹¹⁰

La ofensa a Dios

Es tarea de las distintas órdenes mendicantes servir a Dios, salvar tanto a fieles como a paganos de las desgracias que pueda ofrecer el mundo a través de los vicios y de los pecados; pero la salvación no es

¹¹⁰ Antes de entrar en la obra de Motolinía, presento algunas características de la relación entre la teología y geografía, enfocadas en el pensamiento luterano. Manfred Büttner es el autor que trabaja tal tema que resulta sumamente interesante y, quizá, necesario para comprender el asunto que nos incumbe. Este autor parte de la pregunta acerca de cómo se veía la geografía en el siglo XV y XVI y que cambios tuvieron lugar en este período. Dudo mucho en poder clasificar a Motolinía como un geógrafo católico, pues simplemente no existen elementos para hacerlo; sin embargo quiero exponer este punto porque involucra diferencias que más tarde serán sustanciales para diferenciar el pensamiento geográfico.

Menciona que en dicha época, prácticamente todos los geógrafos eran teólogos, de aquí que cualquier cambio en la teología implicara alteraciones en el pensamiento geográfico, por lo tanto, las diferentes posiciones teológicas tenían que conducir a distintas concepciones geográficas. De hecho habla de tres tendencias en el pensamiento geográfico de la época, el católico, el luterano y el calvinista, caracterizando a cada una de estas tendencias de la siguiente manera: 1) El geógrafo católico tenía que describir la creación como obra de Dios; el objetivo de la geografía es el de describir la imagen del mundo creado por Dios. 2) El geógrafo luterano se interesa poco en la creación, su interés es en cómo funciona el mundo creado por Dios. 3) El que pertenece a la iglesia reformada (calvinista) se ubica entre los dos. Su meta está en la descripción del continuo proceso que tiene lugar entre la obra divina (la Creación), la caída del género humano y la evolución del mundo determinada por la providencia.

Según Büttner la Reforma quiso encontrar un Dios cercano, generosamente interesado en la humanidad, que cuidara de ella, con el fin de que todo funcione adecuadamente, de tal forma que cualquiera que la observe notara la “Obra Magna”, teniendo un acceso directo a este Dios “asequible”. La geografía tenía que ser modificada de manera que fuese posible alcanzar al Dios “cercano” de Lutero y no solamente al Dios distante del pensamiento católico. Melancton, geógrafo luterano del siglo XVI, presenta las características de la geografía reformada, que permitiría a la gente acceder a Dios sin la mediación de un sacerdote. Establece su reforma a la geografía en los siguientes parámetros: La geografía, en primera instancia, debe resaltar a la providencia y estar basada metodológicamente, en Aristóteles, y en el libro “De Mundo” y, en segunda, el material geográfico debe ser resultado de la investigación empírica.

Büttner estudia detenidamente esa obra y concluye que está enmarcada dentro de lo que hoy llamaríamos “teología neutrallis” y resalta que hay un Dios que gobierna el mundo, de tal forma que Él es quien mueve el Sol, la Luna, los cielos, ocasiona las lluvias, los vientos, y el rocío al mismo tiempo, y regula las corrientes y los ríos. El “De Mundo” se escribió para mostrar que el material geográfico se refiere a Dios, el gobernante; por lo que el autor alemán del siglo XVI no se basó para su geografía de los textos bíblicos, sino de la investigación empírica que le brindó Aristóteles.

Se pregunta qué es el mundo, y su respuesta es lo que los griegos llamaron el “cosmos”, es decir la combinación del cielo y la tierra; para él las partes individuales del mundo son: el cielo, las estrellas, los elementos, las plantas y el hombre; el mundo existe para que el hombre viva en él y reconozca a Dios

Manfred Büttner. “El significado de la reforma para la nueva orientación de la geografía en la Alemania Luterana”. En: Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana. Noviembre de 1977, Universidad de Barcelona.

tarea exclusiva entre los religiosos sino que también en ella participan militares como el mismo Cortés. Es, ante todo, una actividad primordial entre todos los cristianos.

En su *Epístola proemial* está expuesto el pensamiento del padre *Motolinia*. Es en donde destaca los deberes que el hombre tiene que hacer para ganar el espacio que ha sido recientemente sometido. No habla en los términos de un militar o de un gobernante, sino que está enmarcado en el providencialismo que tan rígidamente sigue, tanto en su calidad de fraile como evangelizador de la Nueva España.

Son varias analogías en las que refleja la tarea de convertir a los pueblos americanos a la religión de Jesucristo. Tan sólo hay que pensar en los doce frailes que llegan a la tierra recién sometida, en una clara alusión al similar número de apóstoles que desde quince siglos atrás iniciaron la tarea de llevar la doctrina de Jesús al mundo entero. Pero debo insistir que los doce frailes no son, de ninguna manera, los únicos encargados de llevar a buen término esta conversión. Son guías a los cuales el mundo que está atrás de ellos debe contribuir a la salvación.

Los primeros renglones de su *epístola* cobran importancia porque inscribe el método para lograr el objetivo que como católico le era inherente, así como las tareas que debe cumplir cada miembro de la sociedad, particularmente española, en la conversión de los pueblos indígenas y, por extensión, del espacio americano.

Destaca que “Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo” es el modelo a seguir y para tal objetivo tenía sermones en los cuales utilizaba “parábolas y ejemplos según la capacidad de los oyentes”, con ello indicaba el método que deberá ser aplicado para la conversión de los indígenas, pues esa “capacidad de los oyentes”, en este caso de los indígenas es diferente, distinta, no inferior, a la que tienen los europeos.

Dice *Motolinia* que la imitación debe llevarse a cabo en este proceso y “los caballeros cuerdos se deben preciar de lo que su rey señor se precia; porque lo contrario hacer, sería gran desatino”, pues

Quando en la corte el emperador se precia de ser justador, todos los caballeros son justadores; y si el rey se inclina a ser cazador, todos los caballeros serán a la caza; y si el traje del rey ama y se viste, de aquél se visten los cortesanos.¹¹¹

Pero enfatiza que “el hombre de ninguna cosa se precia más que de la razón, que le hace hombre, capaz y merecedor de gloria y le distingue y aparta de los brutos animales” y además “Dios se preció tanto de la cruz, que se hizo hombre y por ella determinó de redimir

¹¹¹ Fray Toribio de Benavente Historia... Epístola proemial., op. cit., p. 55.

el humanal linaje”. Luego, al dirigirse al conde de Benavente, su benefactor, “como cuerdo y leal siervo de Jesucristo”, le indica que

Gozará en saber y oír la salvación y remedio de los convertidos en este nuevo mundo, que ahora la Nueva España se llama, a donde por la gracia y voluntad de Dios cada día tantas y tan ricas tierras se descubren, adonde Nuestro Señor Jesucristo es nuevamente conocido, y su santo nombre ensalzado y glorificado.¹¹²

Ya en el tratado primero expresa un severo juicio a la obra de los españoles en tierras americanas y que debido a ello esta tierra estuvo a punto de perderse. A cambio, Dios hirió y castigó a esta tierra y “a lo que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros, con diez plagas trabajosas”.

La primera de ellas fue de viruela en los tiempos de la misma conquista militar encabezada por Cortés y fue tan grande esta desgracia “que en las más de las provincias murió más de la mitad de la gente y en otras poco menos”.¹¹³ Pero esta enfermedad no causó el daño por sí sola, sino que se encadenó a una hambruna, a una falta de cuidados, provocada por la ignorancia de los remedios y también al abandono al que las tierras labrantías se expusieron; es la *gran lepra*, de los indios. Más tarde otra enfermedad, el sarampión, hizo estragos aunque en menor medida, y con la experiencia anterior los daños fueron menores; a ésta se le llamó la *pequeña lepra*.¹¹⁴

La segunda plaga fue la mortandad misma que causó la guerra de sometimiento encabezada por Hernán Cortés. La tercera, la hambruna en la ciudad de México, producida ésta por la guerra ya que implicó el abandono del campo; derivó en tales sucesos que, dice *Motolinia*, los indios de “estos años comían raíces y yerbecillas, porque es generación que mejor que otros y con menos trabajo pasan los años estériles”.¹¹⁵

La cuarta plaga se le llamó “de los calpixques, o estancieros, y negros” que fueron puestos en los repartimientos para cobrar tributos y entender en sus granjerías. Prefiere callar lo que siente, ya que se hicieron temer como si fueran señores absolutos y naturales. Los *calpixques* maltrataron a los naturales y los enviaron lejos, dándoles otros trabajos a tal grado que “muchos indios murieron por su causa y a sus manos, que es lo peor”.¹¹⁶

La quinta fue causada por los grandes tributos y servicios. La sexta está en íntima relación con las minas de oro, convirtiendo a los

¹¹² Ídem, p. 55-56.

¹¹³ Ídem, Tratado Primero, capítulo I, p. 70.

¹¹⁴ Ídem, p. 70.

¹¹⁵ Ídem, p. 72.

¹¹⁶ Ídem, p. 73.

indios en esclavos para aprovechar los minerales causando con ello la mortandad; el oro encontrado fue como otro “becerro por dios adorado.” La séptima fue la fundación de la ciudad de México, en la que participó más gente “que en la edificación del templo de Jerusalén.” Murieron muchos, pues su fundación se tradujo en la destrucción total de los edificios prehispánicos y con ello, en la extirpación de símbolos. Todo con el fin de obtener piedra y hacer nuevas construcciones, al fin y al cabo nuevos símbolos.

Otra vez las minas protagonizan una plaga, en esta ocasión, la octava. La esclavitud igualmente intervino en ella y se notó la mortandad por el intenso trabajo desarrollado. La novena igualmente se relacionó con las minas y con el trabajo, en esta ocasión con el mantenimiento de los yacimientos. Se alude a que los indios llevaron cargas por más de sesenta leguas. Cuenta el fraile franciscano que en las minas de *Guaxaca* murió mucha gente y fue tanto el hedor a media legua a la redonda, que “apenas se podía pisar, sino sobre hombres muertos y sobre huesos” y eran tantas las aves que llegaron a comer dichos cuerpos que “hacían gran sombra al sol, por lo cual se despoblaron muchos pueblos”.

La décima plaga fue la resultante de las divisiones entre los españoles y puso en peligro a la tierra. La trama no prosperó porque “Dios no permitió que se perdiese lo que con tanto trabajo para su servicio se había ganado; y el mismo Dios daba gracias a los frailes para los apaciguar, y a los españoles para que los obedeciesen como a verdaderos padres, lo cual siempre hicieron”.

Relata que después de estos sucesos la tierra quedó destruida, yermo el entorno y el dolor y el llanto perduraron por muchos años y para poner remedio a tales y tantos males, fueron los frailes los que se encomendaron a la sacratísima Virgen María, y tomaron como caudillo a San Miguel y San Cristóbal con todos los ángeles; los frailes realizaron cada lunes misas cantadas, en un afán por aspirar a un reino purificado.

Los frailes actuaron para redimir las divisiones que causó el ganar esta tierra; pero también la obra que hicieron los militares y políticos españoles en esta parte que se integraba al reino de Dios. Ellos como evangelizadores tienen la enorme responsabilidad de librar y purificar del pecado y de ofensa al Creador en estas tierras; son ellos entonces los artífices para lograr la Magna tarea.

Las bondades del paisaje cristianizado

En primera instancia es común en la obra de los cronistas, describir el paisaje de acuerdo con ciertos parámetros. Uno de ellos es la identidad con España, la madre tierra de casi todos ellos; otro está en relación con la habitabilidad de los lugares enfocado con el clima, especialmente el templado, identificado éste con ciertas condiciones ideales que la misma tradición reconoció como óptimas.

La obra de *Motolinia* es una rica veta para explorar las cualidades que el cristianismo imprimió al espacio recién convertido. Son varios los pasajes en la obra escrita del franciscano en donde manifiesta su imagen sobre una naturaleza primero indígena y luego cristiana.¹¹⁷

Deberá cumplir no sólo con la sagrada misión de la conversión sino de la expansión misma del catolicismo. Su postura de fraile le permitió observar la naturaleza como un libro abierto para la contemplación y magnificencia de Dios; observa y percibe su grandeza, por lo cual es justo que los cristianos se encarguen de la conversión, esencial para un correcto funcionamiento del entorno, pues un espacio cristianizado se traduce en excelentes cosechas, lluvias constantes, ciudades construidas con ayuda de ángeles y, en suma, el tan ansiado progreso que reviste tanto la idiosincrasia cristiana como la del propio Renacimiento. La conversión es necesaria para que nuevamente esa morada del hombre recobre su orden, olvidando así a la obra demoníaca que tanto daño ha hecho.

Al describir el paisaje destaca las cualidades de una tierra con climas templados, acorde con las condiciones de la propia España. De la Mixteca dice lo siguiente:

Es esta tierra muy sana. Todos los pueblos están en alto, en lugares secos. Tiene buena templanza de tierra y es de notar que en todo tiempo del año se cría la seda, sin faltar ningún mes... en el fin de esta tierra de la Mixteca está el rico valle y fertilísimo llamado Huaxacac, del cual se intitula el señor marqués benemérito don Hernando Cortés, en el cual tiene muchos vasallos. Está en medio de este valle, en una ladera edificada la ciudad de Antequera, la cual es abundantísima de todo género de ganados, y muy proveída de mantenimientos, en especial trigo y maíz.¹¹⁸

En el mismo contexto razona acerca de la naturaleza y las condiciones que llevaron a la conquista de estos lugares, sin poner en duda

¹¹⁷ Fray Toribio Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. Editorial Porrúa, México, 1969, colección sepan cuántos no. 129, p. XXIII. Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman. Este último autor indica que fray Toribio arribó a las costas mexicanas el 13 de mayo de 1524, acompañando a otros franciscanos, doce en total, al frente de los cuales se encontraba el fraile Martín de Valencia. Sitúa su nacimiento entre 1482 y 1491 y su muerte en 1569 en el convento de San Francisco de la ciudad de México; luego de su llegada no abandona nunca el continente y su larga estancia en esta tierra fue más que fructífera.

¹¹⁸ Fray Toribio de Benavente *Historia... Epístola proemial*, p. 62-63.

un solo momento el papel divino en la empresa. Para él “los españoles conquistaron esta tierra por armas, en la cual conquista Dios mostró muchas maravillas en ser ganada de tan pocos una tan grande tierra, teniendo los naturales muchas armas, así ofensivas como defensivas de las de Castilla” y si bien “quemaron algunos ídolos, fue muy poca cosa en comparación de los que quedaron”, ante lo cual Dios mostró todavía “más su potencia en haber conservado esta tierra con tan poca gente, como fueron los españoles; porque muchas veces que los naturales han tenido tiempo para tomar a cobrar su tierra con mucho parejo y facilidad”, pero Él “les ha cegado el entendimiento, y otras veces que para esto han estado ligados y unidos, y todos los naturales uniformes, Dios maravillosamente ha desbaratado su consejo”; y si “permitiera que lo comenzaran, fácilmente pudieran salir con ello, por ser todos una, y estar muy conformes, y por tener muchas armas de Castilla; que cuando la tierra en el principio se conquistó había en ella mucha división y estaban unos contra otros, porque estaban divisos”, pues los mexicanos en contra de los de Michoacán, y los tlaxcaltecas contra los primeros, sin olvidar este papel para los Huastecos del Pánuco”.

Pero con la obra de Dios todos ellos fueron atraídos al seno de la iglesia, fueron sujetos a la obediencia del rey de España. Está seguro que el Creador traerá a los que faltan, y no permitirá que en esta tierra se pierdan y condenen más ánimas, ni haya más idolatrías.¹¹⁹

En el inicio del tratado segundo muestra su visión histórica al estar consciente de relatar un acontecimiento digno de ser destacado. Menciona que la obediencia lo mandó que escribiese cosas notables de los naturales, de las que en esta tierra la bondad divina ha comenzado a obrar y siempre obra, también pensando para los que en adelante vinieren, sepan y entiendan las cosas tan notables que acontecieron en la Nueva España. Para ello debe dejar vestigio en su escrito los padecimientos e infortunios ocurridos por los grandes pecados cometidos en estos lugares, así como la fe y la religión que hoy en día se conserva, y aumentará adelante, “siendo nuestro señor de ello servido”.

Una vez cristianizada la nueva tierra los cambios son radicales; esto lo reflexiona con el paso de los años, tiempo que le permitió resaltar aún más su tarea cumplida, sus trabajos; el hecho de bautizar a miles de gentiles y llevarlos al sacro redil del catolicismo, le parecía “que más cosas notaba y se me acordaba ahora diez o doce años que no al presente; entonces, como cosas nuevas y que Dios comenzaba a

¹¹⁹ Ídem, Tratado Primero, capítulo I, p. 119-120.

obrar sus maravillas y misericordias con esta gente, ahora, como quien ya conversa y trata con gente cristiana y convertida, hay muchas cosas bien de notar, que parece claramente ser venidas por la mano de Dios”.¹²⁰

Los pueblos que primero recibieron la fe fueron los pioneros en una transformación íntegra del entorno, pues aconteció que fueron ellos, aunque algunos nombres en “muchas partes serán ignotos”, pueblos grandes y en varios casos, cabezas de provincias.¹²¹ La conversión tiene un solo resultado, pero para llegar a él se muestran muchos matices, caminos algunas veces recónditos que complican la tarea. El primer paso es esencial: la extensión y ensanchamiento de la fe de Jesucristo desemboca en buenos gobiernos, aunque hay que resaltar, en el caso de los pueblos de Yecapistla y Oaxtepec, que los propios indios “dieron mucho favor y ayuda” a los que gobiernan estos pueblos, “porque eran de indios quitados de vicios y que no bebían vino”.¹²²

La lengua, dice nuestro fraile, es menester para hablar, predicar, conversar, enseñar, pero también para administrar todos los sacramentos; y no menos el conocimiento de la gente, que naturalmente es temerosa y muy encogida, que no parece que nacieron sino para obedecer, y si los ponen en el rincón allí se están como enclavados;¹²³ estos son los consejos para emprender la tarea de la conversión, quien la lleve a cabo debe tener estas cualidades pero también habrá que considerar que

Son muy extraños de nuestra condición, porque los españoles tenemos un corazón grande y vivo como fuego, y esto indios y todas las animalias de esta tierra naturalmente son mansos, y por su encogimiento y condición descuidados en agradecer, aunque muy bien sienten los beneficios, y como son tan prestos a nuestra condición son penosos a algunos españoles; pero hábiles son para cualquiera virtud, y habilísimos para todo oficio y arte, y de gran memoria y buen entendimiento.¹²⁴

Sus múltiples tareas como evangelizador le permitieron catalogar ciertos pueblos por su carácter, siempre ubicados en climas habitables para los españoles, sin dejar de lado la llegada del cristianismo. De esta forma, uno de los primeros pueblos que recibieron el sacramento de la penitencia fue *Teoacan* que está de “México cuarenta leguas, y está en frontera de muchos pueblos, asentados a el pie de unas sierras y de allí se visitan muchos pueblos y provincias”. Su gente es dócil y sincera, y de “buena condición, más que no la mexicana”; es el caso,

¹²⁰ Ídem, Tratado Segundo, p. 151.

¹²¹ Ídem, p. 152.

¹²² Ídem, Tratado Segundo, capítulo II, p. 157.

¹²³ Ídem, Tratado Segundo, capítulo IV, p. 164.

¹²⁴ Ídem, p. 165.

como son en España en donde, en Castilla la Vieja y hacia Burgos, son más afables y de *bene indolis* y parece otra masa de gente que de Ciudad Rodrigo hacia Extremadura y Andalucía, gente por lo general más retada y resabida. Acá los mexicanos y sus comarcas, son como extremeños y andaluces, y los mixtecas, zapotecas, pinomes, mazatecas, teotlitecas, son más obedientes, mansos, y bien acondicionados, y dispuestos para todo acto virtuoso.¹²⁵

La conversión avanzó con tal rapidez que en esta tierra abunda la señal de la cruz por todos los pueblos y caminos y es tal que no existe otra en toda la cristiandad. Las cruces están plasmadas con diferentes y ricos motivos, algunas con hojas de oro y plata. Incluso en aquellas tierras no sometidas al yugo “está este santísimo nombre pintado y reverenciado”.

Cuenta que en 1538 el fraile provincial Antonio de Ciudad Rodrigo envió dos misioneros por la costa del Mar del Sur,¹²⁶ la vuelta hacia el norte de Jalisco y por la Nueva Galicia. Los acompañó un capitán que iba a descubrir; y ya que pasaban la tierra que por aquella costa está descubierta, conocida y conquistada...

de los dos frailes adoleció uno, y el otro, con dos intérpretes, tomó por el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallóle siempre abierto y seguido; y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre, los cuales salieron a él llamándole mensajero del cielo, y como a tal le tocaban todos y besaban el hábito; acompañábanle de jornada en jornada trescientas y cuatrocientas personas... de esta manera anduvo más de trescientas leguas, y casi en todo este camino, tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tienen casas de terrado, y de muchos sobrados.¹²⁷

La Nueva España muestra sus misterios a los evangelizadores y, en muchos casos, las noticias que se recogen tienen tono verdaderamente extraordinario. Habla de la gente encontrada por los dos frailes enviados al norte de Jalisco, en un territorio muy poblado en la ribera de un río, para luego encontrar un ganado muy singular y otros rasgos que hacen pensar que son pueblos civilizados. Así habla *Motolinia*

Y dicen que pasado aquel río hay otros pueblos mayores y más ricos. Lo que hay en los pueblos que están en la ribera del río dicen que son vacas menores que las de España, y otros animales muy diferentes a los de Castilla; buena ropa, no sólo de algodón sino también de lana, y que hay ovejas de que se saca aquella lana; estas ovejas no se sabe de que manera sean. Esta gente usa de camisas y vestiduras con que se cubren sus cuerpos. Tie-

¹²⁵ Ídem, Tratado Segundo, Libro V, p. 168.

¹²⁶ Antonio de Ciudad Rodrigo como provincial de la orden de San Francisco envió frailes por diversas partes del territorio novohispano. Atenderemos una, la que data de 1538, en la cual se dice manda a dos frailes y a un capitán, ellos son, de acuerdo con Edmundo O’Gorman, fray Marcos de Niza y fray Honorato. Por su parte el capitán es Francisco Vázquez de Coronado. Fray Toribio Motolinía. El libro perdido. CONACULTA, México, 1989, dirección de Edmundo O’Gorman, p. 339

¹²⁷ Fray Toribio de Benavente Historia...op. cit., Libro Tercero, capítulo V, p. 222

DE LA CRISTIANIZACIÓN DEL PAISAJE INDÍGENA A LA CALIDAD Y ABUNDANCIA DE LAS TIERRAS NOVOHISPANAS

nen zapatos enteros que cubre todo el pie, lo cual no se ha hallado en todo lo hasta ahora descubierto.¹²⁸

Luego de este enclave describe otro totalmente distinto:

Después de estos pueblos siguen unos llanos, los mayores que hay en toda la Nueva España; son de tierra estéril, aunque poblada toda de gente muy pobre, y muy desnuda, que no cubre sino sus vergüenzas; y en tiempo de frío se cubren con cueros de venados, que en todos aquellos llanos hay mucho número de ellos, y de liebres y conejos, y culebras y víboras, y aún de estos no hay muchos sino tunales, que son árboles que tienen las hojas del grueso de dos dedos...¹²⁹

La tarea por cristianizar un amplio territorio lógicamente conlleva muchos problemas, entre ellos la escasez de frailes. El enorme espacio presenta también diversos núcleos de población, igualmente heterogéneos, que muchas veces no reciben con agrado las nuevas costumbres. En las tierras no sometidas, “a donde no llegan los frailes” no puede haber una “verdadera cristiandad”; pues los españoles pretenden sólo su interés, y no procuran “enseñarlos y doctrinarlos, ni hay quien les diga lo que toca a la fe y creencia de Jesucristo, verdadero Dios y universal señor, ni quien procure destruir sus supersticiones y ceremonias hechiceras”.¹³⁰

La “riqueza” de la naturaleza novohispana

Reflexiona *Motolinia* sobre un tema constante en el pensamiento del siglo XVI. Destacan la fertilidad de la tierra que se integraba no sólo al imperio, sino al mundo, y que, por otro lado, implicaba el cuestionamiento de la Nueva Naturaleza que se apreciaba a los ojos de los europeos. Las descripciones no son exageradas, sino que son patentes deseos por explicar el nuevo paisaje y las virtudes que tiene, particularmente con el potencial agrícola, ganadero, pesquero y, particularmente, minero, etc.

Las riquezas se descubrirán poco a poco y las minas de las que se extraerá el oro y la plata no tardarán en integrarse definitivamente al capital mundial, para cambiar totalmente la economía del siglo XVI, lo mismo sucederá con las rutas comerciales y con los centros en los que se tomen las decisiones que trascenderán en el mundo.

En esta parte, el discurso de *Motolinia* se compone de dos partes, una, la “riqueza”, relacionada con los ofrecimientos de esta tierra a la corona, es un componente material. Desde luego que muestra gran

¹²⁸ Ídem, p. 223

¹²⁹ Ídem, p. 224

¹³⁰ Ídem, Tratado Tercero, capítulo VI, p. 225.

interés en ello, pero hay otra que trasciende con mucho este terreno, y es el de la “grandeza” del territorio que está conociendo y evangelizando. Esa grandeza es lo trascendente, porque se ubica en aspectos culturales que no distinguen entre militares, evangelizadores o funcionarios, sino en europeos que han bebido una cultura de milenios. La grandeza de la tierra está en razón con las cualidades del territorio, su belleza, exuberancia o su fantástica riqueza.

La grandeza está relacionada con la alteridad, con el relato de lo diferente, pero esa diferencia destaca siempre mayores cualidades, grandes atributos, no a los hombres, sino a la naturaleza misma. Dice que algunas veces tuvo “pensamiento de escribir y decir algo de las cosas” de Nueva España, “naturales y criadas en ella, como de las que han venido de Castilla, cómo se han hecho en esta tierra”, y ve “que aún por falta de tiempo esto va remendado y no pudo salir bien en mi intención de lo comenzado, razón será para decir algo de estos montes”, que son “grandes y ricos”. De los ríos que salen de esos montes “hay mucho oro y plata, y todos los metales y piedras de muchas maneras, en especial turquesas y otras que acá se dicen chalchihuit; las finas de éstas son esmeraldas”. Cuenta que “en la costa de estos montes está la isla de las Perlas, aunque lejos de esta Nueva España, y es una de las grandes riquezas del mundo”.¹³¹

En uno de sus pasajes escribe dice que hay “en muchas partes de estos montes parras bravas muy gruesas” aunque no tiene conocimiento “quien las haya plantado las cuales echan muy largas vástigas”. Hay mucho cacao, y la tierra en donde se cosecha “tiene de ser muy buena”.¹³² Cuando toca el tema de la pimienta dice “difiere de la de Malacar porque no requema tanto ni es fina; pero es pimienta natural más doncel que la otra”. Por su parte la canela “es más blanca y más gorda” comparándola obviamente con la de Asia. Hay montañas de árboles de liquidámbar, que define como hermosos, y mucho de ellos muy altos; tienen la hoja como de “yedra” y el licor que de ellos sacan los españoles recibe el nombre del mismo árbol y su olor es suave y de virtud medicinal y de aprecio entre los indios.¹³³ De las palmas menciona que ha visto “diez o doce especies”, algunas de ellas datileras; y cree “que si curasen y adobasen serían buenos”. En tierras novohispanas “los mismos frailes han plantado casi todos los árboles de fruta, y persuadieron a los españoles para que plantasen ellos también; y enseñaron a mucho ingerir, lo cual ha sido causa que hay (hoy) mu-

¹³¹ Ídem, Tratado Tercero, capítulo VIII, p. 240.

¹³² Ídem, p. 240.

¹³³ Ídem, p. 241.

chas huertas... hállanse en estas montañas ruiponce”, y recoge rumores de la existencia de “ruibarbo, mas no está averiguado”.

Reconoce que hay otras raíces y plantas medicinales, y que los indios las conocen y las usan para curarse de diversas enfermedades. Hay morales y moreras, “las moras que dan son muy menudas” aunque “poco tiempo ha que se dan a criar mucha cantidad andando el tiempo; y aunque se comienza ahora, hay personas que sacan trescientas o cuatrocientas libras... hay en estas montañas mucha cera y miel, en especial en Campeche; dicen que hay allí tanta miel y cera y tan buena como en Safi, que es en África”.¹³⁴

Entre las muchas obras de la creación que se identifican con la vida de los hombres, se encuentran las montañas. Esta formación tiene una rica veta simbólica en la mayoría de las culturas, por no decir que en todas. Las elevaciones del terreno guardan siempre un mensaje religioso que las convierte en verdaderos manantiales de información, pues guarda el anhelo por alcanzar los cielos, y recibe la categoría de centro, es decir del eje de mundo alrededor del cual gira el Cosmos.¹³⁵ Martha Ilia Nájera¹³⁶ la clasifica como *kratofanía*, como una manifestación de poder divino.

Su magnificencia, su altura, se traduce en condiciones óptimas de habitabilidad. En ellas los climas son totalmente distintos a los que tienen las llanuras. Lo mismo sucede con la vegetación y de las montañas, antigua idea, emanan los ríos. Son la sede de las nevadas y de las corrientes que sirven para el aprovechamiento agrícola; por lo tanto, sin montañas el mundo estaría condenado a la aridez.¹³⁷ Atesoran belleza y dan variedad al paisaje y evitan la esterilidad del suelo, además de romper con la monotonía de las llanuras, que simplemente son feas. En síntesis, la disposición de las montañas refleja el poder de Dios, un plan divino, que tiene como fin ordenar el mundo para que a su vez el hombre tenga una digna morada.

¹³⁴ Ídem, p. 243.

¹³⁵ Mircea Eliade. Tratado de historia de las religiones. 6ª. Edición, México, 1986, Ed. Era, p. 335.

¹³⁶ Martha Ilia Nájera. El don de la sangre en el equilibrio cósmico. UNAM, IIFilológicas, México, 1987, p. 63.

En este simbolismo religioso existen otros ejemplos de la sacralidad que guarda la montaña, el monte Merú, en la tradición hindú, hay ríos de agua dulce y hermosas casas doradas habitadas por seres espirituales; los japoneses tienen al Fujiyama, lo griegos el Olimpo y en el monte Sinaí, Moisés recibió las Tablas de la Ley. Estas ideas las expone Daniel Boorstin. Los descubridores. 4ª. Edición, 1ª edición en rústica, Crítica, Barcelona, 2000. p. 91-92.

¹³⁷ Esta idea la trata Horacio Capel en su Física Sagrada... op. cit, p. 169. Capel la atribuye al padre Antonio José Rodríguez, impugnador de Voltaire, un estudio en el cual trata las cualidades de las montañas como obras de Dios.

Al respecto Motolinia se detiene en sus escritos para describir las montañas que circundan la ciudad de México, y como religioso no podía estar ajeno a las ideas que sobre el particular estaban en boga. Dice que “es tanta la abundancia y tan grande la riqueza y fertilidad de esta tierra llamada Nueva España, que no se puede creer; más lo mejor de ella, y la que más ventaja hace a todas las otras tierras y provincias, son aquellos montes y corona de sierra, que... están a la redonda de la ciudad de México”. En estas montañas “se halla en abundancia todo lo que está dicho y mucho más; y demás de las muchas maneras de árboles y plantas y yerbas virtuosas que en ellos se hallan”, tienen en sí tres calidades o diferencia de tierra, es decir climas “porque en el medio de las cumbres es fría, pero no tanto que se cubra de nieve, sino en unas sierras altas que se hacen cerca del camino que va de la Vera Cruz para México, o en algunas puntas de sierras, que se cuaja algún poco de nieve en años fuertes y tempestuosos y de mucho frío”. En las alturas “hay pinares muy grandes, y la madera es en extremo buena, y tan hermosa que cuando la labran parece de naranjo”.

Bajando en dirección a la costa del norte la tierras es “templada y mientras más va y más se acerca a la costa, es más caliente” y abundan “géneros de árboles no conocidos hasta ahora por los españoles” con hojas “muy diferentes los unos a los otros” y, en conjunto, “hacen las más hermosas y frescas montañas del mundo”. Esta tierra es propia “para ermitaños y contemplativos”, y cree “que los que vivieren antes de mucho tiempo, han de ver que, como esta tierra fue otra Egipto en idolatrías y pecados, y después floreció en gran santidad, bien así estas montañas y tierra han florecer” Parece que el fraile cobra sólida esperanza en su tarea por convertir estos lugares ya que “en toda la redondez de la tierra ha de ser el nombre de Dios loado, y glorificado, y ensalzado; y como floreció en el principio la iglesia en oriente, que es el principio del mundo, bien así ahora en el fin de los siglos tiene de florecer en occidente, que es el fin del mundo”.¹³⁸

Como complemento a la existencia de las montañas es la presencia de agua, “de la cual hay mucha en estos montes así de la que llueve del cielo, de la cual muy a menudo es regada, como de fuentes y manantiales, que de todo es abundantísima, digo a la parte del norte y mediodía; que son tantos los arroyos y ríos que por todas partes corren de estos montes”,¹³⁹ pero existen también otras manifestaciones

¹³⁸Ídem, p. 243-244

¹³⁹Ídem, Tratado Tercero, capítulo X, p. 247.

de agua por medio de “muy grandes y muy hermosas fuentes”, mismas que permiten el postrero nacimiento de ríos.

En el actual estado de Veracruz¹⁴⁰ describe el río que los naturales llaman Papaloapa y que los españoles bautizaron como de Alvarado. Sobre el estero que llama “estanque de Dios” dice que “ni es de los mayores ni de los menores, y por este se podrá entender la grandeza que los otros deben tener, y qué tales deben ser”. Está entre los pueblos llamados Quehquepaltepec, y Otlaitlan, ricos y “gruesos”, “así de gente como de todo lo demás”; es ancho “como un buen río, y en bien hondo”. Su recorrido es por tierra llana con abundante agua y simula que carece de cauce ya que “parece que no corre a ninguna parte”. Se pueden encontrar tiburones, lagartos, bufeos, “sábalos tan grandes como toninas” y andan en manadas y saltando sobre aguadas como toninas; se crían también manatíes, sin faltar aves de muchas maneras, como garzas reales y “otras tan grandes como ellas”, aves pardas y más oscuras, y no de tan grande cuello. Hay otras como cigüeñas, con pico mayor; hay garzotas, de muchas de las cuales se hacen hermosos penachos, por ser las plumas mucho mayores que las de España. Dentro de esta riqueza hay venados, conejos y liebres en abundancia, aunque son los primeros los que más se cuentan, sin olvidar a los depredadores, en este caso “tigres y leones”.

Al observar un estanque hecho por el hombre en medio de este paisaje que le ha seducido, reflexiona lo pequeño que es el hombre ante lo omnipotente del Creador, sean reyes o emperadores del mundo, o bien hombres con riquezas materiales, o simplemente poseedores de un intelecto que permitió transformar el marco natural para hacerlo habitable; todos ellos son diminutos ante el poder de Dios que ha dejado huella imborrable en estos parajes.

Ante tales bellezas no deja de reflexionar sobre uno de los peligros que guarda esta tierra novohispana, que es el deseo por hacerse ricos a costa de todo, sin guardar un momento para una mínima reflexión acerca de los verdaderos tesoros de la tierra. Aquellas plagas de las que habló el franciscano están presentes y la tierra conquistada que tantos frutos brindó a España, sigue en constante peligro de perderse.

Habla que “una tarde de un día claro y sereno, y es verdad que yo iba la boca abierta mirando aquel estanque de Dios, y veía cuan poca

¹⁴⁰ De acuerdo con Edmundo O’Gorman, Motolinia realiza un viaje al golfo de México entre agosto o septiembre de 1539 hasta principios de 1540, este viaje lo lleva hasta el río que está describiendo, el Papaloapan. Fray Toribio Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*. ... op. cit. p. XXIX.

cosa son las cosas de los hombres y las obras y estanques de los grandes príncipes y señores de España” pues unos se preocupan por “atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad” y a todos ellos los exhorta a que “miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afán ni trabajo, lo cual todo convida a dar gracias a quien hizo y crió las fuentes y arroyo, y todo lo demás en el mundo, criado con tanta hermosura; y todo para servicio del hombre”.

Pero con lamento dice que muchos han venido “desde una tierra tan rica y tan lejos como es España no contentos con lo que sus padres se contentaron (que por ventura fueron mejores y para más que no ellos), a buscar el negro oro de esta tierra” con alto precio para enriquecerse y usurpar a los indios y “tratarlos y servirse de ellos como de esclavos”.¹⁴¹

Las cualidades de México, tlaxcala y la Ciudad de los Ángeles

Las ciudades que se mencionan en este apartado desde luego que no son las únicas que existieron en el virreinato ni las que visita el fraile castellano, pero sí a las que le dedica mayor espacio en sus escritos.

De la ciudad de México, destaca cualidades rescatadas por medio de libros y de memorias que tenían “en libros muy de ver” así como “de figuras y caracteres muy bien pintadas”. En tiempos del último *tlatoani*, manifestó armonía entre la tierra y el agua, pues “estaba muy cercada de ella” aunque desde 1524 “ha ido menguando”. Hay orden con “calles de agua anchas y otras calles de casas, una calle de casas, y otra de agua; cerca de la casas pasaba o iba por medio un callejón o calle angosta a la cual salían las puertas de las casas” y para tal conjunción del agua con la tierra había también “muchas *acales* o barcas para servicio de las casas, y otras muchas de tratantes que venían con bastimentos a la ciudad, y todos los pueblos de la redonda, que están llenos de barcas que nunca cesan de entrar y salir a la ciudad las cuales eran innumerables”.¹⁴²

Fue asiento de los “templos del demonio y las casas de Moctezuma, señor principal, y las de los otros señores, porque todos los señores sujetos a México tenían casas en la ciudad”, pues además de su fuerza, era cabeza y señora de todo la tierra y desde ella “enviaba

¹⁴¹ Ídem, Libro tercero, capítulo XI, p. 255-256

¹⁴² Ídem, Tratado tercero, capítulo VIII, p. 238.

mensajeros por toda la tierra, los cuales eran muy obedecidos y servidos”.

Moctezuma y la capital del imperio mexica constituyeron una ecuación para el fraile franciscano que no pudo separar, pues dice que “nunca se había conocido ni oído en esta tierra señor tan temido y obedecido como Moctezuma, ni nadie así había ennoblecido y fortalecido a México”.¹⁴³ Los componentes de un imperio organizado en una tierra que por siglos se cubrió con el velo de la inhabitabilidad, demostraba, a los ojos de *Motolinia*, una obra digna y admirada en términos de fortaleza y orden, pero también vulnerable.

Las cualidades de la ciudad pronto se convierten en contra del pueblo indígena; su símbolo máximo, según lo relata *Motolinia*, con su poderío, su organización, su emplazamiento y su belleza, no sirve de gran cosa ante los avatares de una cultura que si bien mostró asombro, no fue para levantar pedestales con dioses o encarnar leyendas, sino que supo, por su misma tradición histórica, aprovechar debilidades. Hace notar la pericia de Cortés al construir los bergantines para tomar la ciudad, “porque sin ellos fuera cosa imposible ganarla según estaba fortalecida”.¹⁴⁴ Los antiguos lagos, otrora gran defensa del pueblo mexica, se convirtieron en un aliado del pueblo invasor al ser elemento que dominaron los muchos marinos hispanos.

Luego de ser conquistada la ciudad por obra divina, debido a “los muy grandes pecados y abominables cosas que en ella se cometían”, reconoce que tiene “casas muy fuertes” además de ser “muy proveída y abastecida de todo lo necesario así como de los que hay en la tierra como de cosas de España”; según *Motolinia* “andan ordinariamente cien arrias o recuas desde el puerto, que se llama la Veracruz, proveyendo esta ciudad, y muchas carretas que hacen lo mismo... todo esto se gasta y consume en México, lo cual pone alguna admiración porque se ve claramente que se gasta más solo en la ciudad de México que en dos ni en tres ciudades de España de su tamaño”.¹⁴⁵

A la gran urbe le dedica muchas alabanzas, a ella a la que tantos montes la cercan y coronan, le dice *Motolinia*, con razón volará tu fama, porque en ti ahora “resplandece la fe y evangelio de Jesucristo”; antes “eras maestra de pecados”, ahora eres “enseñadora de verdad”, antes “estabas en tinieblas y oscuridad”, y ahora tienes “resplandor de doctrina y cristiandad”. También te ensalza y engrandece más la sujeción al “invictísimo César don Carlos que el tirano señorío con que

¹⁴³ Ídem, p. 239.

¹⁴⁴ Ídem, p. 239.

¹⁴⁵ Ídem, Tratado tercero, capítulo VI, p. 227-228.

otro tiempo a todas querías sujetar”. Antaño eras “una Babilonia, llena de confusiones y maldades, ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos”. Antes fuiste “autoridad del príncipe de las tinieblas, anhelando amenazabas, prendías y sacrificabas, así hombres como de mujeres, y su sangre ofrecías al demonio en cartas y papeles; ahora con oraciones y sacrificios buenos y justos adoras y confiesas a el señor de los señores”.¹⁴⁶

Por su parte Tlaxcala es la sede de toda la tierra del mismo nombre, aunque en ella existen muchos pueblos, pero la ciudad es la más poblada.¹⁴⁷ La comarca cuenta con buenos pastos para el apacentamiento de ganado, tanto de españoles como de naturales; en sus grandes montes, “en especial a la parte del norte tiene una muy grande sierra, la cual comienza a dos leguas de la ciudad y tienen otras dos de subida hacia lo alto” en donde la vegetación es de pinos y encinos y en lo alto tienen nieve.

En sus cumbres se forman nublados, que a la postre regarán a toda la provincia y “tienen por cierta señal que tiene de llover cuando

¹⁴⁶ Ídem, p. 228. La ciudad de México tuvo el poder de cautivar a todo visitante. Es ciudad de dioses y de Dios, pero también, en apariencia, es secular. Contemporáneo a Motolinía, es la obra de Francisco Cervantes de Salazar, 1554, quien en sus diálogos la realza por medio de los personajes Zamora, Alfaro y Zuazo.

Zamora le muestra a Alfaro, desde Chapultepec, la urbe. Este es el diálogo que sostienen:

Zamora: Tiende ahora la vista y abarcarás la ciudad de México

Alfaro: ¡Dios mío! Qué espectáculo descubro desde aquí; tan grato a los ojos y al ánimo, y tan hermosamente variado, que con toda razón me atrevo a afirmar que ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos, y que puede decirse de México lo que los griegos dicen del hombre, llamándole Microcosmos, o mundo pequeño. Está la ciudad toda asentada en un lugar plano y amplísimo, sin que nada la oculte a la vista por ningún lado. Los soberbios y elevados edificios que ocupan una gran parte del terreno, y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes ceñidos y rodeados de las casas de los indios humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre las que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras. Y es tanto el terreno que ocupan las habitaciones de indios y españoles, que no es asequible cerrarle con muros. Más lejos rodean la ciudad lomas, collado y montes de desigual altura, unos naturalmente selvosos y abundantes de madera, otros cultivados y fertilísimos. En todos se ven muchas haciendas que embellecen admirablemente la ciudad y los campos circunvecinos.

Zamora: desde las lomas hasta la ciudad (cosa que realza su mérito) hay por cualquier lado diez leguas, y aún más de campos de regadío, bañados por las aguas de las acequias, ríos y manantiales. En ellos tienen asiento grandes ciudades de indios, como Tetzco, Tlacopan, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Cuyuacán, Iztapalapan y otras muchas. De ellas son esas iglesias blanquedas que miran hacia México.

Zuazo: De los campos más cercanos a la ciudad, unos son ejidos de abundantes pastos para el ganado lanar, caballar y vacuno; otros son de árboles frutales, y tan propios para cualquier cultivo, que a excepción de la viña, cuanto allí se siembra produce cosechas increíbles. En ellos hay haciendas y casas de campo, tan bellas todas y feraces, que al mismo tiempo que esparcen el ánimo, mantienen decentemente a muchas familias.

Francisco Cervantes de Salazar. México en 1554 y Túmulo imperial. Ed. Porrúa, México, 1991, Edición prólogo y notas de Edmundo O’Gorman. Col. Sepan cuántos, no. 25. p.65.

¹⁴⁷ Ídem, Tratado tercero, capítulo XVI, p. 278.

sobre esta sierra ven nubes, las cuales nubes se comienzan comúnmente a ayuntar desde las diez de la mañana hasta el mediodía, y desde allí a horas de vísperas se comienzan a esparcir y a derramarse, las unas hacia Tlaxcala, otras hacia la ciudad de los Ángeles, otras hacia Huexuzinco, la cual es cosa muy cierta y muy de notar”.¹⁴⁸

Se cosecha maíz, frijoles y ají; la gente es bien dispuesta y la más ejercitada en cosas de la guerra. Pero es mucha y muy pobre, “porque de sólo el maíz que cogen se han de mantener y vestir, y pagar los tributos”.

Habla de su excelente ubicación, en el camino entre Veracruz y México y cercana a la ciudad de los Ángeles: México a veinte leguas, la ciudad de los Ángeles a cinco y el puerto Veracruz a cuarenta.¹⁴⁹

Pero si Tlaxcala le provoca gusto al destacar sus cualidades, la ciudad de los Ángeles le produce fascinación desde el mismo proyecto de fundación, hasta el significado del nombre de la urbe. Se crea a instancias de los frailes menores, pretendiendo ser un pueblo agrícola de españoles con el fin que “se diese a labrar los campos y a cultivar la tierra a el modo y manera de España”. Los pobladores serían los que al presente anduvieran “ociosos y vagabundos” y con ello los indios tomarían ejemplo y también “aprenderían a labrar la tierra y cultivar a el modo de España”.¹⁵⁰

El lugar de fundación es “muy bueno y la comarca la mejor de toda la Nueva España”; está cerca, cinco leguas al norte, de la ciudad de Tlaxcala; al poniente se encuentra Huexuzinco; al oriente Tepeaca; a mediodía, que es tierra caliente, Yzuca y Cuauquechula; tiene a dos leguas a Cholola, Totomiaucan. Calpa está a cinco leguas; todos ellos pueblos son grandes. Y quizá lo mejor, tiene el puerto de Veracruz al oriente, a una distancia de cuarenta leguas y México dista veinte. Es punto obligado en el camino del puerto a capital del virreinato, lo que significa que el tráfico comercial topa con este asentamiento por lo que cuando “las recuas van cargadas a México, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han de menester en mejor precio que los de México; y cuando las recuas son de vuelta cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos; por lo cual está ciudad se espera irá aumentándose y ennobleciéndose”.¹⁵¹

Sus pastos son “muy gentiles”, pues “aunque los pinares sean arenosos, están siempre llenos de muy buena yerba, lo cual no se sabe

¹⁴⁸ Ídem, p. 279.

¹⁴⁹ Ídem, p. 280.

¹⁵⁰ Ídem, Tratado tercero, capítulo XVII, p.282-283.

¹⁵¹ Ídem, p. 284.

que haya en otra parte en toda Europa”, en ellos pastorea ganado “ovejuno y vacuno, y yeguas”. Las montañas y los bosques se acompañan con “muchas abundancia de aguas, así de ríos como de fuentes”. Cerca de las casas corre un arroyo en el “cual están ya hechas tres paradas de molinos, de a cada dos ruedas; llevan agua de pie que anda por toda la ciudad. A media legua pasa un gran río, que siempre se pasa por puentes; este río se hace de dos brazos, el uno viene de Tlaxcala, y el otro descende de las sierras de Huejuzinco”.¹⁵²

Dice que en ella “en breve tiempo, dormirán seguros los españoles de la Nueva España, quitados de los temores y sobresaltos que ya por muchas veces han tenido; y sería gran seguridad para toda la Nueva España, porque la fortaleza de los españoles están en los caballos y tierra firme, lo cual todo tiene esta ciudad”.¹⁵³ La ciudad de los Ángeles nació para “ser señora y sujetar a todas partes, porque hasta el puerto no hay más de cuatro o cinco días de camino; y para guardar la ciudad hasta la mitad de los vecinos que tienen, y los demás para correr el campo y hacer entradas a todas partes en tiempos de necesidad” y

hasta que en esta Nueva España haya una cosa fuerte y que ponga algún temor no se tiene la tierra por muy segura, por la gran multitud que hay de gente de los naturales; pues se sabe que para cada español hay quince mil indios y más. Y pues que esta ciudad tiene tantas y tan buenas partes y tantas buenas cualidades, y con haber tenido hartas contradicciones en el tiempo de su fundación y haber sido desfavorecida, ha venido a subir y a ser tan estimada, que casi quiere dar en barba a la ciudad de México, será justo que (de) su Majestad del Emperador y Rey don Carlos su señor y monarca del mundo, sea favorecida y mirada no más de como ella mismo lo merece, sin añadir ninguna cosa falsamente; y con esto se podrá decir de ella que sería ciudad perfecta y acabada, alegría y defensión de toda la tierra... en conclusión, que en asiento y en vista, y en todo lo que pertenece a una ciudad para ser perfecta, no le falta nada.¹⁵⁴

Por mucho que Motolinía escriba sobre las cualidades del territorio novohispano, nunca deja de lado los beneficios que sugieren la ocupación del espacio. Es importante la evangelización porque los beneficios serán igualmente satisfactorios y además con la cristianización encontrará rumbos por los cuales debe atender la transformación necesaria para que existan lugares de bonanza, lejos de la adoración de ídolos que sólo envilecen a la naturaleza humana.

Pero el pensamiento de Motolinía es sumamente contradictorio, por un lado su fe cristiana le permitió observar bondades del paisaje ante las cuales no queda sino el rasgo de admiración y asombro, ya que en ellos percibe la Magna Obra. Lo que ve le fascina, no puede

¹⁵² Ídem, p.284-285.

¹⁵³ Ídem, Tratado tercero, capítulo XVIII, p. 292.

¹⁵⁴ Ídem, p. 292-293.

ocultarlo, sus ojos gozan con tan espléndida muestra de poder divino y logra transmitir ese mensaje del cual él mismo es portador. Para este franciscano la cristianización provoca que todo tome un seguro camino y cada parte es un instrumento que integra una sinfonía perfecta, dirigida por el más digno exponente: Dios.

Fray Bernardino de Sahún y la racionalidad de los hombres

En la gran obra de Fray Bernardino de Sahagún, fraile franciscano que llega a la Nueva España en el año de 1529,¹⁵⁵ no se encuentra una referencia clara al paisaje. Contiene diversos aspectos de la religión y religiosidad indígena y por medio de ellos se pueden entresacar apreciaciones sobre una postura de esos hombres ante la naturaleza. De acuerdo con la ideología cristiana los indígenas viven en el pecado, abrigados por el diablo y lejos de la cobija de la verdadera fe. Sin embargo poseen virtud y una filosofía moral acorde con un pensamiento perfectamente estructurado.

Ante el problema que suscitó la humanidad del hombre indígena y por lo tanto de su acceso o no a la iglesia universal, los evangelizadores emprendieron una empresa gigantesca que consistió en transformar la cultura encontrada e integrarlos al cristianismo.

Los debates acerca de su humanidad tienen su máxima expresión en el que personifican en Valladolid el padre Las Casas y Sepúlveda (1550-51). Pero las polémicas no cesaron y conforme pasa el tiempo, no serán únicamente planteadas en términos de ser unos los conquistadores y los otros esclavos, pues se pusieron en la mesa nuevos argumentos conforme los europeos “descubran” elementos que estructuran a las culturas encontradas.

La tarea de evangelizar tendrá que ser consumada reconociendo cierta igualdad o cierto rango de avance cultural. Es necesario recordar que los primeros conquistadores, describen obras arquitectónicas, ropa de algodón y una sólida organización social; José de Acosta, por ejemplo, destaca su escritura como un elemento para diferenciarlos de otros pueblos, dice que “queriendo yo averiguar en qué manera podían los indios conservar sus historias, y tantas particularidades, entendí que aunque no tenían tanta curiosidad y delicadeza como los chinas y

¹⁵⁵ La vida de este ilustre franciscano dentro de la Nueva España transcurre prácticamente en la cuenca de México. Reside en Tlalmanalco y luego pasa a la ciudad de México en donde es uno de los primeros profesores del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, enseñando lengua latina; después reside en Xochimilco y hacia 1558 ejerce como visitador de la provincia de Michoacán para luego regresar a Tlatelolco. En 1590 muere en el convento de San Francisco el Grande

japones, todavía no les faltaba algún género de letras y libros con que a su modo conservaban las cosas de sus mayores”.¹⁵⁶

Lo que se posaba ante los ojos de los evangelizadores causó espanto y deseos por destruirlo, porque simplemente la moral era otra. Los conceptos que encerraban al sacrificio humano eran diferentes a la que portaban aquellos frailes y esto derivó en horror y censura, pero nunca en desánimo y a la postre fue lo que propició su conocimiento, pues así se establecieron los márgenes en los que se debería de llevar a cabo la conversión.

Los evangelizadores crearon diversos métodos para pescar las almas indígenas. Se contemplaron el teatro y la educación de niños y jóvenes con resultados muchas veces sorprendentes, pero la tarea no era solamente unidireccional, habría que enfrentarla en otros sentidos para que sus resultados fueran verdaderamente halagadores. Robert Ricard¹⁵⁷ en una clásica investigación sobre esas formas y métodos muestra las vicisitudes de la evangelización novohispana.

Fray Bernardino de Sahagún enseñó latín en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco y algunos de sus alumnos serían sus propios ayudantes al momento de recabar la información en la región texcocana. En su investigación utilizó un método innovador y como todo un sabio, en cuanto supo valorar lo que veía, alejó su propia interpretación de lo que los expositores le decían acerca de una cultura remota a la suya.

Ángel María Garibay define tres etapas en las que recoge los testimonios de sus informantes. La primera de ellas la lleva a cabo en Tepepulco, región de Texcoco, hacia 1548, en donde “los antiguos sabios le pintaron y recogieron los datos en la forma en que solían en su infidelidad”. Consigue que la comunidad le presente a diez o doce ancianos para que le respondieran todas sus preguntas. En este pueblo reúne a “todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba don Diego de Mendoza, hombre anciano de marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas y aun idolátricas” y les expone sus objetivos y les solicitó “personas hábiles y experimentados, con quien pudiese platicar y...dar razón de

¹⁵⁶ Joseph de ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*. Edición preparada por Edmundo O’Gorman. Fondo de Cultura Económica. 2a. Edición. México, 1985. (Biblioteca americana, 38. Serie cronistas de Indias), libro sexto, capítulo 7, p. 288.

¹⁵⁷ Robert Ricard. *Conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*. FCE, México, 1986.

lo que les preguntase”.¹⁵⁸ Con ellos platicó “muchos días, cerca de dos años,” siguiendo un orden preconcebido.

En una segunda etapa, ésta en Tlatelolco, junta también a los principales y les propone “el negocio” de sus escrituras y les demandó le “señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las escrituras que de Tepepulco traía escritas”. La disposición del gobernador y los alcaldes fue tal que le “señalaron hasta ocho o diez principales, escogidos entre todos, muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas, con los cuales y con cuatro o cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más, encerrados en el colegio, se enmendó, declaró y añadió todo lo que de Tepepulco truje escrito, y todo se torno a escribir de nuevo, de ruin letra porque se escribió con mucha prisa”.¹⁵⁹

En la tercera, en San Francisco el Grande, trabajó por espacio de tres años, en donde repasó y enmendó sus escritos que los dividió por libros en total de doce, y cada uno por capítulos y algunos por capítulos y párrafos.¹⁶⁰

En su prólogo al primer libro, menciona una premisa en la cual los indígenas “están tenidos por bárbaros y por gente de bajísimo quilate” debido a que sus ritos, supersticiones y agüeros, no se han perdido del todo, por lo cual debe ser extirpada para convertirlos al cristianismo. Su misión como evangelizador no sólo es predicar contra esas cosas, sino tener conocimiento de su persistencia, por lo que es necesario “saber cómo las usaban en tiempos de su idolatría, que por falta de no saber esto en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos”. Usando una excelente alegoría, dice que “el médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo sin que conozca de qué humor o de qué causa procede la enfermedad, de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades, para aplicar convenientemente a cada enfermedad la medicina contraria”.¹⁶¹

Se trata de entender la religión indígena, corazón mismo de su cultura, para sacarlos del paganismo en el que se encuentran y convertirlos al cristianismo. Pero al tiempo que los juzga pecadores les concede una férrea religiosidad sin par en el mundo, tal que “ni los judíos ni ninguna otra nación tuvo yugo tan pesado y de tantas ceremonias

¹⁵⁸ Fray Bernardino de Sahagún Historia general de las cosas de la Nueva España. 4ª edición, ed. Porrúa, México, 1981, edición, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel María Garibay Tomo I, prólogo, libro II, p. 105-106.

¹⁵⁹ Ídem, p. 106.

¹⁶⁰ Ídem, p. 106.

¹⁶¹ Ídem, T. I, prólogo, p. 25.

como le han tomado estos naturales por espacio de muchos años”. Más aún deduce la hermandad entre ambos pueblos. El origen indígena lo remonta a las siete cuevas, que se tornan naves que alguna vez surcaron los océanos buscando el paraíso terrenal. Guiados por Dios, llegaron a un puerto en el golfo y siguieron la búsqueda de montañas en donde se debían establecer.

Los viejos informantes le hablan que vinieron del norte “en algunos vasos de manera (que) no se sabe cómo eran labrados”; le dijeron que salieron de siete cuevas, que son más bien “siete navíos o galeras en que vinieron los primeros pobladores de esta tierra, según se colige por conjeturas verosímiles”. Llegaron primero a la Florida y costean-do llegaron al “puerto de Pánuco, que ellos llaman Panco, que quiere decir lugar donde llegaron los que pasaron el agua”. Su demanda era el paraíso terrenal, y “traían por apellido *Tamoanchan*, que quiere decir, buscamos nuestra casa; y poblaban cerca de los más altos montes que hallaban”. El paraíso lo encontrarían en dirección al meridión, “por-que opinión es de los que escriben que está debajo de la línea equi-noccial” en “algún altísimo monte”, tan grande “que llega su cumbre cerca de la luna”. Le hablaron de que sus antepasados “tuvieron algún oráculo cerca de esta materia, o de Dios, o del demonio”, y buscaron “lo que por vía humana no se puede hallar” pues “nuestro Dios pretendía que la tierra despoblada se poblase” y que “algunos de sus descendientes fuesen a poblar el paraíso celestial como ahora lo vemos por experiencia”, ante lo cual tiene por cierto “que estas gentes todas son nuestros hermanos, procedentes del tronco de Adán como nosotros, son nuestros prójimos, a quien somos obligados a amar como a nosotros mismos, *quid quid sit*”.¹⁶²

Reconocer un origen adánico en los indígenas, acorde con las Sagradas Escrituras, cumple con un punto para que sean cristianizados, pues los ubica en el ámbito del reino de Jesús. Pero ante todo Sahagún sabe reconocer lo que la misma experiencia le brinda, ya que los indígenas, si bien pecadores por estar tan cerca de Satanás y por sus ritos idolátricos, son también poseedores de una razón y de una inteligencia que se observa a través de sus obras, de sus actitudes, de lo que el propio evangelizador llamaría su “filosofía moral”.

De los dioses prehispánicos no puede hablar en buen tono. Si bien menciona las cualidades de cada uno de ellos, también señala sus enormes defectos enmarcados desde luego en su cercanía con Satanás. Sin pretender ahondar en tema tan vasto, sólo describiré brevemente las cualidades de tres dioses que integraron el panteón mexica;

¹⁶² Ídem, p. 30-31.

Sahagún menciona que Hutzilopochtli “fue otro Hércules... robustísimo, de grandes fuerzas y muy belicoso.” De Tezcatlipoca dice que es “otro Júpiter” que “andaba en todo lugar, en el cielo, en la tierra y en el infierno” y de Tláloc Tlamacazqui dice que es deidad de las lluvias, regando la tierra para crear toda clase de “yerbas, árboles y frutas y mantenimientos” dice que habita el paraíso terrenal. Sobre Quetzalcoátl, enuncia que es el dios de los vientos encargado de barrer los caminos antes de llover.¹⁶³

Adelante menciona una serie de rasgos diabólicos para cada una de ellas. Para el primero dice que era “nigromántico, amigo de los diablos, enemigo de los hombres, feo, espantable, cruel, revoltoso, inventor de guerras” y en su fiesta “mataban por su honra y delante de su imagen y en su capilla muchos hombres, sacándoles los corazones... derramando delante de él su sangre y comiendo la carne de ellos.” De Tezcatlipoca dice que es el malvado de Lucifer, padre de toda maldad y mentira, ambiciosísimo y superbísimo, que engañó a vuestros antepasados”. A Tláloc lo menciona como diablo al que en su honor “mataban innumerables niños sobre todos los montes eminentes”. Quetzalcóatl fue “nigromántico, amigo de los diablos y por tanto amigo y muy familiar de ellos, digno de gran confusión y de eterno tormento”.¹⁶⁴

El culto a esas deidades les hacía vivir en las tinieblas de la infidelidad e idolatría y que para remediarlo había llegado la luz de la fe católica, para a darles a conocer al verdadero Dios, creador y redentor que rige todo el mundo. Padedieron una ceguera y un engaño del cual sólo han de salir cuando exista un acercamiento con el Creador.

En el prólogo a su libro séptimo compara las creencias indígenas con las de los gentiles de Grecia y Roma, quienes por medio de escrituras ridículas convirtieron al Sol y la Luna en deidades, sucediendo lo mismo con algunas estrellas, el agua, tierra, fuego y aire; los adoraron y a ellos ofrecieron sacrificios. Esto provino, en parte, por la ceguera en la que se cayó, dice Sahagún, por el pecado original, y en parte por la malicia y “envejecido” odio de nuestro adversario Satanás quien siempre procuró “abatirnos a cosas viles, ridiculas y muy culpables”. Pero si eso sucedió en gente “de tanta discreción y presunción, no hay por qué nadie se maravilla porque se hallen semejantes cosas entre esta gente tan párvula y tan fácil para ser engañada”, olvidando todo parentesco por la descendencia común con el padre Adán.

¹⁶³ Ídem, T. I, libro primero, capítulos I-V, pp. 43-45.

¹⁶⁴ Ídem, T. I, libro primero, confutación, p. 89-90.

Insiste en la ceguera que padecieron los indígenas encantados por la hermosura de los gobernadores del universo, del giro de las estrellas, del fuego, del agua, del Sol o de la Luna, pero se impone el convencimiento de pescar almas y encauzarlas a la verdadera fe. Dios es el autor que crió todas las cosas adoradas y se encuentra sobre las deidades mexicas, por lo que hay que llevarlos hacia su redil.

Los pueblos ocultos nacen al revelarse a la iglesia, y el franciscano indica que “ni puedo creer que la iglesia de Dios no sea próspera donde la sinagoga de Satanás tanta prosperidad ha tenido, conforme aquello de san Pablo: abundará la gracia donde abundó el delito”; y a pesar de que el indígena carga sobre sus espaldas el peso agobiante del pecado original, conserva una guía en su alma que es la razón natural;¹⁶⁵ ella es el punto esencial que los separa de la bestialidad y que les brinda reconocimientos intelectuales que los ponen muchas veces a la par de cualquier otro pueblo. La única carencia que padecieron fue el abrigo divino, solución por demás temporal pues los mismos evangelizadores estarían aplicados a solucionarlo.

A la par que el indígena está en pecado original por su cercanía con el demonio se les reconoce ingenio, sabiduría, el don mismo de la razón, pues observa “por experiencia ahora que son hábiles para aprender todas las artes liberales, y la santa Teología, como por experiencia se ha visto en aquellos que han sido enseñados en estas ciencias... pues no son menos hábiles para nuestro cristianismo sino en él debidamente fueron cultivados” lo que los hace iguales, no sólo ante la cristiandad, sino también ante la naturaleza misma, pues si bien los indios eran esencialmente “iguales a todo hombre, tampoco accidentalmente eran inferiores”; su conocimiento y trato testifica sus habilidades y virtudes.¹⁶⁶

Sahagún habla con admiración del carácter austero y amante de la virtud y el orden de la gente indígena; sobria en sus consejos y fuerte en sus costumbres. Siente sumo respeto y no oculta la simpatía por ese pueblo que comprendió el valor de la educación y aplicación al cultivo de la disciplina y al dominio de sus instintos. Se encuentra ante el cristiano que en Europa ha dejado de existir, el que cada vez más se aleja de Dios y se acerca a la codicia y a la vida vacía.

Son esas las virtudes que le manifiestan los indios sin que él intervenga para nada en lo que ellos le dicen. Deja que hable la voz de una cultura ya vencida en la guerra, pero con síntomas muy fuertes de

¹⁶⁵ Luis Villoro. Los grandes momentos del indigenismo en México. 3ª. edición, El Colegio Nacional-COLMEX-FCE, México, 1998, Cuadernos de la Gaceta, p.54-55.

¹⁶⁶ Ídem, p.55.

religiosidad. Un padre, en uno de los pasajes que recoge, le dice a su hijo “algunas cosas que te cumple, por la obligación que tengo de que soy tu padre y madre y quiero hacer mi deber. Porque mañana o ese otro día dios me llevará y quitará de sobre la tierra, porque es todo poderoso, porque estamos sujetos a la flaqueza humana y a la muerte y nuestra vida en la tierra es muy incierta...entiende lo que te diré”. Los días que vivas sobre la tierra deben ser “en servicio de Dios, y seas bienaventurado: mira que seas avisado, porque este mundo es muy peligroso, muy dificultoso y muy desosegado, y muy cruel y temeroso, y muy trabajoso y por esta causa los viejos con mucha razón dijeron: no se escapa nadie de las descendidas y subidas de este mundo, de los torbellinos y tempestades que en él hay; o de las falsedades y solazamientos, y dobleces, y falsas palabras que en él hay”.¹⁶⁷

Debió existir un reconocimiento por parte del franciscano por el significado de tales palabras, que pretendían acercar a los jóvenes nahuas a su dios. La racionalidad y religiosidad de los pueblos encontrados fue aprovechada por cristiandad pues constituían la esencia de su propia naturaleza además de que la cristiandad impuso la universalidad del catolicismo¹⁶⁸ elemento crucial para garantizar a los no cristianos el acceso a la comunidad ya sea por medio de la persuasión o de la fuerza. La conversión significó no sólo aceptar los evangelios y creer en ellos, sino también y esto es lo fundamental, cambiar radicalmente el modo de vida que era lo realmente trascendental.

La racionalidad de los hombres no solo está dada por su religión, también por el lenguaje y por la capacidad de formar sociedades civiles. Es también capaz de trazar obras arquitectónicas y urbanas, hidráulicas; aprovechar, en suma, lo que le ofrece la naturaleza, pero también, utilizando los epígrafes de la propia obra de Sahagún puede desarrollar un sistema de “calendario, fiestas y ceremonias”, de “astrología judiciaria” o de “retórica, filosofía moral y teología de la gente mexicana.” También procede de la propia historia, de una estirpe y una herencia cultural que emana de los toltecas, de ellos dice que “sabían casi todos los oficios mecánicos, y en todos ellos eran únicos y primos oficiales, porque eran pintores, lapidarios, carpinteros, albañiles, encaladores, oficiales de pluma, oficiales de loza, hilanderos y tejedores... eran buenos hombres y allegados a la virtud, porque no decían mentiras... y eran altos, de más cuerpo de los que ahora vi-

¹⁶⁷ Fray Bernardino de Sahagún. Historia general... op. cit., Tomo II, libro VI, capítulo XX, p. 136.

¹⁶⁸ Anthony Pagden. La caída del hombre. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa. Ed. Alianza, Madrid, 1988, p. 41.

ven”.¹⁶⁹ De los totonacas menciona que viven en policía, “porque traen ropas buenas los hombres y sus *maxtles*; andan calzados y traen ropas y sartaes al cuello, y se ponen plumajes, y traen aventaderos, y se ponen otros dijes, y andan rapados curiosamente”.

A pesar del terrible engaño en el que estaban inmersos, logran edificar una civilización adaptada a su medio sin el auxilio divino.¹⁷⁰ En la arquitectura, tan colosales le parecen a Sahagún sus obras, que no duda en atribuirlos a aquella misteriosa raza de gigantes que, según las tradiciones indias, habría poblado la América. Los templos que hicieron al Sol y a la Luna parecen ser naturales y no los son; y aún parece ser cosa indecible, asegurar que son edificados a mano, y lo son ciertamente, porque los que los hicieron, entonces eran gigantes. Edificaron ordenadas y hermosas ciudades y grandiosos monumentos. Por ejemplo los cholultecas “han tenido la sucesión de los romanos y como los romanos edificaron el Capitolio para su fortaleza, así los cholulanos edificaron a mano aquel promontorio que está junto a Cholula que es como una sierra o un gran monte y está todo lleno de minas o cuevas por dentro; Venecia parecía capital Tenochca: los mexicanos edificaron la ciudad de México que es otra Venecia, y ellos en saber y policía son otros venecianos”.

El cristianismo pregonó la existencia de un solo progenitor para toda la humanidad y también la creencia de un plan divino perfecto para el mundo natural; y ambos puntos confluyen en la idea de la unidad del género humano, esencial para la teología.¹⁷¹ En este contexto, la conversión del gentil era también necesaria para actuar de acuerdo con la verdadera razón, pues si bien un no cristiano puede poseer la luz de la razón natural, que le permite “ver” su camino sin la ayuda de la revelación, pero se expone a un entorno social que lo llevan fácilmente a pecar.¹⁷²

Era necesaria la conversión para los hombres que no estuvieran en el seno de la iglesia de Cristo, o bien que se negaran a creer en él, porque comúnmente no actuaban de acuerdo con la verdadera razón, pues como se vio con Sahagún, al practicar los indígenas el sacrificio humano los convirtió en la antítesis de las supuestas características de la comunidad civil, pues mientras que los cristianos viven en armonía, de acuerdo con leyes establecidas, los “otros” no reconocen ninguna ley o norma de conducta.

¹⁶⁹ Fray Bernardino de Sahagún, Op. cit., Tomo III, libro X, capítulo XXIX, 187-188.

¹⁷⁰ Luis Villoro. Op. cit., p. 65-66.

¹⁷¹ Anthony Pagden. La caída del hombre... op. cit., p. 40.

¹⁷² Ídem, p. 44.

Es valiosa la alegoría con la que inicia su obra, la del médico que tiene de curar al enfermo, pero antes de hacerlo necesita saber todo acerca de la enfermedad. Cuando lo explora, se percata que en ella existe toda una estructura social muy bien determinada, una historia que se ha conservado a lo largo del tiempo, un panteón religioso sumamente complejo, un sistema de creencias igualmente ordenado con una lógica muy diferente a lo conocido hasta entonces y una religiosidad extremadamente marcada, sin olvidar desde luego, su filosofía y sus virtudes.

Los frailes criollos: Agustín de Betancourt, Francisco Javier Clavijero y Rafael Landívar.

La obra fray Agustín de Betancourt¹⁷³ es la visión del criollo que enfrenta el problema de la habitabilidad americana. Habla de las diferencias que existen entre el Viejo y este Nuevo Mundo en el cual ha nacido este religioso.

Como franciscano no puede negar el papel divino en la creación, pero a su discurso, ya como americano, añade las cualidades naturales que le ha tocado vivir. En él ya no es la experiencia del fraile que viene de la metrópoli y que observa los lugares que integran el inmenso territorio hispano, comparándolo con los paisajes de Andalucía o Castilla. Ahora es el criollo que quiere decirle al mundo la magnificencia del paisaje novohispano. La región tropical se vuelve de mejor calidad, más apacible que el templado.

Para él es una calumnia¹⁷⁴ la idea de la que los antiguos calificaran a la tórrida como una región desierta, infatigable y enemiga de la vida humana, y le ofende la ignorancia de los astrólogos que desconocieran esta región. Los calificativos que le achacan a la tórrida ya sea fogosa, incapaz de criar plantas y animales e incluso como tierra sumergible en los abismos del mar, son más prejuicios que argumentos.

Esta calumnia se refiere a la idea de que los antípodas serían “incultos y fabulosos” con la posibilidad de estar constituidos de otra naturaleza y condición, inferior en este caso, a la de nuestro padre Adán. Está latente, en palabras del mismo fraile, contra lo que demuestra la experiencia misma, que más de uno tiene por imposible que los habitantes de esta tierra sean verdaderos hombres.

¹⁷³ Fray Agustín de Betancourt. Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares histórico y religiosos del Nuevo mundo de las Indias. 2ª. Edición facsimilar, Editorial Porrúa, Mexico, 1982, Colección biblioteca Porrúa No. 45.

¹⁷⁴ Ídem, tratado primero, capítulo primero, p.3.

En defensa del ambiente destaca su calidad, en este caso, “de ser húmedas, cavernosas” en contraposición a las ideas, particularmente de tradición hipocrática, que durante siglos estuvieron en boga.¹⁷⁵ Dios es creador, pero su obra se ubicó en otras tierras, en distintos climas; los tórridos, antiguamente inhabitables son sede de la residencia para los criollos y ellos buscan ahora en ese Dios y en la naturaleza una identidad. Dispuso volcanes y sierras nevadas para purificar así los vientos otorgándole carácter de habitabilidad a estas tierras americanas. Al fin y al cabo, “el mundo es un concierto y trabazón del Cielo, tierra y elementos” y pide un orden y concierto que “se debe reducir a un gobierno y régimen que necesita, y si con esto les pareció engrandecer la magnificencia del Criador para admirar su providencia, más engrandecían al Autor en uno que gozamos que en muchos que fingieron, no porque el poder de Dios infinito como crió uno no podrá criar cuantos su voluntad quisiere, y fuere servido de querer sin que se agote la infinidad de su poder, pero según razón debemos seguir lo que la Fe de la Iglesia nos enseña”.¹⁷⁶

Ese concierto se traduce en apacibles condiciones para la vida humana, de tal forma que en tierras americanas “ni el invierno hace mucho frío ni en el verano calor demasiado” pues es tan comedido “el temple que en ninguna parte de la Nueva España obliga el calor a que se desee el frío, ni aprieta tanto que obligue a calentarse al fuego”.

Sobre el ingenio, según Betancourt, incurren cuatro cosas: temperamento de la tierra, alimentos de la vida humana, abundancia en lo necesario y ejercicio en las obras.¹⁷⁷

Para el temperamento adelanta un claro ejemplo que ilustra el funcionamiento y la trayectoria dentro del cuerpo de los humores o los *humus*. Los que viven en tierras frías, por razón de la frialdad del lugar, se hacen de más inmenso calor del que por naturaleza gozan, el

¹⁷⁵ Clarence J. Glacken. Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996. Hay que recordar que para los antiguos la humedad perjudica el pensamiento, misma que Glacken asocia a un posible estado de ebriedad y “las ayudó con el veloz curso de los cielos, a cuya causa son menores los días que los de Europa, y las noches mayores para poder con esto refrescarse”.

También sobre un pasaje de la obra de Heráclito hacia el 500 antes de Cristo, dice que “un hombre cuando está bebido es conducido por un muchacho imberbe que va a tropezones y no sabe a dónde, porque tiene el alma húmeda”.

Igualmente cita a Teofrasto cuando dice que el pensamiento es causado por aire puro y seco “porque una emanación húmeda inhibe la inteligencia; por tal razón el pensamiento disminuye en el sueño, la embriaguez y la hartura” p.106

¹⁷⁶ Fray Agustín de Betancourt. Teatro mexicano...op, cit., p. 4.

¹⁷⁷ Ídem, p. 11.

cual, encerrado en las partes interiores del cuerpo envía al cerebro humos y vapores gruesos que le ofuscan las operaciones del discurso, pues en ellos se entorpecen los órganos de que se aprovechó para sus obras. Es cosa cierta, dice el criollo franciscano, que mientras hubiere mucho calor en el estómago, falta en el cerebro el temperamento necesario para el buen discurso. El poco calor en él provoca la prudencia, hecho observable en los viejos, prueba es que en ellos existe más cordura que en los mozos, debido a que pocos vapores perturbaban el cerebro. Lo mismo sucede a los que “habitan las tierras moderadamente calientes, porque así como la frialdad entorpece las potencias sensitivas del cerebro por la razón ya dicha, el calor las aviva, y las despierta, siendo pues el temperamento de la Nueva España más caliente que frío, y donde no se ven las calidades por extremo será propósito para que no se embarace con vapores por esta parte del ingenio y estén con más prontitud las obras del discurso”. En este caso a España le va muy mal, pues su frío temperamento provoca precisamente las condiciones descritas, de tal forma que los que “vienen a estas partes con el temperamento de la tierra se les aviva con muchas más ventajas el entendimiento”.

Esto es prácticamente el mundo al revés, de pronto el criollo encuentra en la benigna naturaleza americana el discurso para igualarse o bien, superar a los europeos. Aquella acusación falsa, la calumnia que inicia el texto de Betancourt, se convierte en el argumento para encontrar una igualdad ante el mundo que de alguna manera los desprecia.

Al alimento lo califica de “ser de menos sustancia, más leve, y de poca grasa” por lo que “es más digestible, y perturba menos los órganos para el discurso, y por la misma razón ocasiona a más viveza, y prontitud de ingenio.” Los que vienen de otros climas con nuevos alientos crían nueva sangre que produce un nuevo humor, “nueva habilidad, y condición”. Siendo esto óptimo “para buenos ingenios favorables”. No cabe duda de que en este “reino las buenas habilidades forasteras se mejoran y las no tales se reparan”.

El tercer argumento a favor del ingenio americano lo encuentra en la abundancia, misma que está en estrecha relación con el ingenio. Con ellas algunos se hacen cortesanos, y elocuentes, y renuevan “antiguas honras olvidadas y preeminencias de su ilustre prosapia.” Igualmente con ella “otros levantan a cosas grandes sus pensamientos nobles porque así como la sangre alienta el cuerpo, y alegra los sentidos”.

La cuarta es el ejercicio en las obras, la experiencia, “madre de las ciencias” pues “no se adquiere habilidad con solo riqueza” mejor pareciera que “andan encontradas fortuna, y naturaleza, que si la for-

tuna hizo a uno rico, la naturaleza lo hace topo, y si la naturaleza lo hizo hábil, lo hace la fortuna pobre”. Con la edad llega “la experiencia, que aunque por leer, y oír se adquiere de muchas cosas la noticia, ninguna se imprime en la memoria como la que ve, y experiencia de aquí es que en cualquiera Reino la gente que habita marítimos puertos, y ciudades donde de diversas naciones concurren forasteros, es transedida, y avisada, porque los unos de los otros aprenden los varios modos de proceder en sus tratos, por lo cual como en esta Nueva España aya el concurso de tan varias gentes de aquí procede que se les aviven los ingenios, y la necesidad les enseña nuevo modo de proceder con tantos cobrando con el uno un género de nuevo natural en el discurso”.¹⁷⁸

Hace un reclamo al olvido en el que están inmersos los criollos pues si sus habilidades no quedan debajo de las naciones europeas, si duran poco de tal forma que en algunos años “marchita sus verdores.” Añora el “aliento al trabajo” el reconocimiento al estudio que realiza la juventud y que “en la edad tan poca admira a los doctos lo lúcido de sus talentos” más “llegando a maduros desmayan, cierran los libros y olvidan el estudio y son muchas más las habilidades que se pierden, que los talentos que se logran”.

La defensa del criollo apela también a la real majestad terrena y a la institución política que administra las indias que no “consciente que los nacidos en las indias de padres españoles (que ya se llaman criollos, porque se crían en ellas) sean herederos del oprobio y nota que la incierta cosmografía (ciego topo a la luz de la verdad) dio a las Indias juzgándolos por no racionales verdaderos”.

Otros pensadores novohispanos plasmaron también en letras las cualidades de su paisaje, sus riquezas y protagonizaron una encarnada lucha intelectual, si se puede llamar así, por la defensa del suelo americano. El siglo XVIII es culminante, comparándolo con otros anteriores porque, a decir de Glacken¹⁷⁹ es cuando los pensadores trataron las cuestiones de cultura y medio con mayor meticulosidad. Aquellos hombres comprendieron a la sociedad humana mejor que la que habían tenido los del pasado; se apartaron de las ideas religiosas y ya no podían satisfacer el ansia de mayor conocimiento acerca de los vínculos sociales, la tradición, el carácter nacional, las influencias medioambientales que afectan a la vida de los individuos y las naciones. Es en este contexto, con estos argumentos, en los que surge toda una serie de autores, aparte de Betancourt, que claman por las bon-

¹⁷⁸ Ídem, p. 11-12.

¹⁷⁹ Clarence B. Glacken. Huellas en la playa de Rodas. Op. Cit., p. 463.

dades y diferencias de un medio ambiente americano en respuesta a lo defendido por los europeos, aunque desde luego, cada uno con sus propios matices.

Antonello Gerbi en sendas obras¹⁸⁰ dice que los antiguos descripciones de la naturaleza del Nuevo Mundo, particularmente Gonzalo Fernández de Oviedo, habían notado ya las particularidades físicas del continente recién descubierto. Sin embargo no llegaron nunca a teorizar acerca de la posible inferioridad de estos territorios, ni mucho menos concebir conceptos que sugirieran un desarrollo truncado o un agotamiento por vejez.

La tesis de la debilidad de la zona tórrida, seguimos con Gerbi, conlleva una regla universal acerca de “la flaqueza del indio, lo pantanoso de un valle, el aspecto desapacible de un grupo montañoso se extendieron, como por un contagio paralizante, a todas las razas y a todos los valles y montañas del continente”.¹⁸¹ En tal sentido, predominaron los juicios de valor sobre los conceptos científicos y a la generalización se sumó una indebida calificación peyorativa, pues el lampiño, era inferior al barbado, el pantano peor que el desierto, la ausencia de fieras o de profundas estratificaciones geológicas es, simplemente, impotencia telúrica.

Cuando el mismo Gerbi trata el asunto de los criollos resalta una diferencia que no se basa en la “rígida fatalidad de los choques de razas: españoles y criollos eran igualmente blancos de sangre pura, de incontaminada ascendencia peninsular”. La distinción no era étnica, ni económica, ni social, era, según el autor italiano, geográfica.

El nacido en las Indias, era opuesto y subordinado a unos compatriotas con quienes tenía todo lo demás en común: el color de la piel, la religión, la historia, la lengua,¹⁸² todo, excepto la tierra, el ambiente, más en razón a ello, se creo la diferencia. Pero la tierra que los engendró fue su condena, en ella el clima fue más fuerte que la raza, la geografía más que la historia.

El discurso europeo defendió que la naturaleza del Nuevo Mundo era nefasta para sus habitantes, entre otras cosas por haber sido más tentada por el demonio; por estar contaminada de impurezas. Parte esencial de estos argumentos se presentaron en la segunda mitad del siglo XVIII, precisamente con Cornelio de Pauw, naturalista de origen holandés, y la respuesta a semejante postura fue del jesuita

¹⁸⁰ Me refiero a *La naturaleza de las Nuevas Indias de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, FCE, México, 1992 y, a la que hago alusión en esta cita, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. 2ª. Edición, FCE, México, 1993, p. 3-4.

¹⁸¹ Ídem, p. 5.

¹⁸² Ídem, p. 227-228.

Francisco Javier Clavijero. En sus *disertaciones* combatirá la postura establecida por De Pauw. Este autor, según Clavijero, trata de persuadir al mundo que “en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, las plantas, los animales y los hombres” de que la tierra es sombría por los altos montes y las rocas y las llanuras están anegadas con aguas muertas y dañosas, o cubierta de vastos bosques, tan espesos que no penetran los rayos solares”. El naturalista europeo habla que el ambiente es “generalmente muy estéril y más abundante en plantas venenosas que el resto del mundo”. No deja de hablar de que el “aire mal sano es mucho más frío que el del otro continente. El clima contrario a la generación de los animales”. Todos los individuos propios del nuevo mundo “son más pequeños, más deformes y más débiles, más cobardes y más estúpidos que los del Antiguo Mundo, y los que se trasladaron a ella de otra parte, inmediatamente degeneraron, así como todas las plantas de Europa trasplantadas a América”.¹⁸³

Entre los muchos argumentos que utiliza Clavijero para responder a las aseveraciones sobre la naturaleza americana, utiliza uno referido con el reino animal, particularmente a las aves, el centzontli, del cual dice el jesuita que “entre todas las aves de canto, la más estimada en Europa es el tan celebrado rruiseñor, y este es mucho mejor en América”; dice Bomare, según Clavijero, que “el rruiseñor de la Luisiana, es el mismo de Europa; pero aquel es más familiar, canta todo el año y su canto es más variado”. Pero aún cuando no hubiese en América rruiseñores, ni jilgueros, ni ningún otro pájaro de aquellos estimados en Europa por su canto, bastaría el centzontli, o polígloto para no tener que envidiar a ningún país del mundo. Protesta Clavijero a los filósofos antiamericanos, “que cuanto dice el Dr. Hernández sobre el grande exceso de mérito en el polígloto sobre el rruiseñor, es muy cierto y conforme al juicio de los europeos que han estado en el reino de México y al de los mexicanos que han estado en Europa”, pues además “de la dulzura de su canto, la prodigiosa variedad de sus tonos y la graciosa propiedad en remedar las diferentes voces de las aves y cuadrúpedos que oye, tiene sobre el rruiseñor la ventaja de ser menos rústico y más común, pues su especie es una de las más numerosas”.¹⁸⁴

¹⁸³ Francisco Javier Clavijero. *Historia Antigua de México*. 9ª. Edición, Ed. Porrúa, México, 1991, col. sepan cuántos, p. 422.

¹⁸⁴ Francisco Javier Clavijero. *Historia Antigua de México*. Op. cit. p. 490

Por su parte Rafael Landívar, obra que se analizará renglones más adelante, menciona que este pájaro es el “príncipe de las aves, desconocido en el viejo mundo, singular por la rareza de sus variados sonidos, el más elocuente, pues simula las voces del hombre, las de otras aves, el

Los despropósitos que escribe De Pauw en contra del clima en América se convierten en “un conjunto monstruoso y horrible”. Su postura se basa en cuatro puntos: 1°. La pequeñez e irregularidad de los animales de la América; 2°. El grandor y la enorme multiplicación de los insectos y de otros semejantes animalillos; 3°. Las enfermedades de los americanos, y particularmente el mal venéreo; 4°. Los defectos de su constitución física; 5°. El exceso de frío en los países de América respecto a los del Antiguo Continente situados a igual distancia de la equinoccial.¹⁸⁵

Desde luego que a cada uno de estos enunciados, Clavijero les presenta diversos argumentos en contra, sólidos todos ellos, en cuanto a que son resultado de algo que De Pauw no tenía: la experiencia de estar en tierras americanas. Dice Clavijero que si algún filósofo de Guinea expusiera una obra con el modelo de este autor diría que “el clima de Europa es muy contrario a la generación de los cuadrúpedos, que allí se encuentran incomparablemente menores y más cobardes que los nuestros. ¿Qué son el caballo y el buey, los más grandes de sus animales, comparados con nuestros elefantes, rinocerontes, hipopótamos, camellos y jirafas?”¹⁸⁶

En cuanto a México en el marco de este debate, señala que “ciertamente” existen montañas altísimas y cubiertas de nieve; hay grandes bosques y lugares pantanosos pero, sin duda, es más grande el terreno fértil y cultivado en donde se siembra y se recoge el trigo y la cebada, como ejemplo de granos europeos y maíz, chile, cacao algodón y otras plantas que se cosechaban en el México antiguo.

La riqueza en la Nueva España es tal, que no hay semilla, legumbre, hortaliza o fruta que no se de bien en esta tierra feliz. En algunas partes, increpa Clavijero al inexperto de Pauw, el trigo se cosecha en “las tierras frías y templadas” novohispanas con excelente calidad y en abundancia. En Europa no hay más que una siembra y una cosecha, en Nueva España hay varias.

Después de enumerar varios pasajes que demuestran la riqueza americana, concluye sus ideas con una cita del padre Acosta en la que las diferencias entre los dos continentes, es porque en América hay mayor variedad de temperamento que en Europa, y así es más fácil dar a cada planta aquel temperamento que le conviene”. Y en un simple mercado se puede apreciar esa enorme variedad de climas que

ladrido de los perros y hasta la melodía de quien acompaña un canto pulsando las cuerdas”.
Rafael Landívar. Por los campos de México. UNAM, México, 1993, Biblioteca del estudiante universitario, no. 34, Prólogo, versión y notas Octaviano Valdés, p. 14.

¹⁸⁵ Ídem, p. 461.

¹⁸⁶ Ídem, p. 462.

constituye la riqueza de América en general y de Nueva España en particular

El mercado de México (como los de muchísimas ciudades de América) es el centro de todos los dones de la naturaleza. Allí se encuentran manzanas, albréchigos, albaricoques, peras uvas, guindas, cerezas, camotes, jícamas, nueces y otras innumerables frutas, raíces y hierbas sabrosas que producen las tierras frías y templadas; ananas, plátanos, cocos, anonas, chirimoyas, mameyes, chicozapotes, zapotes negros y otras muchísimas que dan las tierras calientes; melones, pepinos, membrillos, granadas, aguacates, zapotes blancos y otras que se dan indiferentemente en los países calientes y en los fríos.

En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente provisto de varias excelentes frutas, aun en el tiempo en que los europeos se la pasan con sus castañas, o cuando más con las manzanas y uvas que su industria conserva.¹⁸⁷

En el caso de Rafael Landívar¹⁸⁸ dice Octaviano Valdés, su poema nace en un clima espontáneo que armoniza los divergentes elementos de tres mundos: el latino, español y el americano, “amalgamados en la psicología del poeta bajo los fuegos vehementes del trópico guatemalteco, su cuna, y transidos por el espíritu de la altiplanicie mexicana, en la cual se desarrolló al arte y a la sabiduría”.

Más que espontáneo, considero que el clima es más bien álgido, y que el poema se inscribe en ese momento en el que el criollismo busca esa identidad y ese reconocimiento que el mundo latino y español, y europeo en general, le niega y, para conseguirlo y ser parte de lo que una cultura madre rechaza, se deben resaltar las diversas riquezas que el suelo, el clima, el subsuelo o la misma historia ofrecen al mundo.

Parte de un concepto elemental, pero sólidamente trascendente, y es el hecho de que la Nueva España es diversa en sus territorios. Pienso que esta frase es la médula del trabajo que Landívar realiza. Esa diversidad se traduce en riqueza de toda índole, relatada en toda porque el ha visto tal bonaza o porque se lo han contado “testigos oculares, por otra parte veracísimos”. Introduce a su obra en la siguiente forma

Lléname a mí el placer –amor de la tierra natal- de visitar las patrias campiñas siempre en flor, y con amigos de todas partes recorrer en piragua los lagos mexicanos, los amenos huertos de Flora. Contemplaré las cordilleras del Jorullo –reino de Vulcano-; los manantiales cristalinos que se despeñan de las alturas; el sumo de grana, así tirió como indiano. Luego a las ciudades del castor me encaminaré armado de flechas y con la barreta a las minas; cuajaré en moldes de barro la miel de la caña, y después de ir tras los rebaños esparcidos por la comarca y en pos de las fuentes, celebraré los pájaros, los cubiles de las fieras y enseñaré los juegos.¹⁸⁹

¹⁸⁷ Ídem, p. 471.

¹⁸⁸ Rafael Landívar. Por los campos de México. UNAM, México, 1993, Biblioteca del estudiante universitario, no. 34, Prólogo, versión y notas Octaviano Valdés, p. VI.

¹⁸⁹ Ídem, libro primero, p. 7-8.

En el marco de este discurso que trata de ensalzar la naturaleza americana y, en particular la novohispana, habla de la ciudad de México en términos de una urbe “espaciosa y poblada”, tanto por su hombres como por sus riquezas, “magnífica” dice él; aunque en sus palabras no parece reconocer el esplendor indígena, pero sí la herencia hispana, dice que en “pretéritas edades estuvo bajo el dominio de los indígenas, pero ahora, sometidos éstos por las armas, señorean los hispanos y su imperio rige la ciudad”.¹⁹⁰

Habla de la erupción del Jorullo insertándolo en la tradición latina, sin el más mínimo comentario a dioses o volcanes americanos. La fuerza de la erupción la plasma en los siguientes enunciados:

Pero como si para mal de todos no bastara un cráter, el voraz Vulcano rompiendo las resistencias de la tierra, abre en torno de aquél cuatro bocas de abrasadores torrentes, que pondrán en peligro horrendo a hombres y bestias. Obstruidas ésas después por la apretada aglomeración de piedra, y la roja arena que encima acumuló el fuego, la indómita tierra vomitó su furor por una sola abertura. Menos frenético es el Vesubio, cuando borracho de fuego, amenaza con sus teas a la ciudad de Nápoles. Ni el Etna violento conmueve a los sículos con estrago tan impresionante, cuando los cíclopes forjan el hierro en el sólido yunque, o la convulsión de Enselado hace temblar a toda Sicilia.¹⁹¹

El razonamiento que siguen tanto Betancurt, Clavijero y Landívar, está escrito en un momento sumamente interesante. Se ha insistido en el hecho de que el criollismo quiere encontrar argumentos para la igualdad que reclama. La reflexión para encontrar dicha situación, parte, en este caso, de la experiencia que sugiere el nacer y vivir en tierras americanas, que recogen toda una tradición grecolatina que no se apega en lo más mínimo a lo que sostuvieron aquellas autoridades. Las Indias, fueron asombro, y para finales del siglo XVIII, con grupos plenamente identificados ya con una historia, buscan su integración en la cultura europea, con un ingrediente que aquellos, los del viejo Mundo, no tienen, una cultura y, en este caso, un medio geográfico distinto, tan rico o más que el de sus ancestros europeos.

¹⁹⁰ Ídem, p. 8.

¹⁹¹ Ídem, p. 27.

IV. ENRICO MARTÍNEZ: LA RELACIÓN ENTRE EL MICRO Y EL MACROCOSMOS

La influencia de los astros y de las esferas

El autor latino Manilio¹⁹² escribió un tratado de cinco libros titulado *Astronomica*, cuyo contenido abarca tanto la astronomía como la astrología. De hecho, esta última disciplina encuentra mayor peso pues el término latino *Astronomica* designó ambos estudios. La astrología fue una forma de ver las relaciones del hombre con el Cosmos en lo que la historiografía llama pensamiento mítico; algunos investigadores ven en ella una manifestación religiosa, pero sobre todo, es una forma de adivinación.

Dice Manilio¹⁹³ que con su poema se propone descender del cielo conocimientos divinos por medio de los astros, confidentes del destino que cambian las diversas vicisitudes de los hombres y que son obra de una razón celestial.¹⁹⁴ La astrología se mantuvo en los círculos de poder al encontrar los reyes por medio de los sacerdotes, echando mano de un determinismo de los astros, un apoyo para su autoridad. Son estos últimos los que por medio de una observación, estudios y cálculos lograron desenmascarar los secretos de los planetas y las constelaciones. “Los sacerdotes -dice Manilio- se ganaron a la divinidad con sus servicios” pues “la presencia auténtica del dios poderoso les inflamó su mente pura, y él en persona llevó a sus ministros ante la divinidad y les mostró sus secretos”. Promovieron una noble disciplina en la que percibieron por medio de ella “que los destinos dependen del movimiento de los astros”. Marcaron cada periodo cuidadosamente, “cuál sería el día de nacimiento de cada uno, qué forma de vida le había tocado, en qué leyes de la fortuna ejercía influencia cada hora, qué diferencias tan grandes producían movimientos tan pequeños”; la cultivaron con desvelos y “la experiencia constituyó el arte” pero además se descubrió “que los astros dominan con leyes secretas, que todo el movimiento es movido por una mente

¹⁹² Manilio Astrología. Biblioteca Básica Gredos. Madrid, 2002. Introducción general de Francisco Calero. P. VIII.

¹⁹³ Ídem, p. 1.

¹⁹⁴ Tal vez no es extraño que debido a esta complejidad la astrología haya tenido en determinadas épocas un extraordinario auge, y de que todavía en estos tiempos, después de haber pasado por la Ilustración y el positivismo en donde el rigor del conocimiento científico estuvo a la zaga, encuentre cultivadores y adeptos que más bien son tildados de charlatanes.

eterna y que por indicios seguros se pueden distinguir las vicisitudes del destino”.¹⁹⁵

Esos astrólogos dividieron al universo en esferas¹⁹⁶, cada una sede de cuerpos luminosos fijos. La Tierra, redonda por su forma¹⁹⁷, ocupa la posición central, rodeada a su vez por otros globos, con el siguiente orden, teniendo, insisto, a la Tierra como centro: Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, que por lo demás constituye un sistema observable a simple vista.

Más allá se encuentra el *Sttellatum*, las estrellas fijas, luego la llamada zona del *Primer Motor*, que no contiene ningún cuerpo luminoso y pasa desapercibida a nuestros sentidos, sin embargo, es Dios quien le inyecta todo poder y movimiento y lo hace girar. Tal circulación causa a su vez la de todas y cada una de las esferas; su movimiento tiene una dirección de Este a Oeste y las esferas inferiores por inclinación natural, realizan su giro de Oeste a Este.

Además del movimiento, las esferas transmiten a la Tierra las “influencias”,¹⁹⁸ que la Edad Media¹⁹⁹ heredó de la Antigüedad y que a su vez las legó al Renacimiento, sin que la iglesia católica las tuviera por

¹⁹⁵ Ídem, p. 3-4.

Otro de los exponentes de la astrología fue Ptolomeo, que escribe sendo tratado sobre la materia, conocido como *Tretrabiblos*, y es George Sarton quien destaca que esta disciplina era “la religión científica” hacia los inicios de la era cristiana, pero además es una época, “en que la antigua mitología había llegado a ser insostenible, la religión sideral había ido ocupando poco a poco su lugar en la mentalidad de unos hombres que permanecían fieles a las tradiciones paganas y, al propio tiempo, estaban dotados de espíritu científico. Entroncada con la astronomía griega y caldea era una conciliación de la religión popular y el monoteísmo; el concepto de inmortalidad sideral propagado por ella reconcilió la astronomía con la religión” George Sarton. *Ciencia antigua y civilización moderna*. FCE, México, 1980, col. Breviarios No. 155, p. 74.

¹⁹⁶ El esquema se hereda igualmente de la antigüedad, lo encontramos en Ptolomeo y también en Plinio, en su *Historia natural*. Biblioteca clásica Gredos, Madrid, 1995.

¹⁹⁷ Debemos tener en cuenta que el mundo ha sido esférico desde la antigüedad, la idea de hecho es defendida por Aristóteles y, “nunca sería olvidada o seriamente cuestionada” según David C Lindberg. Este añade que “el extendido mito de que la gente medieval creía en un Tierra plana es de origen moderno”, en David C. Lindberg, *Los inicios de la ciencia occidental. La tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional (desde el 600 a. C. hasta 1450)* Paidós, Barcelona, 2002, p, 89.

Al respecto también hay que destacar lo que dice Juan A. Ortega y Medina, en cuanto a que, según “San Agustín y Cosmas Indicopleustes, exégetas bíblicos, la Tierra era plana pues sólo así sería factible que llegado el día del Juicio Final pudiesen todos, vivos y muertos resucitados, ver descender sobre una nube de los cielos al Cristo todo poderoso y justo. Juan A. Ortega y Medina, “La Novedad americana en el Viejo Mundo” en: Leopoldo Zea (compilador). *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*. F. C. E., México, Col. Tierra Firme, 1991.

¹⁹⁸ Jim Tester habla a su vez de configuraciones, es decir posiciones relativas de la Tierra y los planetas sobre el fondo de las estrellas fijas y, citando a Tolomeo, indica que “el astrólogo debe comprender los movimientos de los cuerpos celestes a fin de conocer el lugar y el tiempo de cualquier configuración”. Jim Tester. *Historia de la astrología occidental*. Siglo XXI, México, 1990, p. 21.

¹⁹⁹ C.S. Lewis *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y Renacentista*. Ed. Península, Barcelona, 1997, p. 85.

perjudiciales, pues fue común aceptar “que los planetas afectaran a los acontecimientos y a la psicología y, mucho más, a las plantas y los minerales”. La misma iglesia otorgó el beneficio del libre albedrío pero no fue compatible con el determinismo astrológico que dejaría al hombre a expensas de los astros. Los padres de la iglesia, que hacían gala de su propio poder para predecir el destino de los hombres en el otro mundo, miraban con malos ojos los poderes para profetizar de aquellos que pretendían conocer el destino de los hombres en la tierra. Si se cumplía lo que decían los astrólogos en sus horóscopos, ¿dónde tenía cabida el libre albedrío, la libertad para elegir el bien sobre el mal, para renegar de Mammón o abandonar a César por Jesucristo?”²⁰⁰

En un estudio que hace Jim Tester, dice que la “astrología” parece cubrir una vaga aceptación de “influencias” estelares sobre las vidas de los hombres hasta predicciones precisas y fatalistas acerca del futuro. Pero con estas ideas han convivido también dos formas de apreciar a esta disciplina; una es la astrología “rígida” y la otra es la

²⁰⁰ Jim Tester, Historia de la astrología... op. cit, p. 34.

La astrología no fue proscrita por los cristianos salvo, de acuerdo con Lewis, en los siguientes términos:

1. La práctica, lucrativa y políticamente indeseable, de las predicciones basadas en la astrología.
2. El determinismo astrológico. La doctrina de las influencias podía llevarse hasta el extremo de negar el libre albedrío. Contra ese determinismo, la teología tuvo que hacer un alegato que Santo Tomás de Aquino lo trata con toda claridad. No niega la influencia de las esferas en el aspecto físico. Los cuerpos celestes afectan a los cuerpos terrestres, incluidos los de los hombres. Y, al afectar a nuestro cuerpo, pueden afectar, aunque no necesariamente, a nuestra razón y a nuestra voluntad. Pueden, porque indudablemente nuestras facultades superiores reciben algo (accipiunt) de las inferiores. No necesariamente, porque cualquier relación de nuestra capacidad imaginativa provocada de esa forma no produce una necesidad, sino una propensión a actuar de esta o de aquella forma. Se puede resistir dicha propensión; por eso el hombre justo puede vencer a las estrellas. Pero en muchas ocasiones no encontrará resistencia, pues la mayoría de los hombres no son justos; a eso se debe que, al igual que las predicciones actuariales, las predicciones astrológicas sobre el comportamiento de gran cantidad de hombres resulten cumplirse con frecuencia.

Las actitudes que supusieran o fomentaran en apariencia la adoración de los planetas: al fin y al cabo había sido los más resistentes de todos los dioses paganos. San Alberto Magno da reglas sobre el uso legítimo e ilegítimo de las imágenes planetarias en la agricultura. Se puede enterrar en el campo un plato con el símbolo o jeroglífico de un planeta, pero no se pueden usar, al mismo tiempo, innovaciones o “sufumigaciones”. C.S. Lewis La imagen del mundo...op. cit., p. 85-86.

En otro estudio, Juan Vernet habla de tres divisiones de la astrología horaria sin tocar para nada el asunto del libre albedrío, a saber genetlítica o de investigación del futuro del individuo, que se basa en un horóscopo levantado a partir de la hora, minuto y segundo del nacimiento del consultante.

Otro sistema es el de las elecciones, es decir determinar el momento en que los astros ocuparían una posición favorable para emprender una acción determinada (campana militar, viaje, sangría, etc.); la mundial en sus dos variedades de natural o física, destinada a predecir catástrofes naturales (terremotos, huracanes, etc.), y la política religiosa. Juan Vernet. Astrología y astronomía en el Renacimiento. La revolución copernicana. El Acantilado, Barcelona, 2000, p.13-15.

“flexible”. La primera supone o acepta un determinismo sólido de modo tal que un conocimiento y una destreza suficientes puedan permitir predicciones acerca de acontecimientos y acciones que “están escritos en las estrellas” y que deben suceder. La que Tester menciona como flexible, procura la libertad moral del hombre, y su actitud se sintetiza en los siguientes términos: las estrellas inducen, pero no obligan. Cita a Séneca, como un ejemplo de las dos facetas que se encuentran en el individuo pues “podía aseverar con firmeza la libertad moral del hombre –habla Séneca- y al mismo tiempo sostener con la misma firmeza que el destino gobierna todas las cosas, y que la verdadera libertad consiste en seguirlo en vez de oponérsele, transigir con lo que va a suceder en lugar de estar en contra de ello, y ser arrasrado se quiera o no”.²⁰¹ Pero ante todo la astrología fue, en el esquema cristiano y medieval, “un intento racional para trazar el mapa del cielo e interpretarlo en el contexto de la “armonía cósmica” que hace del hombre una parte integral del universo”.²⁰²

La comprensión de la ciencia medieval²⁰³ indica que hubo ciertas afinidades, oposiciones y contraposiciones a la materia. Todo tenía su lugar apropiado, su domicilio, la región que le convenía y se movía hacia ella como guiado por un instinto. Para el pensamiento medieval existió “la inclinación natural” de los cuerpos hacia su “lugar idóneo”, la Tierra en este caso, por ser el centro del mundo: “si el alma procede (en el sentido que sea) del cielo, nuestro anhelo de beatitud es por sí mismo un ejemplo de “inclinación natural” hacia el “lugar idóneo.” De tal forma que uno de las ideas importantes de la astrología era la del tránsito descendente del alma a través de las esferas para alcanzar su unión con el cuerpo, adquiriendo en el proceso varias características a partir de los siete planetas; otro es el *thema mundi*, que es el horóscopo del mundo o carta astral de la creación.

²⁰¹ Jim Tester. Historia de la astrología...op. cit., p. 12-13. Habla de actitudes hacia la astrología. Una, de apoyo a la astrología rígida, es decir, creer en un destino inapelable que, como se ha visto, de acuerdo con Lewis, la iglesia católica se opuso tajantemente a ello. Se establecen vínculos necesarios entre las pautas celestiales y los acontecimientos terrenales en las vidas de los hombres, su valor radica en la presciencia de lo inevitable. La segunda postura consiste en rechazar el determinismo astrológico y creer en la libertad del hombre. Existen dos clases de postulantes, los que rechazan el destino, pero sostienen que las estrellas proporcionan cierta guía con respecto al carácter o incluso a acontecimientos futuros, eligiendo libertad para modificar el comportamiento a la luz de lo que enmarca la astrología. La tercera la construyen aquellos que son partidarios de rechazar toda astrología, ya sea rígida o flexible, bien sobre bases religiosas o de otro tipo, o creyendo en la libertad del hombre o apegándose a cierto determinismo científico o de otra índole. Ídem, p. 12-13.

²⁰² Ídem, p. 31.

²⁰³ C.S. Lewis. La imagen del mundo...op. cit., p. 77.

Es decir el alma debía descender a la tierra desde las regiones etéreas, su lugar de residencia; en el trayecto pasaba por las esferas de los planetas y en cada una de ellas recibía dones propios de cada planeta. Así, cuando pasa por Saturno, recibe “discernimiento e inteligencia”; de Júpiter el “poder de actuar”, de Marte “el ardiente ímpetu del espíritu”. La esfera del Sol brindaba “la facultad para sentir y opinar”, Venus ofrecía “el impulso del deseo” y Mercurio “la facultad de expresar e interpretar lo que siente y, finalmente, al pasar por la esfera de la Luna obtenía la capacidad de “procrear, y el crecimiento corporal”. De todo esto se deriva una asociación entre astrología, pecados mortales y los siete dones del Espíritu Santo, esquema propio del pensamiento medieval.²⁰⁴

De acuerdo con el principio de transferencia²⁰⁵ las influencias no se ejercen sobre nosotros directamente sino que primero modifican el aire, por eso, cuando un médico medieval no podía atribuir el estado del paciente a una causa determinada, la atribuía a la “influencia que está presente en el aire”.²⁰⁶ Si bien el astrólogo no era propiamente médico, sí se le reconocía para extender recomendaciones con el fin de curar diversos males, pero también fue asimilado como un hombre de ciencia.²⁰⁷

²⁰⁴ Tester se basa nuevamente en Macrobio para explicar el segundo aspecto: Afirman que cuando empezó el primer día de todos, el llamado con razón nacimiento del mundo, Aries estaba en el llamado Cielo Medio, y debido a que éste es, por así decirlo, el vértice del universo, se sostuvo que dicho signo era el primero entre todos, aquel que apareció como la cabeza universal al comienzo de la luz. Añaden además el motivo por el que los doce signos se atribuyen a los poderes de diferentes dioses. Dicen al respecto que en aquella misma carta astral universal, estando Aries como hemos dicho en el Cielo Medio, el horoscopus del mundo que estaba naciendo en Cáncer, que en ese momento dio a luz a la Luna. Acto seguido ascendió el Sol junto a Leo, Virgo con Mercurio, Libra con Venus, Marte estaba en Escorpio, Sagitario tenía a Júpiter y Saturno andaba errante en Capricornio. Sucedió entonces que se dijo de cada uno que era el señor del signo en el que se creía estaba al nacer el mundo. A las dos luminarias la Antigüedad sólo atribuyó los signos, uno a cada una, en las que habían estado entonces, Cáncer a la Luna y Leo al Sol. A las otras cinco estrellas, sin embargo, además de los signos en los que habían estado entonces, las épocas antiguas añadieron cinco más, a fin de comenzar la nueva serie al final de la primera. Ya dijimos que Saturno, el último de todos, estaba en Capricornio; por lo tanto el segundo grupo de atribuciones convirtió en primero a este último, en tanto que Acuario, que sigue a Capricornio, se asignó a Saturno. A Júpiter, que precedía a Saturno, se le confirió Piscis, etc... explicándose así las casas planetarias...cada planeta tiene su casa natural en la que fue creado. Jim Tester. Historia de la astrología...op. cit., p. 146.

²⁰⁵ También mencionado por C. S. Lewis, op. cit, p. 90.

²⁰⁶ Ídem, p. 90.

²⁰⁷ Luis Urteaga ilustra el tema del aire como fuente de las enfermedades en el siglo XVIII cuando habla sobre alteraciones térmicas o higrométricas que no presentaban una clara correlación con la violencia de la epidemia. Por otra parte las mismas enfermedades aparecían en los más diversos climas y se extendían por todo tipo de localidades. Así pues parecía forzoso indagar en alguna otra dirección complementaria. En su análisis habla de algún tipo de sustancia, efluvio o emanación que contaminara el ambiente y diera origen a las epidemias. Es lo que se llamó doctrina miasmática: algún elemento de la constitución atmosférica, imprecisamente

El reortorio de los tiempos, obra de astrología

La obra de Enrico Martínez, *Reportorio de los Tiempos e Historia Natural de Nueva España*, es un tratado que abarca tópicos tanto de astrología como de historia natural. Usa *Reportorio*, en tanto que “es el término usado por los españoles para sus libros de Cosmografía y Astrología”.²⁰⁸

Martínez concibe a la Astrología como la ciencia del cielo y las estrellas; la divide en dos ramas; una trata de los movimientos de cielos y planetas, de sus varias conjunciones, oposiciones y concursos, y ésta se dice comúnmente astronomía. La otra es la astrología judiciaria, que analiza la influencia de los mismos cuerpos que estudia la astronomía en “estas cosas inferiores, pues las cosas inferiores, son gobernadas por las superiores, que se ubican en la región celeste”. Es una ciencia natural, “porque tiene su fundamento en causas y razones naturales”.²⁰⁹

Los cargos que desempeñó como Cosmógrafo de su Majestad e intérprete del Santo Oficio de la Inquisición en el reino de la Nueva España ampliado también al de cronista, implicaron varias funciones que abarcaron desde temas de la más pura localización geográfica hasta antropológicos; en tal caso debería realizar “las tablas de la cosmografía, asentando en ellas su longitud y latitud y número de leguas; según el arte de la geografía, las provincias, mares, islas, ríos y montes, y otros lugares que se hayan de poner en pintura según las descripciones generales y particulares”, además debería enviar “a los Gobernadores una Memoria de las horas a que hayan de observar los eclipses de luna” y se les encargaba también que escribieran “con la mayor precisión y verdad que se pueda la historia de las costumbres, ritos y antigüedades de los indios, por las descripciones, historias y

identificado como miasma, malaria, emanación pútrida sería la causa última de las epidemias. Las sustancias invisibles tenían su origen en la putrefacción de la materia orgánica, o bien en el mismo cuerpo a lo largo de la vida diaria. Continúa diciendo que frecuentemente los miasmas se asociaron con zonas pantanosas y con la atmósfera urbana. El aire corrompido de las ciudades, con sus diversos focos de pestilencia –mercados, mataderos, cementerios y cloacas- era para la mayoría de los médicos, el caldo de cultivo ideal para todo tipo de efluvios malignos. Puesto que el ambiente contaminado de tales lugares causaba frecuentes dolencias, el aire debía ser malo y se denominó malaria.

Luis Urteaga. Las ideas medioambientales en el siglo XVIII. Naturaleza, clima y vegetación. Ediciones Akal, S. A., Madrid, 1997, serie historia de la ciencia y de la técnica, p. 16-17.

²⁰⁸ Esta definición aparece en el estudio introductorio que hace Francisco de la Maza a Enrico Martínez *Reportorio de los tiempos e historia Natural de Nueva España* Novum, México, 1991, p. xiii.

²⁰⁹ Henrico Martínez. El repotorio de los tiempos e historia natural de la Nueva España. Novum, México, 1991, tratado primero, capítulo VI, p. 10.

otras relaciones e averiguaciones que se enviaren al Consejo de Indias.²¹⁰

El cosmógrafo es, en otras palabras, un científico en todo la extensión del término, un especialista en el que confluyeron los conocimientos generados por las disciplinas conocidas, tan diversas éstas como la medicina, geografía, historia, tanto humana como natural, sin olvidar las matemáticas, cartografía y física aunque la filosofía no escapa a su entendimiento, desde luego sin dejar de lado la astrología.

Y como hombre de ciencia el cosmógrafo en la persona de Enrico Martínez se propuso hacer lo que faltaba, cubrir las carencias del conocimiento en este caso un *Reportorio* propio, es decir la obra que cubra esos vacíos que la novedad misma no podía atender ya que “los libros semejantes traídos de los Reinos de España a estas partes no convienen en muchas cosas con el meridiano y clima de esta tierra, ni todos conforman con el gusto y presuroso vivir de la gente de ella”, es decir de los novohispanos que habitaban ya desde hace cerca de un siglo estas tierras americanas, quizá por ello, Francisco de la Maza²¹¹ destaca que a principios del siglo XVII comienza, aunque débilmente, la conciencia de lo que hoy llamaríamos nacionalidad mexicana. Este *Reportorio* será ante todo una obra novohispana, al recoger datos elaborados en este territorio para la gente que habita el lugar, aparte de las correspondientes elaboradas en Europa.

La obra plantea uno de esos problemas que urge atender porque simplemente falta. Los nuevos momentos que respira esta sociedad permitirán imprimir su trabajo, con la salvedad de que por ser cosas del cielo, “no sería bien admitido, tenido ni estimado, porque a lo que la gente aspira, por lo que anda de continuo afligida y angustiada, sólo se halla en la tierra” es decir en el bien material.

El *Reportorio* de Martínez tiene su auténtico e inapreciable valor en el intento de “mexicanizar (digamos, a pesar del abuso evidente del término) las obras de Cosmografía europeas y adaptarlas para servicio de México.”²¹² Se puede decir que es la aplicación de una de las ciencias de mayor tradición en la historia del mundo occidental. Persiguió, según el propio deseo de Martínez, “enseñar, de que todo el mundo sepa, de que el estudio de las estrellas y las “cosas del cielo” eleven a la gente de su bajeza intelectual” y causó tal sensación, que no hubo autor del siglo XVII y aún del XVIII, que no lo considerara obra de

²¹⁰ En: Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco). UNAM, México, 1983. estudio preliminar Mercedes de la Garza y Ana Luisa Izquierdo, p. XIII.

²¹¹ Francisco de la Maza, Estudio introductorio... op. cit., p. xii.

²¹² Ídem, p. xv.

consulta, destacando el respeto a los astrólogos, en tanto encargados de hacer “lunarios y esferas para determinar las influencias adversas o favorables,” además de diagnosticar las enfermedades y “sus futuras mejorías o gravedades, según los signos de las astros”; igualmente procuró dar consejos para la salud y las siembras y prever los mejores tiempos para los negocios.

Sin embargo, a pesar de lo rico que es su *Reportorio* deja la añoranza de aquilatar a Martínez como filósofo o geógrafo o historiador. En el *Reportorio* sólo se conoce al astrólogo y, en una menor medida, al historiador natural.²¹³ El faltante es quizá un tratado de agricultura que menciona pero que no escribió; lo cita en breves pasajes quedando sólo en palabras el añorado estudio, ya que sugería la aplicación de los conceptos fundamentales de climas, posiciones del Sol y de la Luna para regular los ciclos agrícolas, etc.

Afrontó el problema del origen del hombre americano que en su tiempo seguramente fue todo un reto intelectual, tanto en el ámbito cristiano como en el netamente científico. El tema no puede dejar de ser mencionado por la forma tan estrecha y curiosa en que lo trata, de tal manera que es por tierra por donde debieron llegar y que sus partes "así las del norte como las del sur, deben de estar tan cerca de las otras tierras que se comunican y si hay estrechos o brazos de mar de por medio que se puedan pasar fácilmente, y el estrecho de *Anian* que dicen tener esta tierra por la parte del norte, es opinión de algunos, más no porque se sepa de cierto y cuando se halla, puede ser de modo que no impida el trato y comunicación de la gente entre ambas tierras."

Al respecto afirma que estuvo en la provincia llamada *Curlant* situada a cincuenta y seis grados de altura y cuarenta y cinco de longitud (sin indicar el meridiano base), tal sitio es territorio de los reyes de Polonia. *Curlant* "es poblada de una gente de la misma traza, color, condición y brío de los indios de esta Nueva España, excepto que son algo más corpulentos, como los Chichimecas, y el lenguaje que hablan es diferente del que usan las gentes de las otras provincias comarcanas a ella que cierto pone admiración ver aquella gente baja y sujeta siendo la gente de las provincias circunvecinas blanca, rubia y belico-

²¹³ Al respecto David C. Lindberg aborda las afecciones que la astrología ha tenido por parte de diversos estudiosos, pero reconoce que “la astrología medieval también tenía un lado intelectualmente serio, y no debemos permitir que nuestra actitud hacia ella se vea afectada por la escasa consideración de la que goza hoy. Los estudiosos medievales consideraban la teoría y la práctica astrológica con criterios de racionalidad medievales y por la evidencia contemporánea a la que tenían acceso. Y sólo haciendo lo mismo podemos esperar entender la importancia y la suerte cambiante de la astrología durante la Edad Media”. David C. Lindberg. Los inicios de la ciencia occidental... op.cit., p. 346.

sa, por donde imagino ser aquella gente y esta toda una, y lo que más me obliga a creerlo así, es ver que es mucha altura de polo que hay poca distancia de las partes de esta tierra a las de Asia y Europa, porque no hay ni con mucho tanta como las cartas de navegar demuestran”.²¹⁴

Para Francisco de la Maza el orden de los temas tratados en el *Reportorio* no fue casual. Comienza con una descripción aristotélica del universo como ente totalizador dentro del que existen y caben todos los fenómenos; desciende después bruscamente, para hablar de la Nueva España con la clara y decidida intención de ajustarla a una visión histórica completa, rotunda, dentro del universo, con su lógica sucesión de épocas: historia indígena, descubrimiento, conquista, descripción. Interpola después, diríamos, su tratado de astrología práctica, cotidiana, para remontarse otra vez, cerrando el círculo, a la *Relación de la Historia Universal* con que termina el libro. La concepción es pues: Universo, Mundo, Universo; o más bien: el Universo, su mundo, el Mundo.

Según De la Maza, quiere explicar o explicarse el fenómeno del mundo, tanto del Viejo como del Nuevo, pero colocando a este último de manera preponderante en la totalidad de la Creación. Su afán por el estudio de las cosas de Nueva España, su búsqueda de mejoras en su economía, de remedios para los males que la aquejan, su defensa, en fin, todo lo que atañe a su nueva patria, lleva como ideal tratar de conocer este pedazo de tierra que el destino dio a España; pero a la vez le recuerda la responsabilidad que tiene ante Dios, pues tiene que cuidar y fomentar el continente de su hallazgo, con la advertencia de que si no cumple su destino llevará el castigo de su negligencia. Entonces hay que prevenir y tener conciencia de la misión providencial que le tocó a la Madre Patria, pero ve y siente la historia desde América, no es ya un escrito para Europa, sino que es un intento por comenzar a entenderla. Así, para el año de 1530, iguala dos hechos tan diferentes como éstos: la coronación de Carlos V y una erupción del Popocatépetl.²¹⁵

El siguiente paso pertinente, es el acercamiento al ámbito en el cual vive Enrico Martínez. Comienza su tratado de astrología de manera común, es decir alimentado por su propia época e igualmente heredado, como ya se ha visto, de concepciones antiguas. Inicia con la descripción del esquema medieval: en el centro nuestro mundo, con forma esférica, rodeado a su vez de otras más. Distingue el mun-

²¹⁴ Enrico Martínez. *Reportorio*... op. cit., tratado segundo, capítulo VIII, p. 121.

²¹⁵ Francisco de la Maza, *Estudio introductorio*... op. cit., p.xxv.

do elemental y el celestial, sin presentar cambios sustanciales desde la antigüedad. Así toma el modelo y si bien para los inicios del siglo XVII estaban ya propuestos otros, por ejemplo, el del mismo Copérnico, es evidente que no los utilizó o simplemente no los conoció.

Con el fin de tener una idea más clara de este esquema, incluyo el portulano conocido como *La carta de Colón (1492-1500)*²¹⁶ (Figura 6) en el cual se muestra el modelo del mundo geocéntrico, destacando además, como un buen exponente de su época, las esferas octava y novena. En la octava se indican claramente los signos del zodiaco, que debieron jugar un papel importante tanto para Colón, como para sus contemporáneos, en la nona, está el mundo etéreo.

En relación con el mundo Enrico Martínez dice que “todo lo contenido dentro de la superficie suprema del *primer móvil*, que son lo cielos y los elementos, y es figurado en especie y forma globosa, perfectamente redonda” y “se imagina un punto que se dice centro”, que está rodeado de todas las cosas que esta universal máquina del mundo en sí contiene”. Explica que “cuando la cosa es más ligera y rara está más apartada de él, y cuanto es más grave y densa, tanto más se le acerca”; de aquí “se infiere ser la parte más pesada y corpulenta de esta divina fábrica de tierra, pues en ella se incluye el dicho centro, y la parte más ligera la dicha Séptima Esfera, la cual en raridad, curso y ligereza, excede a todos los cuerpos creados”.²¹⁷ Como buen sabio cristiano, está convencido de que “Dios crea al cielo y al mundo de la nada”, pues es omnipotente y omnipresente.

Conocedor de las obras de los gentiles, que no son otros que los antiguos pensadores clásicos, debatió con razón y fe sus argumentos que en muchas ocasiones no se ajustaron a los requerimientos del catolicismo, pues el mundo creado de la nada y por siempre, pareció simplemente imposible.²¹⁸ Su conocimiento de los postulados cristianos le dictaron que si bien “los filósofos católicos conceden cierta verdad al hecho de que de nada, nada se hace”, es la omnipotencia Divina la que finalmente se impone y que “puede hacer todas las

²¹⁶ Kenneth Nebenzahl. Atlas of Columbus and the great discoveries. Rand McNally, Chicago, New York, San Francisco, 1990, p. 22-23.

²¹⁷ Enrico Martínez. Reportorio...op. cit., tratado primero, capítulo I, p. 3.

²¹⁸ Aristóteles menciona, por ejemplo, que “todos dicen que el universo ha sido engendrado, pero unos dicen que, una vez engendrado, es eterno, otros que corruptible, como cualquier otra de las cosas compuestas, otros dicen que es, alternativamente, de este modo y, al corromperse, de este otro, y que este (proceso) perdura siempre así...pues bien, afirmar que, por un lado, ha sido engendrado y que sin embargo es eterno, pertenece a las cosas imposibles. Pues, lógicamente, sólo hay que sostener aquellas cosas que vemos darse en la mayoría o en la totalidad de los casos; con esto, en cambio, ocurre lo contrario: pues todas las cosas engendradas parecen ser también corruptibles” Aristóteles Acerca del cielo Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1996, introducción y notas de Miguel Candel, p. 89.

cosas de nada sin precedencia de materia alguna y no nos admiramos de que Platón o Aristóteles buscasen la creación del mundo dentro de los límites de la naturaleza porque no conocieron a Dios ni su infinito poder”.²¹⁹

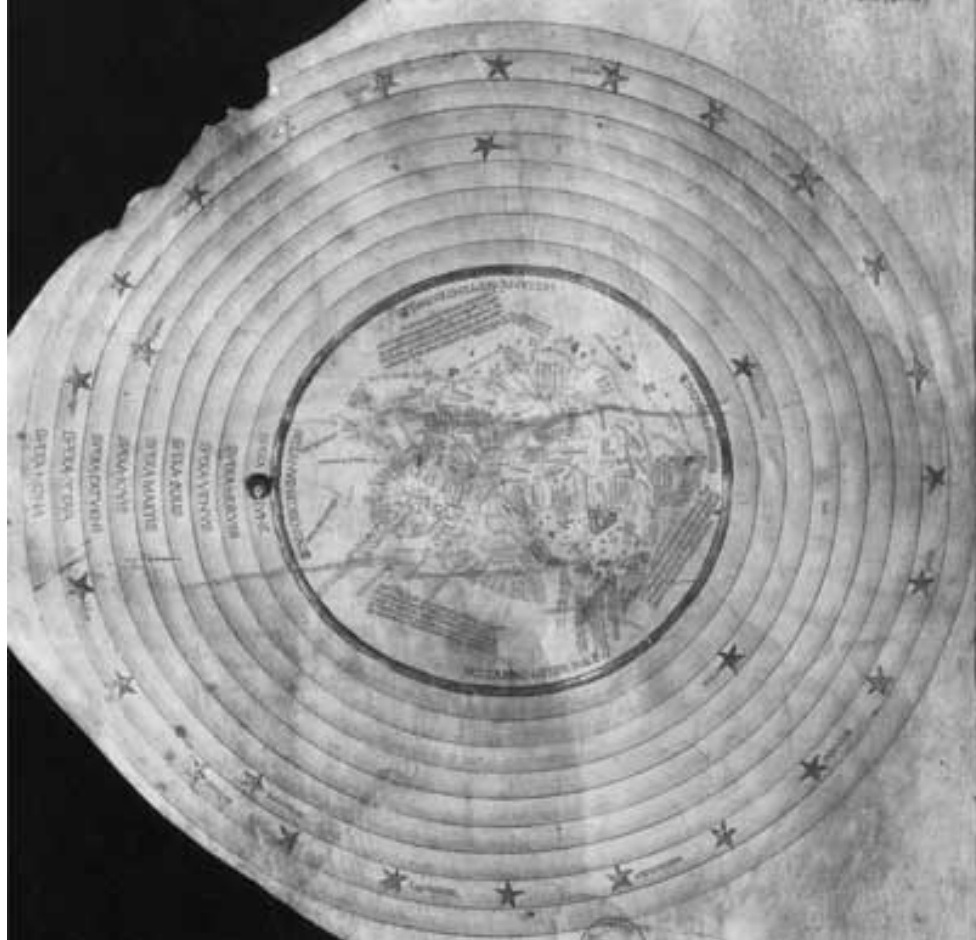


Figura 6. Mapa atribuido a Cristóbal Colón; en él se indica tanto el plano terrestre como las esferas en las que se divide el universo.

Crea todo con orden y todo es digno de admiración; el mundo creado “es útil y necesario a la perfección y hermosura del universo mundo”, pero debe ser valorado por alguien que a la postre es el hombre, el ser, si acaso casi perfecto, “un epílogo y abreviatura en quien concurren todas las cosas creadas,” producido para admirar y utilizar la Magna Obra. Es en esa creación, en el hombre, donde confluye el modelo universal, pues “en el entendimiento se asemeja a los Ángeles, en el corazón al Sol, en el cerebro a la Luna, en el bazo a Saturno,

²¹⁹ Enrico Martínez, Reportorio...op. cit., tratado primero, capítulo II, p. 4.

en el hígado a Júpiter, en la hiel a Marte y en otras facultades a los demás planetas; en los humores a los elementos, en el sentir a los animales y en el creer a las plantas; por lo cual algunos filósofos le llamaron Mundo Abreviado.²²⁰

Además se habla de un mundo creado por Dios con su infinito poder y sabiduría, y en ella todo tiene un papel en sí mismo y una relación con los otros objetos. Es un sistema en el que todo está en relación con todo. Martínez menciona que la Gran Máquina del Mundo es semejante a una persona, en la cual no hay miembro que sobre o que sea inútil; en esto radica la perfección, a manera de un engranaje, la estrecha interdependencia es condición necesaria para la conservación de la vida. Está consciente que “así en el cielo no hay parte ni estrella por mínima que sea que no tenga su particular virtud e influencia, conveniente y necesaria para la perfección y permanencia de todo el cuerpo del mundo”, enfatiza que “cada una de las constelaciones, planetas y partes del cielo, miembro o parte de este gran cuerpo del mundo, y cada una de ellas obra de tal manera que el primero y principal intento que por naturaleza tienen va más enderezado y guiado al servicio y perfección del todo el Mundo como a fin universal, que al suyo propio” y resalta que “de la permanencia del todo depende el ser de las partes” describe ese cosmos, ese orden en el que “cada cual de ellas comunica su virtud a estas cosas inferiores por medio de movimiento, luz e influencia, siendo toda la máquina celeste ordenada por el infinito sabio y Divino arquitecto para la producción de todos los efectos naturales que vemos y para la continua generación y corrupción de las cosas elementadas”.²²¹

Tanto en el hombre como en el universo, por mínima que sea la parte, todo es útil, todo tiene una función, “una particular virtud e influencia, conveniente para la perfección y permanencia de todo el cuerpo del mundo”.

Existe en el pensamiento de Martínez una añoranza por la perfección y permanencia. La primera se presenta en esa unidad del todo, en la precisa integración de las partes, en la influencia que posee el más mínimo componente de esa Máquina del Mundo en relación con los otros miembros del sistema; ninguna parte falla y, por el contrario, todo tiene que desempeñar un papel; las constelaciones o las estrellas son protagonistas en esta obra trascendental, lo mismo que los vegetales y los animales, pues al fin y todos integran al Mundo.

²²⁰ Ídem, tratado primero, capítulo III, p.5.

²²¹ Ídem, tratado primero, capítulo IV, p.6.

Por su parte, la permanencia está dada por el movimiento, luz y la influencia del cielo. Es aquí en donde la Tierra se convierte en un receptáculo que recibe influencias de cada una de esas partes, mismas que se dejan apreciar en los elementos y “cosas elementadas”. El cielo causa “la mudanza de los tiempos, la diversidad de los años, pestilencias, inundaciones, temblores de tierra, y en otras cosas semejantes”, es de donde emanan las exhalaciones que mueven al aire y causan igualmente los temperamentos en los años, en tanto que no se repiten, pues la variedad está presente en ellos; “ordenó su divina Majestad que la masa de los cuatro elementos de que son formados todos los cuerpos que hay debajo de la Luna no pudiese producir de suyo cosa alguna, sino mediante el movimiento, luz e influencia del cielo, el cual, como padre universal, penetra con su calor vivífico la superficie de la madre tierra y renueva en ella la generación de las plantas. Incita también a los animales, a la generación de las plantas, y en fin es causa de todo movimiento natural”.²²²

La corrupción del aire es causada por “el concurso y ayuntamiento de planetas y estrellas” y cuando esta virtud se congrega en exceso “fortifica alguna de las cuatro calidades” causando destemplanza en los elementos y “cosas elementadas”, y de ello resultan las enfermedades. Lo mismo pasa con las inundaciones pues provienen de dicha destemplanza con su respectiva permisión divina.

Si bien el movimiento, luz, e influencia de los cielos causan los sucesos naturales de la región elemental, la astrología, aunque “ciencia cierta y verdadera,” no puede pronosticar con certeza los sucesos, pues la “divina providencia fue servida de ordenarlo así, para que el hombre no tuviese noticia cierta de casos venideros, dejando la certidumbre de ellos reservada para sí o para quien su divina majestad fuere servido revelar”.²²³

También reconoce la influencia de cada uno de los planetas y de cada uno recoge rasgos muy particulares que producen cierta influencia en la vida, pero enfatiza que con la ayuda de Dios esta influencia nunca es determinante, pues el hombre está provisto de “la fortaleza del libre albedrío,” es decir “ninguna cosa creada es bastante a forzarle si no quiere”, y “ningún agente natural se puede llamar absolutamente bueno ni malo, porque lo que es dañoso para una cosa es provechoso para otra, y así es estimado de cada uno según los efectos que le causa o ve causar en otro.”²²⁴

²²² Ídem, tratado primero, capítulo V, p. 8.

²²³ Ídem, tratado primero, capítulo VI, p. 11.

²²⁴ Ídem, tratado primero, capítulo XXXIX, p. 40.

Los nacidos bajo la influencia de la Luna suelen ser hombres blancos entrerubios, tienen el rostro redondo y hermoso, con algunas pintas, los ojos medianos y algo negros; las cejas juntas; suelen ser de más que de mediana estatura. Predomina en ellos el humor flemático; no se determina a qué sean naturalmente inclinados, porque esto suele ser según la calidad del planeta con quien la Luna se junta al tiempo de la concepción y natividad, aunque en general suelen ser flojos y para poco.

Por su parte, Mercurio es planeta de convertible naturaleza y de esta forma causa diversos efectos en las cosas de este mundo, tanto en el temperamento del aire como en los ingenios de los hombres. Los nacidos bajo la influencia de este planeta comúnmente son de mediana estatura, de pocas carnes, la frente ancha y elevada, el rostro algo largo y aguileño, la nariz larga y afilada, los ojos pequeños y hermosos y algo negros, la barba rala y negra, los labios sutiles, los cabellos extendidos y ensortijados, los dedos de las manos largos; suele predominar en ellos la cólera templadamente. Tienen ingenio acomodado para cualquier ciencia y, asimismo, para el trato de la mercancía y las que se dan por oficios manuales. Suelen apetecer aquellos que requieren buena imaginativa, como son pintor, escultor, platero y otros semejantes.

A Venus se le identifica con la diosa del amor, dando a entender con esto que su benigna influencia es acomodada para la propagación y conservación de todas las cosas naturales. Los de naturaleza venusiana son de cuerpo bien proporcionado, de medianas carnes; los cabellos espesos, blandos y algo crespos, los ojos alegres y vagarosos; mirar blando y agradable, el rostro redondo, carnoso y de buen color, con algún lunar en él.

Por su parte los nacidos bajo la influencia del Sol son personas fuertes y bien dispuestas, blancas y algo trigueñas, alegres y hermosas de rostro, medianos ojos, vista aguda, cabeza grande, cabellos sutiles, cejas juntas, nariz bien proporcionada, boca mediana y labios un poco gruesos. Su cuello es redondo, cuerpo derecho y bien formado. Los hombres que nacen bajo su dominio son naturalmente muy graves, honestos, generosos y prudentes, ambiciosos de honra y de ser señalados en sus cosas. No son aptos para las cosas manuales, aspiran siempre a grandeza, cada cual según su estado y los que se aplican a la medicina suelen ser buenos médicos y bien afortunados.

Marte causa en el aire vientos destemplados y tiempo enfermo y por eso es llamado de los astrólogos infortuna menor. Los hombres marciales son de mediana estatura, rostro grande y feo, color encendido, con alguna señal y granos colorados en él, cabellos algo crespos, ojos pequeños y la mayor parte de las veces encarnizados, mirar agu-

do y espantoso, nariz grande, dientes grandes y tuertos. La barba con pocos pelos en ella, cuello largo, cuerpo algo encorvado, pecho angosto y velloso, voz gruesa y desapacible y echan grandes pasos al andar; suelen los de la naturaleza de Marte ser inclinados a la soldadesca y en los oficios se acomodan bien a los que se hacen con fuego, como son herrero, cerrajero y otros semejantes.

Júpiter tiene dominio en el segundo clima, su día es el jueves, la hora la primera y la octava. La Influencia de este planeta está en el calor, en la humedad templada y, como con estas calidades todos los vegetales van en aumento y sean tan necesarias a la propagación del género humano, le llaman planeta benigno y, los astrólogos, fortuna mayor. Las personas joviales son de buena estatura, de moderadas carnes, suelen tener el rostro de color entre blanco y rubio, barba crespa y hendida, color taheña, narices pequeñas, ojos medianos y hermosos, cabeza bien proporcionada, cabellos blandos, los dos dientes delanteros mayores que los otros, suelen tener el andar grave y sosegado. Su ánimo es naturalmente grande y aspiran a cosas honrosas, y pocas veces se ocupan en oficios mecánicos, antes procuran de entender en mayores negocios de lo que piden sus fuerzas. Suelen ser buenos jueces, inclinados a administrar justicia y hacer bien a todos y son inclinados a la religión.

Los nacidos bajo el cielo de Saturno tienen comúnmente el rostro grande y feo, ojos medianos e inclinados a la tierra, narices gruesas y grandes, cejas juntas, rostro aplomado, cabellos negros, duros y ásperos; dientes mal proporcionados y pocas barbas; suelen ser nerviosos, enjuto de carne y no muy limpios e inclinados naturalmente a la agricultura y cosas del campo y también a edificios y cosas semejantes.

Lo importante en la astrología es conocer el ascendente, ya que marca “la inclinación y afecto particular en el hombre,” pero es el tiempo el que indica la excepción. Como buen estudioso de la disciplina, Martínez habla de dos principios para encontrar el ascendente, el primero es cuando se engendra y el segundo cuando nace y, de acuerdo con su explicación, los humores están delineados por el tiempo. La superioridad de algún humor, marca la fisonomía, complexión y condición de los hijos “de lo dicho se colige que el hombre recibe su natural complexión y temperamento al tiempo de su concepción, y según se va el cuerpo poco a poco organizando”. Y así

todas las veces que predomina moderadamente en los elementos alguna calidad semejante a la complexión de la tal criatura, le aprovecha y ayuda en su nutrimento, porque las cosas semejantes se aman y ayudan con natural inclinación, y no sólo le ayuda entonces, más también el segundo principio, que es cuando el hombre nace, suele ordinariamente suce-

der cuando el concurso de los astros influye en estas cosas inferiores calidades en alguna manera conformes a su temperamento y complexión; porque cuando la naturaleza de la criatura es ayudada cobra vigor y fuerza y procura entonces la salida.²²⁵

De esta forma los naturales de la Nueva España son flemáticos y sanguíneos, “y siendo esta la calidad natural de ellos es cosa llana que recibirán detrimento todas las veces que vieren algún concurso de astros que influyen en los elementos y cosas elementadas calidades contrarias y opuestas a las de la complexión de ellos”, La influencia del planeta Saturno, manifestada por la frialdad y sequedad, y la de Marte, calor y sequedad, y la fuerza de estos dos planetas se aumenta en el signo de Capricornio por ser causa del uno y del otro exaltación, de suerte que la conjunción de estos planetas en el signo de Capricornio influye cólera y melancolía con fuerza extraordinaria. Además, por estas razones predomina en ellos la humedad “porque la sangre procede de calor y humedad, y la flema de frialdad y humedad, pues en la conjunción de Saturno y Marte en el signo de Capricornio prevalece la sequedad porque la calidad pasiva del signo y la de estos dos planetas es conforme, y la virtud unida, según Aristóteles, se fortifica. Síguese de esto que la conjunción de estos dos planetas en la triplicidad ígnea y terrestre causa sequedad interiormente en las gentes sujetas al signo en que se hace la tal conjunción”.²²⁶

En el libro se encuentran recomendaciones que un astrólogo debe considerar en diferentes situaciones, lo mismo una enfermedad que un diagnóstico para las ciudades en tanto obras humanas. Basado en el doctor, matemático y astrólogo licenciado Diego Pérez de Mesa, escribe acerca de las reglas de astrología para saber “si una enfermedad es peligrosa o no, para lo cual se ha de fabricar una figura celeste por el modo ordinario, según la elevación del polo y la postura del cielo al principio de la enfermedad”. De acuerdo con Martínez “si el señor de la primera casa estuviere debajo de los rayos del Sol denota grave y peligrosa enfermedad” y “si la Luna se apartare de algún aspecto del señor de la primera casa y luego inmediatamente se aplicare al señor de la octava por conjunción o cualquier aspecto, es señal de muerte” y también si “el signo de León o el de Tauro en la cuarta casa, si la Luna estuviere en él”; lo mismo sucederá “si en el principio de la enfermedad estuviere la Luna en Libra en conjunción de Saturno o Marte”.²²⁷

Y en el plano médico-astrológico sigue los consejos de Plinio, Hipócrates y Galeno. Citando al primero, dice que “cuando uno está

²²⁵ Ídem, tratado primero, capítulo XIII, p. 18-19.

²²⁶ Ídem, tratado tercero, capítulo I, p. 164.

²²⁷ Ídem, tratado cuarto, capítulo IV, p. 205.

muy malo de algún mal furioso y frenético, si vieren el tal enfermo alegrarse y dar grandes risadas de súbito, es señal que morirá presto” lo mismo que “cuando una persona está mal de algún humor melancólico, que se conoce cuando de huelga de estar a solas y en lo oscuro, triste y callando, que si el tal enfermo se pone a mirar de hito en hito, es evidente señal que morirá presto”. En otro caso, “a los que pasan de sesenta y dos años, si les viniere alguna hambre canina apeteciendo comer a menudo, es señal de muerte”, o cuando “la mujer en el parto bosteza, es señal que corre peligro de la vida.” Desde luego que en el niño no escapan señales funestas particularmente “es muy honesto y discreto, más de lo que su edad pide, teniendo devociones, preguntas y respuestas que parecen más de persona de edad proveya que de niño a estos tales lo suele llevar Dios para sí”.²²⁸

Y así como los hombres al nacer adquieren humores que definen ciertos rasgos, o tal o cual conjunción de planetas y constelaciones conjugados con específicos síntomas es señal de muerte, las ciudades están igualmente marcadas por el ascendente, que en este caso lo define el tiempo en el que se pone la primera piedra en el cimiento, hecho inicial en el que el signo sube por el horizonte lo que la convertirá en el dominio sobre la ciudad; “y aunque esta razón no es evidente, tiene alguna apariencia de verdad, y mientras no se halle otra más eficaz se admite, porque en fin las ciudades son fábricas humanas que tienen principio temporal”. Aunque conviene “notar el sitio y calidad del lugar donde uno se halla, porque habiendo en estas partes tanta diversidad de templos, como hay en poco distrito, es imposible que una misma causa natural haga igual efecto en todas partes”.²²⁹

Al respecto de la ciudad de México, “riñón de la Nueva España”, menciona que cae en el fin del primer clima y principio del segundo, además de que, al momento de su fundación

Se hallaba el planeta Venus casi en el medio cielo en el meridiano de México, teniendo dominio principal en la décima casa, y dignidad esencial en el ascendente, que son los ángulos principales, y también porque Tauro, signo vertical de esta región, es casa diurna de Venus, parece ser este el planeta que con más fuerza influye sus calidades en esta tierra, con participación del sol, por haberse hallado cuando comenzó (a) alumbrar el mundo, según algunos autores en casa de Venus, y pasar también su signo por los puntos verticales de esta región, y así parece que el planeta en este reino es Venus con participación del Sol.²³⁰

Para él la Nueva España implicó un extenso territorio con diversidad de templos, tanto los fríos como los calientes, que según Martínez, suceden por “la fuerza del calor que predomina sobre la haz o

²²⁸ Ídem, tratado cuarto, capítulo I, p. 206.

²²⁹ Ídem, tratado primero, capítulo XI, p. 42.

²³⁰ Ídem, tratado tercero, capítulo III, p. 165.

superficie de la tierra, y el fuerte e intenso frío de la media región del aire... Y esto se ve por experiencia en los volcanes y tierras altas que por acercarse mucho a la media región, y al contrario los valles, las tierras hondas y abrigadas, por estar muy apartadas de la media región, son de continuo cálidas. Y otras tierras que no están muy altas ni muy bajas participan del calor y frío igualmente, y estas se llaman templadas”.

Ese extenso territorio con su diversidad de temples se reduce en su estudio a esporádicas, sino es que nulas alusiones a otras ciudades que no sean la de México; el riñón novohispano ocupa toda su atención quizá porque era su espacio, su mundo. Para ubicarla toma la autoridad de Juan Sacrobosco y dice que toda está dentro de la tórrida zona y lo principal de ella con la ciudad de México cae en el fin del primer clima y principio del segundo.

Por último, concibe al espacio novohispano, conocido también en las palabras del autor, en la cuarta parte del mundo y es grande y espacioso con las mejores tierras para vivir, “según lo que hasta ahora se sabe” que “es la que está dentro de los trópicos, bien contrario de lo que los antiguos acerca de esto imaginaron, llamando las tales partes Tórrida Zona, entendiendo ser por la mucho calor del sol inhabitables, más considerando bien la razón en la que se fundaban, no merece culpa”.²³¹

La obra de Enrico Martínez es parte fundamental para entender la presencia de la astrología en la historia de las ideas. Los planetas y las estrellas jugaron un papel a lo largo del tiempo y la astrología supo conjugar la religión pagana y la ciencia que se iba creando paulatinamente; moría poco a poco la primera y se fortalecía en la misma proporción la segunda.

Como tratado de astrología el *Repertorio* fue escrito por un destacado matemático y cada página del texto integra todo un acervo de conocimientos que si bien deberán ser actualizados, lo harán partiendo siempre de la base que expone el sabio alemán.

²³¹ Ídem, tratado segundo, capítulo VII, p, 120.

V. JOSÉ DE ACOSTA Y LA FILOSOFÍA SOBRE NATURALEZA AMERICANA

Los aportes del padre Acosta a la ciencia moderna

La Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios²³² es un compendio que recoge el estudio de las dos partes que menciona con dicho título, (“la naturaleza y la historia; el mundo físico y biológico y el mundo humano o moral”,²³³) del entorno americano. Esta obra resulta no sólo de la propia estancia del jesuita en tierras americanas, misma que se extendió desde 1571 hasta 1587, lapso en el que camina con intensidad las rutas que componen al Perú ocupando diferentes puestos tanto de la Compañía de Jesús, a la que él mismo pertenece, como teólogo²³⁴ en el Tercer Concilio Provincial Limense²³⁵ o como evangelizador de tierras y pueblos americanos y que a la postre le permitirá plasmar con su pluma reflexiones sumamente agudas sobre las implicaciones del continente americano en la cosmovisión occidental.

A su fructífera estancia también debe agregarse su lucidez e inteligencia innata, manifiestas prácticamente desde su adolescencia en la que escribe sendas obras que destacan su inclinación prácticamente humanista. Es conocido que tan sólo con 15 años de edad escribe “una comedia de Navidad, un auto sobre la historia de José, y de la tragedia de Jefe”.²³⁶

Su enorme capacidad intelectual le permitió también desarrollar una labor diplomática igualmente intensa y fructífera, gozando de la

²³² La edición que utilizo para este trabajo es la preparada por Edmundo O’Gorman. Fondo de Cultura Económica, 2a. Edición, México, 1985 (Biblioteca americana, 38. Serie cronistas de Indias).

²³³ Ídem, p. XXXVI.

²³⁴ En cuanto a su trayectoria como teólogo puede consultarse el artículo León Lopetegui Notas sobre la actividad teológica del P. José de Acosta. En: *Gregorianum* Vol. 21, año 21, Roma, 1940, pp. 527- 563.

²³⁵ Al respecto véase el apéndice primero que realiza el doctor Edmundo O’Gorman, “Datos Biográficos”, en Historia natural y moral de las Indias...Ídem, p. LVII-LVIII.

²³⁶ Biblioteca de autores españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Obras del P. José de Acosta de la Compañía de Jesús. Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos, Madrid, 1954, p. VIII.

confianza de Felipe II para llevar a cabo labores en Roma y traer a su propio molino buenos dividendos.²³⁷

Por otro lado, la tarea de convertir a la fe cristiana a los gentiles americanos planteaba “casos morales de conquistadores y encomenderos y sobre el método que habrían de seguir en la evangelización” de tal forma que en el caso de los jesuitas, y como fondo la trayectoria del padre Acosta, era necesario el envío de este tipo de frailes con el único fin de “establecer sólidamente la Compañía de Jesús y lanzarla a la empresa espiritual que allí la había llevado: la conversión de los indios”.²³⁸

La experiencia adquirida en el Perú lo faculta para emitir juicios sobre los métodos que se deberían de usar en la evangelización de China. Al respecto, el padre Francisco Mateos refiere las críticas que hace Acosta a los que intentaron abrir las puertas de este país con “llevar un reloj europeo al emperador,” en alusión a los padres, “primitivos jesuitas”, como serían los PP. Ruggieri y Ricci. Acosta pensó que para someter a tan gran nación a los preceptos del catolicismo era preferible optar por el método empleado en los pueblos americanos: “la cruz y la espada unidas en estrecha armonía”.²³⁹

Los problemas en los cuales interviene el padre Acosta son múltiples como también lo es el abanico que abre con diversos planteamientos que recoge la ciencia moderna. Actualmente su obra es reclamada por los modernos etnólogos, geógrafos o historiadores, en fin por todo aquel interesado en el estudio de la ciencia natural y humana.

Su *Historia Natural y Moral de las Indias* fue escrita en romance y es “fruto de su admiración de la naturaleza americana y su interés por las culturas indígenas”. Puede decirse que son dos textos, la historia natural y la historia moral, esto lo retomo del texto del padre Mateos, porque “hay un lazo secreto por engloba, de fondo misionero, que las une a ambas, y es que lo natural sirva de preparación al evangelio, y el conocimiento de la naturaleza y los hombres de Indias haga más eficaz el ministerio apostólico”.²⁴⁰

Edmundo O’Gorman, en su prólogo a una de las ediciones de esta obra,²⁴¹ considera estos dos mundos diferentes, por lo que puede

²³⁷ Sobre el tema en particular puede ser consultado Miguel de la Pinta Llorente. Actividades diplomáticas del P. José de Acosta. En torno a una política y a un sentimiento religioso. Consejo de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, Escuela de Historia Moderna, Madrid, 1952.

²³⁸ Ídem, p. X.

²³⁹ Ídem, p. XIX.

²⁴⁰ Biblioteca de autores españoles... op, cit, p. XXXVIII.

²⁴¹ Joseph de Acosta. Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables

llamarse “la esfera de lo natural y la esfera de lo moral”. Destaca que el mundo natural abraza un gran campo de la realidad tratado en un número de ciencias como las físico-matemáticas, químicas, geográficas, astronómicas, la biología, la botánica y la zoología. Lo moral abraza una realidad igualmente vasta con las ciencias históricas como pueda ser la prehistoria, la arqueología, la mitología, la historia propiamente dicha.

El libro descansa sobre conceptos y elementos básicos y su orden es altamente significativo, esto es historia natural e historia moral, porque acusa un primer término en el plano estructural. En tal sentido, el mismo O’Gorman plantea la existencia de una relación que va de lo general a lo particular. En el inicio se enfrentan problemas que objetivizan a la Tierra en el Cosmos, hasta los problemas específicos referidos a las cosas inanimadas y animadas que existen sobre la misma. Dicho orden sugiere “una escala lógica que supone una visión unitaria, fundamental, y a la vez, se sugiere una concepción jerárquica del universo”.²⁴²

En este contexto, Acosta supo apreciar la naturaleza americana por sí misma, distinguiéndola de los aspectos naturales y morales que regían en Europa. Como cristiano y doctor de la iglesia, la reacción ante el sacrificio humano fue normal, tal como lo hicieron todos los frailes que tuvieron noticia de tal manifestación religiosa de las culturas americanas. Pero también supo explicar el problema del origen del hombre de estas tierras por medio de los senderos del raciocinio. Expuso con perfecta armonía los diferentes argumentos, particularmente en el marco de la tradición judeo-cristiana, y con perfecta lógica llegó a notables conclusiones.

Fue también un estudioso y conocedor de las letras grecolatinas, de hecho sus fuentes son las autoridades que la Edad Media le hereda y a las cuales, por mera tradición y por ser su sustento teórico primordial, no podía renunciar; son sus bases y de ellas partió, pero igualmente puso los pilares para otras nuevas, al resultar aquellas obsoletas ante lo que sus ojos contemplaron en el Nuevo Mundo.

Es conocedor de Plinio, Aristóteles, San Agustín y, como tal, los usa para explicar la naturaleza del Perú o la de México, pero en más de una ocasión los argumentos que le aportan no son del todo satisfactorios y ante tal carencia, que a la postre resultará ser su gran mérito

del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios. Edición preparada por Edmundo O’Gorman. Fondo de Cultura Económica, 2a. Edición, México, 1985. (Biblioteca americana, 38. Serie cronistas de Indias) pp. CVIII-CIX

²⁴² Ídem, p. CXIV.

to, crea un nuevo marco conceptual basado en la inducción del pensamiento, quizá en la especulación, pero separado finamente de la difusa línea que dividió por bastante tiempo al mundo científico del religioso. Su inteligencia le permitió acumular conocimientos de distinta índole, pues lo mismo supo manejar la teología que la filosofía natural, el “extraordinario acervo de conocimientos científicos que acumuló, supo exponerlo de modo armónico y elegante” en su *Historia Natural y Moral*. El padre Acosta es sin duda un

Ilustre cosmógrafo, gran naturalista, no sólo observador que acumula y cataloga datos, sino pensador profundo que sobre ellos sabe elevarse en alas del pensamiento filosófico a la determinación de las causas, hasta coordinar los fenómenos y reducirlos a la unidad científica, que le han merecido con razón el título de fundador de la Física del Globo.²⁴³

El mismo padre Mateos al destacar su “espíritu de observación y su instinto científico” explica que el jesuita presintió “por puro raciocinio y razones de analogía la existencia del continente australiano... la unión o proximidad del antiguo y nuevo continente, no a través de la imaginaria Atlántida de Platón, sino por el estrecho de Behring, por donde pudiesen pasar hombres y tal vez animales.”

Francisco Esteve Barba,²⁴⁴ destaca el mérito del jesuita al indicar que no le interesa hablar de los hechos de los castellanos ni de la labor de los evangelizadores, porque, según José Alcina Franch,²⁴⁵ su afán es buscar, cuestionar y criticar cualquier teoría previamente establecida pese a la supuesta autoridad de quien la sustentase, y es su propio razonamiento lógico que lo lleva a plantear hipótesis que con el tiempo se habrán de confirmar.

Se debe recordar que el propio Acosta, en su Proemio, destaca que si bien se han escrito varias obras sobre “el nuevo mundo e Indias Occidentales” en las que se plasman noticias “nuevas y extrañas”, hasta ahora

no he visto autor que trate de *declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza*, ni que haga discurso o inquisición en esta parte; ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios antiguos y naturales habitantes del nuevo orbe.²⁴⁶

Este párrafo no hace sino describir al propio Acosta y a su obra, destaco en letras cursivas lo que representa la parte medular de su estudio al enfrentar la novedad y extrañezas de la tierra americana con la razón, y no con la mera descripción. El uso de la “razón” para

²⁴³ Biblioteca de autores españoles... op, cit, p. XXXVIII, 1954.

²⁴⁴ Francisco Esteve Barba. *Historiografía Indiana*. 2ª. Edición, Gredos, Madrid, 1992, p. 116.

²⁴⁵ José Alcina Franch. edición, introducción y notas a José de Acosta *Historia Natural y Moral de las Indias*. Historia 16, Madrid, 1987, p. 31.

²⁴⁶ José de Acosta. *Historia natural y moral*... op. cit., proemio al lector, p. 13.

explicar lo que se posa ante sus ojos implica, desde luego, toda una gama de argumentos que le brindan las autoridades grecolatinas y medievales que por fuerza tiene que usar, pero que también se precisa a cuestionar al momento en el que su experiencia le dicta que la realidad es distinta a lo que dichas autoridades escribieron.

“Declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza” es en donde radica, según Enrique Álvarez López, la originalidad y trascendencia de la obra de Acosta, no es “simplemente un zoólogo o un botánico en el sentido habitual que suele darse a estas denominaciones; el puesto preclaro de fundador de la cosmografía moderna que le asigna Humboldt no es bastante tampoco para dar idea completa y acabada de su labor: Acosta es, ante todo, un filósofo de la naturaleza”.²⁴⁷

Esteve Barba destaca el “método riguroso, ceñido, sistemático, tan poco frecuente en los autores de su tiempo”. Lo compara con Oviedo y dice que el jesuita lo aventaja en la amplia concepción e interpretación de los hechos

En la obra de Oviedo esta implícita la idea de que la Naturaleza es un milagro permanente, expresión de la voluntad de Dios para cada uno de los seres: Dios es creador omnipotente y todas las cosas le son posibles. Oviedo no conoce ley alguna que rija las creaciones de Dios, pero Acosta busca esa ley, intenta sorprenderla, no se contenta con investigar simplemente...hay cosas que él quiere buscar hasta sus últimas consecuencias... y ha redactado su Historia basando la razón en la experiencia, nunca haciendo preceder a la experiencia la razón.²⁴⁸

En el trabajo de Álvarez López, que al parecer sirve de base para el apartado que Esteve Barba le dedica en su *Historiografía* al insigne jesuita, se trata también de las similitudes entre el propio Oviedo y Acosta, e incluso lo distingue de lo que propone el propio Bartolomé de las Casas.

Respecto al obispo de Chiapas,²⁴⁹ lo distingue porque su postura es ante todo apologética “que antepone a todo la exaltación con que su caridad ardiente ve las virtudes y perfecciones de los aborígenes”. Entre Oviedo y Acosta destaca que

El punto de partida para los dos es el mismo: la honda crisis en que la filosofía natural y la ciencia de los antiguos quedan sumergidas ante el descubrimiento del continente americano; los hallazgos que se suceden a partir de la primera expedición colombina son suficientes para trastornar gran parte de los cimientos de una ciencia ligada por los antiguos al mundo medieval bajo la apariencia de un esquema inmovible y con ello la negación del

²⁴⁷ Enrique Álvarez López. “La filosofía natural en el padre José de Acosta”. En: Revista de Indias editada por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Enero-marzo, año IV, num. 11, 1943. p. 307.

²⁴⁸ Francisco Esteve Barba... op. cit. p. 118.

²⁴⁹ Enrique Álvarez López... op. cit. P. 307.

valor de esa autoridad ilimitada y sin el contraste de la verificación y de la crítica que la Edad Media había venido otorgando a los grandes filósofos de la antigüedad.²⁵⁰

En Oviedo, según el análisis de Álvarez López, el mundo no es la obra de un Logos; por el contrario, la naturaleza resulta de un interminable milagro, no hay ley en ella, o si existe no es alcanzable al hombre. En la naturaleza hay seres contradictorios, monstruos, porque estas y otras cosas son posibles a la omnipotencia creadora. En cambio, en Acosta el curso del acontecer está gobernado por causas, no sólo naturales, cuyo conocimiento es asequible, sin duda a la razón humana. Este nuevo racionalismo está lejos de los argumentos formales y rígidos del sistema del mundo escolástico-aristotélico; la impugnación de la autoridad de los antiguos se basa en que la razón tiene sus límites.

Acosta impone su racionalismo ante la naturaleza americana, pero se enfrenta con una carencia total de argumentos que puedan facilitarle su tarea, por lo que él mismo tiene que elaborarlos. Ante el racionalismo que aplica para explicar la naturaleza americana y su inserción en el pensamiento occidental, cabe preguntar cuál es el papel divino en su planteamiento, porque es un hecho que no puede negarlo; el Dios creador está vigente en él pero no contradice su afán racionalista, este dilema lo trata en los siguientes términos:

Cierto no es de pensar que hubo otra arca de Noé en que aportasen hombres a Indias: ni mucho menos que algún ángel trajese colgados por el cabello, como el profeta Abacuch, a los primeros pobladores de este mundo. Porque no se trata qué es lo que pudo hacer Dios, sino qué es conforme a razón y al orden y estilo de las cosas humanas. Y así se deben en verdad tener por maravillosas, y propias de los secretos de Dios ambas cosas: una que haya podido pasar el género humano tan gran inmensidad de mares y tierras; otra, que habiendo tan innumerables gentes acá, estuviesen ocultas a los nuestros tantos siglos. Porque, pregunto yo, ¿con qué pensamiento, con qué industria, con qué fuerza pasó tan copioso mar el linaje de los indios? ¿Quién pudo ser el inventor y movedor de pasaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo y con otros en este punto por muchas veces, y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga. Pero en fin, diré lo que se me ofrece: y pues me faltan testigos a quien seguir, dejaréme ir por el hilo de la razón, aunque sea delgado, hasta que del todo se me desaparezca de los ojos.²⁵¹

También José Alcina Franch indica sus aportes al desarrollo de la ciencia moderna y Amando Melon, destaca la *Historia Natural* como una de las cuatro “obras expresivas del conocer geográfico referidas a distintos ámbitos terrestres”.²⁵² Estas obras son *La Suma de Geografía* de Martín Fernández de Enciso; *Descripción de África*, de Juan León Africano; una tercera es el *Discurso... y de la noticia que se tiene de las*

²⁵⁰ Ídem, p. 308.

²⁵¹ José de Acosta, *Historia natural y moral...* op. cit., libro primero, capítulo 16, p. 46.

²⁵² Amando Melon “El padre Acosta y significación de su historia”. En : Cuadernos hispanoamericanos. Madrid, febrero de 1966, no. 194 p. 271.

grandezas del reino de la China cuyo autor es Bernardino de Escalante y la cuarta obra de interés geográfico es la *Historia Natural y Moral* del padre Acosta, a quien lo ubica como la figura más “preeminente en la ciencia realista y etnográfica” en el siglo XVI.

Para Melon la obra es una completa sistematización de singulares hechos geográficos (*Historia Natural*) y etnográficos (*Historia moral*) del Nuevo Mundo y al interesarle explicar la “causalización de los hechos geográfico- físicos que depara el Nuevo Mundo” abre camino a la obra de Bernardo Vareño, nada más y nada menos, considerado el fundador de la moderna geografía científica. Entre la *Geographia Generalis in qua affectiones generales telluris explicantur* de Vareño y la *Historia natural y moral de las Indias*

Hay ciertas coincidencias, cierta identidad de postura y hasta de expresión en algunos casos que no caben calificar de casuales, sino que inducen a suponer que el tratadista alemán estaba bien empapado en la lectura y estudio de la *Historia* del castellano de Medina de Campo.²⁵³

José de Acosta, a particular modo de apreciar los hechos, se eleva como un pionero del pensamiento científico moderno. Se han mencionado los argumentos de especialistas en diversos temas que destacan las cualidades del jesuita en su afán, no sólo por describir la naturaleza americana, sino más bien su inserción en la cosmovisión occidental. En palabras de Esteve Barba el evangelizador del Perú desarrolló y expuso en su obra un

método riguroso, ceñido, sistemático tan poco frecuente en los autores de su tiempo, dados por lo común a la digresión y a la divagación a base de una erudición traída a cuento con frecuencia por los cabellos pero muy aplaudida entonces por pura vanidad y deformación del gusto.²⁵⁴

Es el mismo Enrique Álvarez López quien enfrenta este asunto cuando menciona que su “pensamiento, como en general acontece, tiene contradicciones, mismas que las considera naturales si se tiene en cuenta que es una época, la que vive Acosta, “que pugna por romper un equilibrio asentado sobre bases más o menos débiles, pero histórica y tradicionalmente muy arraigadas”.²⁵⁵

Parte de un esquema medieval, su cosmos se constituye del sistema geocéntrico, fincado por Ptolomeo en los inicios de la era cristiana y legado a Europa, con modificaciones leves, si es que hubo alguna, a lo largo de toda la Edad Media. No tiene en sus manos las propuestas de Nicolás Copérnico sobre el modelo heliocéntrico.

²⁵³ Ídem, p. 275.

²⁵⁴ Francisco Esteve Barba. Op. Cit., p. 117.

²⁵⁵ Enrique Álvarez López. Op. Cit p. 312.

Más estricto en su análisis sobre Acosta es sin duda Francis Ivanhoe²⁵⁶ de quien dice “constituye más bien la regla del hombre de ideas de la España del XVI”, que, opinión propia, si esto se acerca a la verdad qué culta debió ser aquella sociedad hispana si lo común, intelectualmente hablando, fue un letrado como el jesuita.

Su pensamiento medieval también se manifiesta en su “jerarquización de la realidad” pues su obra se estructura por niveles de existencia, esto es “de lo más general a lo más específico, de lo más lejos de la Divinidad a lo más cerca; de la nada a la existencia, de lo animado a lo inanimado, de lo animado a la planta, de la planta al animal, del animal al hombre, del hombre a Dios”, cuestión que por lo demás descubre el hilo negro de este misterio.

En cuanto a los materiales y fuentes que utiliza Acosta, destaca Ivanhoe que apela constantemente a los sentidos, al sentido común y a su propia lógica para demostrar algún error, imaginado o real, de los antiguos, pero también lo tilda de tímido al no estar convencido de contradecir a Aristóteles, simplemente por tratarse de un “patriarca de la Santa Iglesia”.

Se sirve de los clásicos, mismos que como se sabe constituyeron la autoridad en la Edad Media, pero lo acusa de desvirtuar a sus fuentes “sutilmente a veces y a veces burdamente, pero siempre de manera consciente y premeditada a favor de su argumento”.²⁵⁷ Luego insiste en que Acosta carecía de esa modalidad de pensamiento moderno empírico (científico) que se consolida en el Renacimiento y que a partir de Descartes se define por medio de la observación controlada, la descripción medida y la explicación por regularidades matemáticas. Concluye que Acosta es un historiador estrechamente ligado a la escolástica medieval cristiana y, aunque no es el primero, escribe una Crónica de Indias según dicha tendencia por lo “que tiene un lugar privilegiado entre los cronistas menores de Indias”.²⁵⁸

Me parece drástico el juicio que emite acerca de la obra del jesuita. Dudo que sea un cronista menor o un testigo mediocre,²⁵⁹ que son juicios emitidos de manera totalmente parcial, analizando sólo un lado de la moneda, sin ponderar las reflexiones en un verdadero campo científico en el que Acosta carecía de muchos elementos y, en cambio, supo expresar múltiples problemas suscitados por la apari-

²⁵⁶ Francis Ivanhoe. “El padre José de Acosta, cronista de Indias” En: Historia Mexicana. El Colegio de México, Num. 65, vol. XVII, julio-septiembre, 1967, No. 1.

²⁵⁷ Ídem, p. 138-139.

²⁵⁸ Ídem, p. 142.

²⁵⁹ Casi al finalizar su artículo, dice Ivanhoe, textualmente que “para el historiólogo más vale la palabra de un testigo mediocre que el silencio eterno de mil Servatos” Ídem, p. 143.

ción de un continente. Su visión de la historia no tenía porque estar fuera de los ámbitos teológicos muy en boga en su época, incluso antes y después de ella.

Al decir de Luciano Pereña²⁶⁰ el religioso hace una interpretación teológica de la historia natural y moral de las Indias, que era su meta y en definitiva, el objeto prioritario de su proyecto científico. Lo que se llama Edad Media le brinda múltiples herencias a las cuales no puede renunciar y, sin embargo, sabe salir perfectamente del marco teológico y plantear en distintas direcciones problemas que requerían ser atendidos.

Con justa razón, E. Aguirre,²⁶¹ en relación con las reflexiones del padre misionero del Perú, menciona que a Acosta no le debe nada la ciencia actual, “ni aun como precursor”, pero, un pero muy grande,

Sí es un deber para ésta el conocerle y reconocer su mérito, por aislado e individual que fuere. La fidelidad a la verdad exige que se conozcan estos pensamientos originalísimos de un hombre que, tres siglos antes de que la ciencia en su madurez pudiera empezar a abordar esta problemática, y dos siglos antes de que Lamarck lanzara sus teorías y más de un siglo antes de que formulara Linné tímidas presunciones, se planteó e hizo crisis de una hipótesis evolucionista y de una teoría de las migraciones y adaptaciones como factores biogeográficos.²⁶²

Esta línea de pensamiento es el gran mérito de Acosta. Insisto, tildarlo de medieval es analizar de una manera miope su obra y menospreciar e ignorar su verdadero valor. Tiene que partir de Aristóteles porque es su base, como autoridad que fue en el periodo en el que se escribe la obra, lo mismo pasa con San Agustín o Santo Tomás. Acosta trasciende quizá como historiador, pero ante todo como un filósofo de la naturaleza porque eso es lo que es. Tiene el deseo de conocer y saber por la observación y la experiencia las cosas nuevas de las Indias, lo que lo lleva a inquirir y entender las causas naturales de tantos efectos físicos y sociales; Acosta es ante todo un filósofo de las cosas de las Indias y tiene perfecta cuenta de que este es el problema que aun no se resuelve. A la razón de tantas “novedades y extrañezas” hace falta la explicación filosófica que ya no alcanza para enfrentar lo que el Nuevo Mundo le ofrece al conocimiento occidental.

Esta nueva naturaleza “sale de la Filosofía antiguamente recibida y platicada... y los que han escrito de Indias Occidentales no han

²⁶⁰ José de Acosta. *De procuranda indorum salute*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1944, estudio preliminar por Luciano Pereña, et. al., p. 6.

²⁶¹ E. Aguirre. “Una hipótesis evolucionista en el siglo XVI. El padre José de Acosta, S.I. y el origen de las especies de las especies americanas”. En: *Arbor*. T. XXXVI, Num. 134, febrero de 1957, p. 176.

²⁶² Ídem, p. 176-177.

hecho profesión de tanta Filosofía, ni aun los más de ellos han hecho advertencia en tales cosas”, en referencia a contradicciones conceptuales que han enfrentado los que como él han venido al Nuevo Mundo

Deseando, pues, yo tener alguna más especial noticia de sus cosas, hice diligencia con hombres prácticos y muy versados en tales materias, y de sus pláticas y relaciones copiosas pude sacar lo que juzgué bastar para dar noticia de las costumbres y hechos de estas gentes. Y en lo natural de aquellas tierras y sus propiedades con la experiencia de muchos años, y con la diligencia de inquirir, discurrir y conferir con personas sabias y expertas; también me parece que se me ofrecieron algunas advertencias que podrían servir y aprovechar a otros ingenios mejores, para buscar la verdad, o pasar más adelante, si les pareciese bien lo que aquí hallasen. Así que aunque el mundo nuevo ya no es nuevo, sino viejo, según hay mucho dicho, y escrito de él, todavía me parece que en alguna manera se podrá tener esta Historia por nueva, por ser juntamente Historia, y en parte Filosofía, y por ser no sólo de las obras de naturaleza, sino también de las del libre albedrío, que son los hechos y costumbres de hombres. Por donde me pareció darle nombre de *Historia natural y moral de las Indias*, abrazando con este intento ambas cosas.²⁶³

La habitabilidad del mundo

Se debe seguir a Acosta cuando expone los cuestionamientos acerca de la habitabilidad del continente americano, pero no sólo de esta parte del mundo sino de todo el orbe como creo que lo voy a plantear. Este punto está desde luego ligado con la idea de la existencia de los antípodas, con la distribución de aguas y tierras así como las distancias que separan las tierras emergidas, sean estas islas o continentes, y también con las migraciones, entre otros factores.

En su análisis sobre este punto parte de las ideas de varios de los autores por él conocidos, uno de ellos, Lactancio, razona sobre el tema de la redondez del mundo señalando que “si es el cielo redondo, el sol y las estrellas habrán de caerse cuando se trasponen, y levantarse cuando van al medio día; y que la tierra está colgada en el aire; y que los hombres que moran de la otra parte de la tierra, han de andar pies arriba y cabeza abajo; y que las lluvias allí no caen de lo alto antes suben de abajo”; al respecto Acosta no hace sino subrayar que tales planteamientos son “monstruosidades, que aun decirlas provoca a risa.”

La idea de los antípodas persistió a lo largo del tiempo; subsistieron como “gentes que habitan de la otra parte de la tierra, donde el sol nace al tiempo que a nosotros se pone, y que las pisadas de éstos son al revés de las nuestras”. En cambio, continúa Acosta en su análisis, otros no afirmaron su existencia sino que se integró a un discurso

²⁶³ José de Acosta. *Historia natural y moral...* op. cit., proemio al lector, P. 13-14.

de filosofía. San Agustín no fue partícipe de esta idea al considerar un disparate decir que “de estas partes del mundo hayan podido hombres llegar al otro nuevo mundo, y pasar esa inmensidad del mar océano, pues de otra suerte no es posible haber allá hombres, siendo verdad que todos los hombres descienden de aquel primer hombre”. Desde luego que la frase “otro mundo” en boca de San Agustín no está referida a las Indias, sino a esa tierra que los antiguos concibieron allende los mares y que como se observa el doctor de la iglesia reduce el problema a la “incomparable grandeza del mar océano”

Aristóteles encuentra otra razón para negar la existencia de antípodas en tanto que pasaron de un mundo a otro, pero agrega al hecho de cruzar el extenso mar, otro punto que es el calor “de la región que llaman tórrida o quemada,” que era tan excesivo, “que no consentía, ni por mar ni por tierra, pasar los hombres, por atrevidos que fuesen, de un polo al otro polo”.

Porque, aun aquellos filósofos que afirmaron ser la tierra redonda, como, en efecto, lo es, y haber hacia ambos polos del mundo tierra habitable, con todo eso negaron que pudiese habitarse del linaje humano la región que cae en medio, y se comprende entre los dos trópicos, que es la mayor de las cinco zonas o regiones en que los cosmógrafos y astrólogos parten el mundo. La razón que daban de ser esta zona tórrida inhabitable era el ardor del sol, que siempre anda encima tan cercano y abrasa toda aquella región, y, por el consiguiente, la hace falta de aguas y pastos.²⁶⁴

Sigue Acosta con el análisis de Aristóteles y dice que la razón enseña que “la latitud y ancho de la tierra que se habita tiene sus límites, pero no puede toda esta tierra habitable continuarse entre sí, por no ser templado el medio. Porque cierto es que en su longitud, que es de oriente a poniente, no tiene exceso de frío ni de calor, pero tiénele en su latitud, que es del polo a la línea equinoccial, y así podría, sin duda, andarse toda la tierra en torno por su longitud, si no lo estorbaba en algunas partes la grandeza del mar que la ataja”.

Consciente con Aristóteles, en el hecho de que “la tierra, por su longitud, que es de oriente a poniente, corre con igualdad y más acomodada a la vida y habitación humana” es decir, que las franjas longitudinales no sufren una variación en el clima, el templado, por ejemplo, es una franja que corre en la dirección que se indica, lo mismo sucede con cada una de las franjas climáticas. En cambio la latitud, presenta otra situación, que es del norte al mediodía, lo que provoca “el frío del norte y el calor del mediodía, sino por otra razón también, porque, yendo en longitud, siempre hay días y noches sucesivamente, lo cual, yendo en latitud, no puede ser, pues se ha de llegar forzoso a aquella región polar, donde hay una parte del año noche continuada

²⁶⁴ José de Acosta, *Historia natural y moral...* op. cit., libro primero, capítulo 9, P. 31.

que dure seis meses, lo cual para la vida humana es de grandísimo inconveniente”.

Otro autor que habla de los antípodas es Plinio, quien en su *Historia Natural*,²⁶⁵ señala que si el mundo es esférico se presenta una controversia entre ilustrados y el vulgo, pues también existe una fuerte relación acerca de la distribución de los hombres por todo el orbe, y si éste tiene la forma perfecta, ésta es la esfera, los habitantes se tienen erguidos “aunque estén puestos los pies de unos y los de otros, y, además, en que el cenit es igual para todos, del mismo modo que en cualquier parte que estén pisan en el centro. Pero el vulgo se pregunta por qué no se caen los que están situados en sentido opuesto, como si no fuera argumento válido el de que ellos también se extrañen de que no nos caigamos nosotros”. Pero también tiene perfecta cuenta de que este asunto tiene otras implicaciones, entre ellas el buscar la razón por la cual el mundo no se cae y uno y otro asunto solamente alargan el problema.

De cualquier manera reconoce la existencia de estos seres, de los antípodas, que se ubican en el extremo opuesto de un mundo esférico, en condiciones muy singulares tal como se verá en los siguientes renglones. Es Plinio el que muestra el modelo del mundo con antípodas en la zona templada, pero inhabitable la región de la zona tórrida, Así divide su mundo

hay cinco partes que se llaman zonas, todo lo que está situado en los dos extremos en torno a ambos polos (éste que se llama el de los Siete Triones y el otro que es opuesto a este y se denomina Austral) está cubierto por un hielo eterno y un frío terrible; en ambos lados hay tinieblas perpetuas y una luz débil, sólo blanquecina por la escarcha porque los astros benignos desvían su mirada desde allí. Por el contrario, la zona de la tierra, por donde pasa la órbita del sol, es tórrida al quedar abrasada por sus llamaradas y quemada por el calor que se le da de cerca. Sólo las dos zonas de su alrededor entre la tórrida y la fría, son templadas, y estas no se comunican entre ellas por causa del calor de los astros. Por eso, el clima le quita tres partes a la tierra, lo que le roba el océano permanece en duda.²⁶⁶

El orbe entonces está dividido en zonas geográficas perfectamente delimitadas por el clima, en eso no hay duda particularmente por la cercanía al paso de los rayos solares. Y en cada uno de los hemisferios está presente una zona en donde las variaciones climáticas permiten el temple de la tierra; en el verano los calores intensos y en el invierno los fríos extremos hacen que el hombre esté en constante actividad, manteniendo así su ingenio. Argumento igualmente muy dilucidado desde siglos atrás, contrario a los seres de otras zonas que se caracte-

²⁶⁵ Plinio el Viejo. *Historia Natural*. Ed. Gredos, Madrid, 1995, Biblioteca Clásica Gredos. No. 206, p. 421. Introducción general Guy Serbat, traducción y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas y otros.

²⁶⁶ Ídem, p. 427-428.

rizan por tener otros rasgos, de esta manera, al centrarnos en la zona tórrida, ésta es inhabitable por naturaleza, “abrasada por llamaradas y quemada por el sol”.

Pero, lógicamente, la experiencia demuestra lo contrario, puesto que el habitante de las zonas templadas, en este caso el español, ha sentido la bonanza de los climas ubicados en la zona tórrida. Y con las ideas de los antípodas y la inhabitabilidad del mundo tropical, se escriben los primeros libros de la *Historia Natural y Moral de las Indias*.

La diversidad de la tórrida zona

En su libro segundo, Acosta indica que la mayor parte de este Nuevo Mundo se ubica debajo de la región llamada *tórrida zona*, la cual desde tiempo atrás los antiguos la consideraron inhabitable, pero que en realidad, con la experiencia ya de por medio, guarda tantas cualidades que se hace necesario conocerlas.

De hecho la diferencia entre los dos mundos, entre el Viejo y el Nuevo, procede de las propiedades que le brinda la equinoccial, línea de referencia “llamada así, porque cuando anda el Sol por ella, hace en todo el universo mundo iguales noches y días y también porque los que habitan debajo de ella, gozan todo el año de la propia igualdad de noches y días”.

Como ya es costumbre en Acosta, para exponer tal razonamiento, para llegar a estas conclusiones, no se guía de por lo que dijeron los antiguos, sino que los refuta con “la verdadera razón y cierta experiencia”.

Para negar la habitabilidad, el pensamiento grecolatino parte de un principio, tan simple como es “que el sol con llegarse calienta, y con apartarse enfría”; de esto se deduce la temperatura de las tierras del norte, más frías, porque se alejan de los rayos del sol y, conforme llegan al Ecuador, la temperatura aumenta. La autoridad de la que se sirve es Aristóteles. Pero añadieron a tal idea el hecho de que la *tórrida zona*, era también seca y por lo tanto carente de aguas y pastos. Todo ello traía como resultado la inhabitabilidad de dicha zona, por ser “muy incómoda y contraria a la habitación humana”. Pero tal razonamiento es equivocado,

porque la región media, que llaman tórrida, en realidad de verdad la habitan hombres, y la hemos habitado mucho tiempo, y en su habitación muy cómoda y muy apacible, para explicar el error de los antiguos, parte, como es su costumbre, de la explicación que dieron los antiguos sobre el tema, con el fin de “dar la propia razón conforme a buena filosofía”. La tórrida es húmeda y cálida, y su calor, por la mayor parte, no es excesivo, sino templado, cosa que se tuviera por increíble si no la hubiéramos asaz experimentado. Pero hay en ella gran diversidad, y no es en todas partes de un tenor; en partes es la tórrida zona muy

CAPITULO V

templada, como en Quito y los llanos del Perú; en partes muy fría, como en Potosí, y en partes es muy caliente, como en Etiopía y en el Brasil y en los Malucos.²⁶⁷

Parten los antiguos de una equivocación, y es la concerniente a que la sequedad se debe a la cercanía del sol, y esto lo refuta ya con la experiencia, al señalar que la parte del año es más sereno y sin lluvias cuando el sol anda más apartado y, sucede lo contrario cuando está la lejanía solar, pero el trópico tiene abundancia de agua, contrario a la mencionada sequedad con la que estigmatizó el pensamiento antiguo a esta zona tórrida. Prueba de ello es que existen grandes y fabulosos ríos, menciona Acosta, ya incluso reconocidos por los españoles, tan anchos que parecen mares y no por eso niega las excepciones que la naturaleza quiso dar a la regla dicha, haciendo algunas partes de la tórrida sumamente secas.

Muy al contrario de que el trópico era por sus propias características estéril, habla de una frescura de la zona tórrida, la cual se debe a la abundancia de agua, manifestada también en la humedad y en la lluvia, y esta última surte el efecto de frondosidad. El agua, por su naturaleza es un elemento frío y aunque por “la fuerza del fuego se calienta, pero no deja de templar el ardor, que se causará de los rayos del sol puro”. Mas siendo universales y comunes las dos propiedades que he dicho, a toda la región tórrida, y con todo eso habiendo partes en ella que son muy cálidas y otras también muy frías, y, finalmente, “no siendo uno el temple de la tórrida y equinoccial sino que un mismo clima aquí es cálido, allí frío, acullá templado”.

Por lo tanto, plantea lo que seguramente el pensamiento antiguo no concibió, y es el hecho de que la naturaleza no se puede reducir a reglas o a patrones, porque es indudable que se pensó en la sequedad de la tórrida, pero su experiencia le demuestra que existen partes en donde abunda el agua y otras en las cuales la sequedad es total.

La diversidad de los climas o de las condiciones se explican en el pensamiento de Acosta en tres causas ciertas y claras, y otra cuarta oculta, pero que bien se pueden aplicar a cualquier tipo de clima. Para él el océano constituye una de dichas causas; otra es la postura y sitio de la tierra; la tercera, la propiedad y naturaleza de diversos vientos. Fuera de estas tres, que las tengo por manifiestas- dice el jesuita- sospecho que hay otra cuarta oculta, que es propiedad de la misma tierra que se habita y particular eficacia e influencia de su cielo.

Sobre el mar destaca su vecindad, que con certeza ayuda a templar y refrigerar el calor. Explica que con la profundidad del mar no hay lugar a que el agua se caliente con el calor del sol, de la manera

²⁶⁷ José de Acosta. *Historia natural y moral...* op. cit., Libro segundo, capítulo 9, p. 77.

que se calientan las aguas de ríos. En esto consiste la propiedad del océano para templar y refrescar las altas temperaturas a las que fue sometida la zona tórrida por los antiguos.

El caso de los vientos sirve igualmente para ejemplificar la mencionada diversidad, sobre ellos dice que tienen “sus propiedades y diversos principios con que obran diferentes efectos, y muchas veces contrarios a lo que la razón y curso de tiempo piden”. Contribuyen a la templanza de la región, pues por esencia es muy fresco y apacible. Y la noche modera y corrige tan bravos ardores del sol y por beneficio del aire fresco y apacible recibe la tórrida “tal templanza, que, siendo para los antiguos más que horno de fuego, sea para los que ahora la habitan más que primavera deleitosa”. Cuando cesa el beneficio del viento fresco, es tan grande el ardor del sol, que, aunque sea en medio de nieves, abrasa; “en volviendo el frescor del aire, luego se aplaca todo el calor, por grande que sea”.

Para él, si algún paraíso existe en la tierra se debe ubicar en la tórrida zona, donde se goza temple suave y apacible, disfrutando de un cielo y aire suave, sano y alegre. Y es un espacio habitable para el hombre alejado de condiciones de “pesadumbre y pena”, que se dan con tener un “cielo y aire contrario y pesado y enfermo”.

El aire es importante para lograr estas condiciones de habitabilidad, y al tratarlo se deja sentir una influencia hipocrática. Indica que

está claro que de los elementos ninguno participamos más a menudo, ni más en lo interior del cuerpo, que el aire. Este rodea nuestros cuerpos, éste nos entra en las mismas entrañas y cada momento visita el corazón, y así le imprime sus propiedades. Si es aire corrupto, en tantico mata; si es saludable, repara las fuerzas; finalmente, sólo el aire podemos decir que es toda la vida de los hombres.²⁶⁸

La razón en la explicación de la naturaleza americana

La aparición de un Nuevo Mundo o de Otro Mundo, además de la perplejidad, debió plantear multitud de dudas; significa el rompimiento de la isla de la tierra, y los habitantes que fueron imaginados de una u otra forma, ceden su lugar a seres de carne de hueso que por alguna circunstancia quedaron fuera de la mano de Dios. Lógicamente que esta novedad abre también otras puertas para inducir planteamientos acerca de la posibilidad de más tierras.

Pareciera que el hombre occidental, luego de consumir la empresa del descubrimiento queda preparado para cualquier otra novedad

²⁶⁸ Ídem, libro segundo, capítulo 14, p. 85

que se pueda presentar, y surca los mares en busca de tales hechos desconocidos a su cultura, con la conciencia clara de que existen; estos viajes están en un segundo término ya que sus tripulaciones van preparadas para ello. Este también es un valor de Acosta, que si no fue navegante, en sus escritos deja los primeros pasos firmes que marcan la senda para los ulteriores descubrimientos.

Pero hay que regresar al plano americano con sus maravillas. En Tomás López Medel,²⁶⁹ nombrado hacia 1548 oidor de la audiencia de los Confines, se recoge una de las muchas muestras de dicha perplejidad. Menciona que el “descubrimiento de las Indias causó en las gentes de por acá mucha curiosidad y opiniones monstruosas y disparatadas” y un amigo suyo le escribe pidiéndole información sobre “si llovía en las Indias y si nevaba, etc.” Tanto López Medel como Acosta, aunque de una manera diferente, más erudita desde luego en este último, atienden el problema de dar acomodo al continente americano en la cosmovisión occidental.

Ya con Acosta hay que iniciar con la forma del cielo, y claramente señala, al referirse al Perú, “que acá tenemos cielo y nos cobija como a los de Europa y Asia y África” y lo que es más, “hallamos que el cielo nos cae tan cerca por el Perú como por España”.

Si bien la tierra se interpone entre dos grandes masas de agua, la enorme esfera del agua, esto no quiere decir que suceda lo mismo con el cielo, que “de todas partes toma al mundo en derredor”. El esquema no es el mismo para los elementos del agua y la tierra y más aun su distribución, en los cuales Acosta expresa argumentos verdaderamente interesantes.

Se parte entonces de que el cielo envuelve a todo el mundo; ningún rincón queda descubierto. Es un hecho que no será discutido. En cambio, en el esquema del planeta las aguas y las tierras guardan proporciones totalmente diferentes, sobre todo en lo relacionado con las formas y las distancias que separan unas tierras de otras. Las dos son esferas, tal y como lo sostuvieron autores antiguos en los que se basa el jesuita, particularmente Plutarco, pues tal esfericidad del agua y la tierra con “demostraciones certísimas se prueba”.

Sin embargo, existe una discusión al respecto, pues el pensamiento antiguo defendió la idea de que “la mar ocupa toda la parte que cae al polo antártico o sur, de tal modo, que no deje lugar alguno a la tierra por aquella banda, según que San Agustín, doctamente arguye,

²⁶⁹ Tomás López Medel. De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo. Alianza editorial, Madrid, 1990, edición y estudio preliminar de Berta Ares Queija, p. 22-23.

contra la opinión de los que ponen antípodas”. La idea de que no existe tierra en el hemisferio sur es una de las tantas cuestiones que se plantearon en la antigüedad, sólo el mar subsistía de acuerdo con este modelo y que por lo mismo la existencia de los antípodas fue también sujeta a discusión.

Pero estos modelos nunca fueron debatidos por la experiencia, sólo se plasmaron en el papel y no es sino hasta el siglo XVI cuando comienzan a sucumbir. Acosta trata el tema con el argumento irrefutable de la experiencia y, destacando la Magna Obra, dice que, si bien la mayor proporción del mar está en el polo antártico, “no es toda ella, antes hay tierra, de suerte que a todas partes del mundo la tierra y el agua se están como abrazando, y dando entrada la una a la otra”.

Por obvio que pueda parecer debo destacar este primer punto que me parece importante en Acosta. En este intento de ordenar la geografía mundial, el mundo conocido hasta entonces demuestra de una vez y para siempre que existen tierras, aunque en menor o mayor proporción, en ambos hemisferios. Esto es ya un hecho y no podrán existir posteriores discusiones al respecto.

Debemos ir a otro punto que considero destacable. Comienza así Acosta este renglón acerca de la habitabilidad. La diversidad de mares es igualmente palpable y la enorme esfera del agua también tiene una gran diversidad. Existen mares como el Mediterráneo, el Caspio, costeadando a Europa; el Eritreo, el Bermejo, el Pérsico en las costas del sur de Asia, y también en Perú o en México y China se encuentran estos cuerpos de agua. Y al respecto advierte

así en lo que he navegado como en lo que he entendido de relaciones de otros, que nunca la mar se aparta de la tierra más de mil leguas, sino que donde quiera, por mucho que corre el océano, no pasa de la dicha medida. No quiero decir que no se navegan más de mil leguas del mar océano, que esto sería disparate, pues sabemos que las naves de Portugal navegan cuatro tanto y más, y aun todo el mundo en redondo se puede navegar por mar, como en nuestro tiempo lo hemos ya visto, sin poderse dudar en ello. Mas lo que digo y afirmo es que en lo que hasta ahora está descubierto, ninguna tierra dista por línea recta de la tierra firme o islas que le caen más cerca, sino a lo sumo mil leguas, y que así entre tierra y tierra nunca corre mayor espacio de mar, tomándolo por la parte que una tierra está más cercana de otra, porque del fin de Europa, y de África y de su costa no distan las Islas Canarias y las de las Azores, con las del Cabo Verde, y las demás en aquel paraje, más de trescientas o quinientas leguas a lo sumo, de tierra firme.²⁷⁰

Continúa describiendo su modelo e insiste en que desde las dichas islas “hacia la India Occidental, apenas hay novecientas leguas hasta llegar a las islas que llaman Dominica, y las Vírgenes, y la Beata, y las demás. Y éstas van corriendo por su orden hasta las que llaman de Barlovento, que son de Cuba, y Española, y Boriquen”. Y de aquí

²⁷⁰ Ídem, libro primero, capítulo 6, p. 26.

a la tierra firme hay “apenas hay doscientas o trescientas leguas, y por partes, muy mucho menos”. Luego describe prácticamente la línea de costa, en ambas vertientes, mencionando que su extensión es como “cosa infinita desde la tierra de la Florida hasta acullá a la tierra de los Patagones, y por estotra parte del sur, desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo Mendocino, corre una tierra larguísima”.

Su modelo, el que indica que “nunca la mar se aparta de la tierra más de mil leguas”, lo traslada al otro lado del mundo, en este caso la mar del Sur y, de acuerdo con los descubrimientos, el mismo esquema se impone al ser encontradas multitud de islas, en este caso las llamadas Salomón “que son muchas y muy grandes y distan de este Perú como ochocientas leguas”. Esta aparición le permitió expresar la regla según la cual cerca de este archipiélago se ubica tierra firme.

Seguramente para esta regla se basó en la observación en la existencia de otros archipiélagos y así las Islas de Cabo Verde, junto con las Azores y las Canarias, suceden a Europa, y lo mismo pasa al continente americano, con Dominica, Vírgenes, y Beata, añadiéndose Cuba, Española, y Boriquen, permitiendo anunciar la existencia de las Indias Occidentales, de Tierra Firme.

Y teniendo como base el razonamiento dedujo fácilmente la existencia de otro continente, particularmente con las islas Salomón:

Y porque se ha observado y se halla así, que donde quiera que hay islas, muchas y grandes, se halla no muy lejos tierra firme, de ahí viene que muchos, y yo con ellos, tienen opinión que hay cerca de las dichas islas de Salomón tierra firme grandísima, la cual responde a la nuestra América por parte del poniente, y sería posible que corriese por la altura del sur hacia el estrecho de Magallanes. La Nueva Guinea se entiende que es tierra firme, y algunos doctos la pintan muy cerca de las islas de Salomón.²⁷¹

Algunos autores, entre ellos Esteve Barba²⁷² y Alcina Franch,²⁷³ opinan que Acosta intuyó la existencia de un continente justo enfrente de la costas de Chile; es de suponer que se trata de la actual Australia, lo cual es factible con el modelo que plantea y con el hecho de mencionar él mismo que la “Nueva Guinea se entiende que es tierra firme”. Pero, además, este planteamiento me lleva a considerar otro punto, pues la tierra austral fue concebida, en la imaginación desde otros tiempos, tal y como se puede apreciar, entre otros, en los mapas de Pierre Desceliers de 1550 (Figura 7); en el mapa de 1564

271 Ídem, libro segundo, capítulo 6, p. 26.

272 Francisco Esteve Barba. Op. Cit. p. 119.

273 José Alcina Franch. Edición, introducción y notas a: José de Acosta Historia Natural y Moral de las Indias. Historia 16, Madrid, 1987. de p. 35.

atribuido a Abraham Orlellius (mapa 8) aparece igualmente esta tierra. Se repite en Mercator en el mapa de 1569 (mapa 9). A pesar de esto, el pasaje en Acosta es interesante porque evalúa la condición de aquella tierra de acuerdo con un esquema latitudinal, pero valorando la riqueza de las tierras de la zona tórrida destacando esto el enunciado en cursivas.

Aunque hay muchos que tienen por opinión, y de mí confieso que no estoy lejos de su parecer, que hay mucha más tierra que no está descubierta, y que ésta ha de ser tierra firme opuesta a la tierra de Chile, que vaya corriendo al sur pasado el círculo o trópico de Capricornio. Y si la hay, sin duda es tierra de excelente condición, por estar en medio de los dos extremos y en el mismo puesto que lo mejor de Europa. Y cuanto a esto, bien atinada anduvo la conjetura de Aristóteles; *pero hablando de lo que hasta ahora está descubierto, lo que hay en aquel puesto es muy poca tierra, habiendo en la tórrida muchísima y muy habitada.*²⁷⁴

De esto quiero señalar que no intuyó algo que de antemano ya sabía, esto es que la isla de Nueva Guinea, inexplorada todavía a plenitud, era Tierra Firme, pero lo que sí considero necesario destacar es que aparte de esta enorme isla existen otras tierras que es necesario descubrir, que no es precisamente Australia. Al aplicar su regla y al encontrar el hecho que le brinda la existencia de archipiélagos deduce fácilmente que la Nueva Guinea es otro Mundo, pero insisto, hay otros, porque los mares se abren en el horizonte como parte de un sendero que muestra islas, y estas a su vez el camino interminable de un mundo redondo, en donde por mar, saltando por las diversas tierras emergidas llegaremos a la tierra del inicio.

²⁷⁴ José de Acosta. Historia natural y moral...Op .cit., libro primero, capítulo 9, p.34.

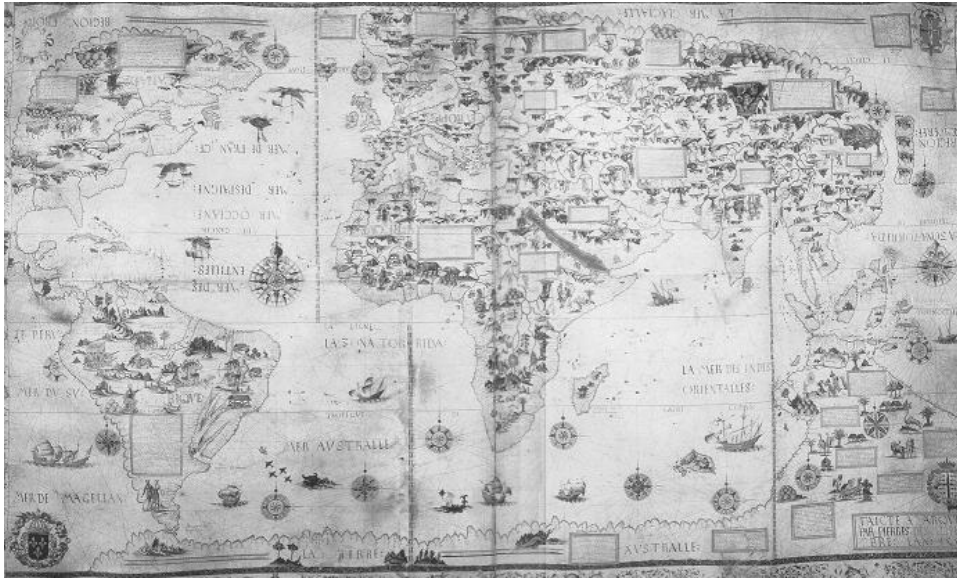


Figura 7. El mundo de acuerdo con Pierre DEsceliers, 1550.
Se destacan varias imágenes del bestiario medieval en diversas partes del mundo, así como la tierra austral y su prolongación hacia la Patagonia y a las islas de la especiería, en una clara remembranza a los mapas de tradición ptolemaica.



Figura 8. El mundo de acuerdo con Abraham Ortelius, 1564.
Es de notar la prolongación de la tierra austral, en parte por la misma proyección cordiforme y por la mera tradición de ubicar con tales dimensiones estos territorios.

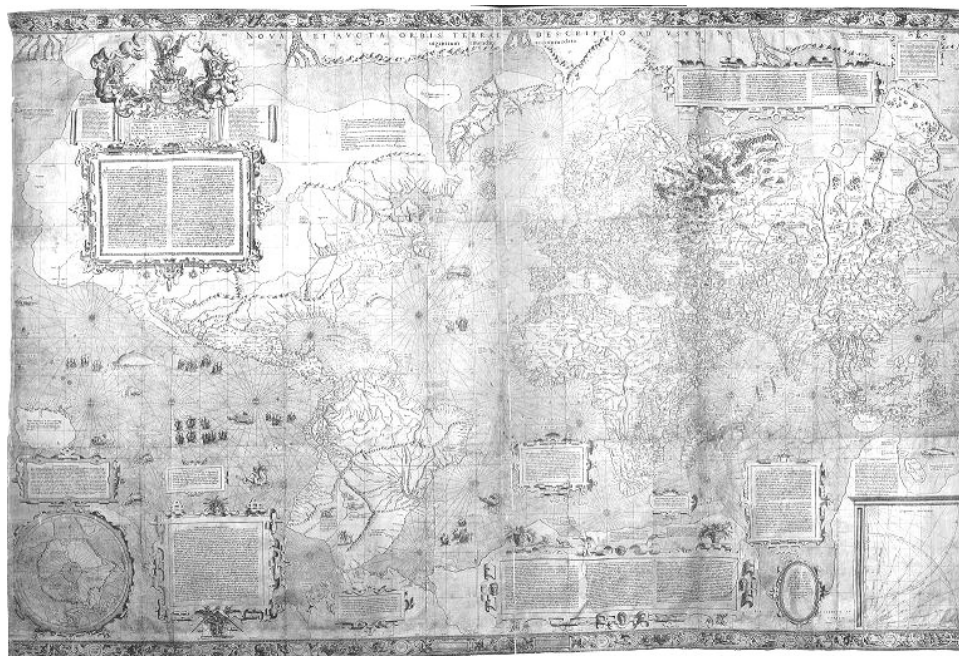


Figura 9. El mundo de acuerdo con Gerardo Mercator, 1569.

Las tierras australes y, en este caso, las septentrionales, están delineadas y en estas últimas se localizan incluso cordilleras y cuatro ríos que emanan de un mar interior central, tal y como puede observarse en el recuadro del ángulo inferior izquierdo.

Para Acosta la imaginación es necesaria, quizá por eso no estoy convencido plenamente de que sea considerado un precursor de dicho continente o del paso del hombre por el estrecho de Bering, pues lo que hace es dilucidar consigo mismo acerca de un problema que efectivamente reclama ser resuelto con la razón, con la experiencia misma; es lamentable que no haya podido confirmar esta idea que planteó. La imaginación es parte de la reflexión y el entendimiento, con ella comienza a conformarse los conceptos que darán pauta a la razón, pero si bien es justo partir de ella, es necesario también alejarse de sus planteamientos cuando la experiencia demuestre ya, con hechos, lo contrario.

Tal imaginación la aplica al concebir un continente justo enfrente de las costas chilenas y su planteamiento toma forma paulatinamente conforme se hacen otros descubrimientos, pero en ese momento, sin embargo, no tiene la prueba final que materialice su pensamiento. Dicha propuesta no queda exenta de ser corregida e incluso reforma-

da cuando la misma razón se imponga, y si esto no se hace, “forzoso hemos de ser engañados y errar”.

El esquema me sugiere también la unidad del género humano que otrora separado, marginado o aislado, se puede unir por medio de puentes marítimos para consolidar la unidad de la iglesia, tarea final que, como evangelizador, pretende lograr. Acosta se ocupó de buscar el orden, el equilibrio entre las tierras y los mares, la regularidad de las tierras emergidas que sirvieran para dar paso a una comunicación entre el género humano. Quizá también por eso no duda de la categoría de los indios, porque hay un tronco común de la humanidad que se plasma por medio de la geografía.

La regla la recoge de su experiencia por medio de lugares que ha visitado, de pláticas que ha sostenido con marinos o con personas conocedoras del tema y de su conocimiento de los clásicos, pero ante todo también pretende demostrar que el mundo tiene un orden perfectamente preestablecido, y que la Magna Obra guarda una proporcionalidad que no es factible alterar pero si descubrir, integrar. Al respecto, cabe señalar que se opone tajantemente a la apertura de un canal en el istmo panameño, entre las ciudades de Nombre de Dios y Panamá, que “no distan más de siete leguas”. Al respecto dice que

Han platicado algunos de romper este camino de siete leguas y juntar el un mar con el otro, para hacer cómodo el pasaje al Perú, en el cual dan más costa y trabajo dieciocho leguas de tierra, que hay entre Nombre de Dios y Panamá, que dos mil y trescientas que hay de mar. A esta plática no falta quien diga que sería anegar la tierra, porque quieren decir que el un mar está más bajo que el otro, como en tiempos pasados se halla por las historias haberse dejado de continuar por la misma consideración el mar Rojo con el Nilo, en tiempo del Rey Sesostris, y después del Imperio Otomano. Más para mí tengo por cosa vana tal pretensión, aunque no hubiese el inconveniente que dice, el cual yo no tengo por cierto: pero es lo para mí, que ningún poder humano bastará a derribar el monte fortísimo e impenetrable que Dios puso entre los dos mares, de montes y peñas durísimas, que bastan a sustentar la furia de ambos mares. Y cuando fuese a hombres posible, sería, a mi parecer, muy justo temer del castigo del cielo querer enmendar las obras que el Hacedor, con sumo acuerdo y providencia, ordenó en la fábrica de este universo.²⁷⁵

Acosta habla de dos grandes maravillas de su época, éstas se reducen al desarrollo de la navegación, capaz de cruzar “el mar océano con gran facilidad y gozar los hombres en la tórrida zona de lindísimo temple, cosas que nunca los antiguos se pudieron persuadir.” La navegación como tal viene a impresionar al jesuita porque gracias a ella el mundo se ha descubierto y, además, está unido por el camino del mar. Esto es relevante y lo vuelvo a expresar porque dicho camino, según Acosta, nunca rebasa las 900 leguas. Pero las dos maravillas se

²⁷⁵ Ídem, libro tercero, capítulo 10, p. 108.

conjugan en un problema verdaderamente científico que Acosta sabe enfrentar de una manera puramente racional.

El problema lo expresa en palabras del propio San Agustín y hace referencia a la inmensidad del océano y al linaje humano del nuevo mundo. No se niega que “sabemos de cierto que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes” y no encuentra solución de momento para explicar el origen de tal hecho, ya que como cristiano y doctor de la Iglesia, Acosta debe partir del origen adánico del género humano. El problema es serio pues implica, por un lado, la ignorancia de la iglesia católica de los indios americanos y, por otro, si provienen de Adán, cómo es que pasaron a estas tierras. Centrado en la segunda cuestión en donde la navegación está latente, se pregunta

¿con qué pensamiento, con qué industria, con qué fuerza pasó tan copioso mar el linaje de los indios? ¿Quién pudo ser el inventor y movedor de pasaje tan extraño? Verdaderamente he dado y tomado conmigo y con otros en este punto por muchas veces, y jamás acabo de hallar cosa que me satisfaga.²⁷⁶

El origen lo centra en tres puntos: “Por qué o vinieron por mar o por tierra; y si por mar, o acaso o por determinación suya: digo acaso, echados con alguna gran fuerza de tempestad, como acaece en tiempos contrarios y forzosos: digo por determinación que pretendiesen navegar e inquirir nuevas tierras”.

La explicación que brinda para satisfacer la llegada por mar es verdaderamente erudita. Expone argumentos en los cuales vierte su experiencia y toda su reflexión sobre el asunto. Pero lo hace de una manera novedosa, en donde la geografía juega un singular papel, de ahí que la navegación se convierta en Acosta en uno de los temas que más desarrolla y en el que demuestra su perspicacia para enfrentar el asunto. Lejos está el milagro como fuente de explicación, o bien los indicios bíblicos, de tal suerte que abre el abanico al cúmulo de posibilidades que, primero, su imaginación le dicta.

La navegación implica un arte, una técnica y una ciencia. Se requiere de pilotos y del conocimiento del cielo, el uso de la piedra imán, y de la aguja de marear, de velas y de barcos adecuados para surcar el inmenso océano. Pero a tal hecho contraponen de inmediato que los indios y los antiguos europeos no alcanzaron dicho conjunto de técnicas, por lo que es factible pensar que no se pudo llegar navegando a la manera de los marinos del siglo XVI.

Le fascina las propiedades de la piedra imán, y señala que los antiguos no la conocieron por el hecho de que no la mencionan; pero la piedra imán permite viajes a grandes distancias y a diversas partes del

²⁷⁶ Ídem, libro primero, capítulo 16, p. 46.

mundo, “con tanta facilidad como se va el labrador de su aldea a la villa.” Con ella se abre el camino en el océano “por haberle el altísimo Criador comunicado tal virtud, que de solo tocarla el hierro, queda con la mira y movimiento al Norte, sin desfallecer en parte alguna del mundo”. Se maravilla del poder divino que otorgó a tan pequeña piedra para el dominio del inmenso mar “y obligue al abismo inmenso a obedecer” y que a la postre permitió que se descubriesen las Indias y, con ello, tantas almas accedieran al conocimiento de Cristo.

Otra hipótesis que expone es que pudieron llegar por mero accidente, esto es por fuerza de las tormentas, que de hecho es posible, atendiendo incluso a la leyenda del piloto anónimo,²⁷⁷ que brindó a Colón los reportes de un viaje en el cual se registraron las tierras americanas. Tal accidente pudo ser por parte de otros navegantes europeos o africanos con lo cual es “probable de pensar, que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar”.

Pero a la vez que trata del problema del origen del hombre, el cual reduce a una migración, planteada hasta el momento por mar, no descuida el origen mismo de “bestias y alimañas, que cría el nuevo orbe, muchas y grandes, no sé cómo nos demos maña a embarcarlas y llevarlas por mar a las Indias”. Y desde luego que parte del argumento de que salieron avante del diluvio universal y que del monte Ararat emigraron a estas tierras. El asunto se plantea en dos vertientes, en los animales prácticamente de provecho; una de ellas no sugiere en sentido estricto ningún problema pues de antemano se sabe que fueron trasladados por los españoles por barco y, la otra, está planteada en términos de los animales que no son de provecho, que por lo mismo sí plantea un fuerte conflicto pues la pregunta acerca del cómo fueron trasladados a tierra americanas no tiene ninguna respuesta. Limitado todavía más el problema, Acosta no duda en descartar a los insectos, ranas y ratones y otros animales imperfectos que se engendraron en la tierra, pero aquéllos denominados perfectos como son los leones, tigres y lobos, cómo fue que se engendraron.

Insiste en el hecho de que existen animales sin provecho que no fue factible trasladarlos por barco, restando solamente el que pudieran llegar a nado, que es cosa “posible y hacedera cuanto a algunas islas que distan poco de otras, o de la tierra firme, no se puede negar la experiencia cierta, con que vemos, que por alguna grave necesidad a veces nadan estos animales días y noches enteras, y al cabo escapan

²⁷⁷ Para la leyenda del piloto anónimo, se puede consultar: Edmundo O’Gorman. La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del mundo y del sentido de su devenir. 2ª. Edición, SEP-FCE, México, 1992, p. 18.

nadando”, pero desde luego duda que hayan cruzado todo el océano, incluso las aves no es factible que hayan volado tales distancias.

Ante este cúmulo de dudas sólo queda un camino por recorrer para encontrar estas explicaciones, de carácter geográfico ante todo, pues este problema lo lleva a plantear “que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe”. Según su opinión

la una tierra y la otra en alguna parte se juntan, y continúan, o a lo menos se avecinan y allegan mucho. Hasta ahora, a lo menos no hay certidumbre de lo contrario. Porque al polo ártico, que llaman norte, no está descubierta y sabida toda la longitud de la tierra: y no faltan muchos que afirman, que sobre la Florida corre la tierra larguissimamente al septentrión, la cual dicen que llega hasta el mar Scítico, o hasta el Germánico. Otros añaden que ha habido nave que, navegando por allí, relató haber visto los Bacallaos correr hasta los fines cuasi de Europa. Pues ya sobre el cabo Mendocino en la mar del sur, tampoco se sabe hasta dónde corre la tierra, mas que todos dicen que es cosa inmensa lo que corre. Volviendo al otro polo del sur, no hay hombre que sepa dónde para la tierra, que está de la otra banda del Estrecho de Magallanes. Una nao del Obispo de Plasencia, que subió del Estrecho, refirió que siempre había visto tierra, y lo mismo contaba Hernando Lamero, piloto, que por tormenta pasó dos o tres grados arriba del estrecho. Así que ni hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación, u opinión de que toda la tierra se junta, y continúa en alguna parte, a lo menos se allega mucho...²⁷⁸

Las tierras continentales, según lo planteado, pueden estar unidas en algún punto, tanto en el norte como en el sur. Hacia el septentrión no están totalmente exploradas, ni en el Atlántico ni en el Pacífico o mar del Sur. Hacia el hemisferio austral cabe la posibilidad de que se extiendan a la manera en que fueron representadas en los mapas de tradición ptolemaica, en donde África se une con América o más exactamente, con una cuarta península,²⁷⁹ que sería más tarde identificada con las indias occidentales. Existen muchas preguntas sin respuestas sobre la población americana y sus demás habitantes, pero más aún, existen demasiadas interrogantes sobre la llegada de tales poblaciones. El análisis de Acosta se concentra en el tema de las migraciones.

Hemos seguido una hebra que se inicia desde la antigüedad hasta el siglo XVI. En ella se han mencionado antípodas, el mar y la población indígena. La zona tórrida inhabitable primero, se convierte en una región del mundo en la que florecen culturas que merecen la admiración de los europeos, pero todo esto no cabe en una cultura que ha negado por siglos tales existencias y que en algunos casos sólo ha hecho conjeturas.

²⁷⁸ José de Acosta. *Historia natural y moral...* op. cit., libro primero, capítulo 20, p. 56.

²⁷⁹ Al respecto se puede consultar a Salvador Álvarez “Tierras imaginadas, tierras en imágenes: la geografía asiática del Nuevo Mundo en la cartografía del descubrimiento” en: *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*. Vol. XIX, No. 75, Verano 1998. El colegio de Michoacán.

José de Acosta trata precisamente de insertar en la cultura occidental a este mundo nuevo, en términos de una relación con Europa que no rebasa, para su tiempo los 150 años, pero viejo por sus habitantes, sus culturas y sus poblaciones animales. El tema de las migraciones forma parte de este afán del jesuita, porque igualmente tiene de fondo el tema filosófico que plantea el autor, bien dice Aguirre²⁸⁰ que para un buen filósofo, la cuestión del origen implica una cuestión de naturaleza y no puede resolverse sin que se resuelva ésta.

Como buen conocedor de las letras clásicas, no deja suelto ningún argumento acerca de la posibilidad del conocimiento de América entre los antiguos y con ello el poblamiento de este continente. En este caso analiza la obra de Platón, que por lo demás no tiene “tanta reverencia”, con su Atlántida²⁸¹ en intento por encontrar una teoría convincente sobre el origen del hombre americano que lógicamente deshecha, pues las considera de burla. Igualmente no se olvida del posible origen judío de los indígenas.

Al final, se percata de lo imposible que es averiguar el origen de los indios, debido a una cuestión por demás histórica, pues, al carecer de documentos, de registros el problema se agudiza y “así no puede escapar de ser tenido por hombre temerario y muy arrojado el que se atreviere a prometer lo cierto de la primera origen de los indios, y de los primeros hombres que poblaron las Indias”.

Finalmente concluye que el paso pudo ser paulatino, ayudando a ello la vecindad de tierras, la navegación y, algo verdaderamente singular, un origen múltiple, al señalar que, al existir multitud de naciones, “bien podemos creer, que unos de una suerte, y otros de otra se vinieron en fin a poblar”. Y el filósofo llega a la conclusión de que

el nuevo orbe e Indias occidentales, no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores, que no gente de república, y pulida; y que aquéllos aportaron al nuevo mundo, por haberse perdido de su tierra o por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra, y que hallándola comenzaron poco a poco a poblarla, no teniendo más ley que un poco de luz

²⁸⁰ E. Aguirre. Op. Cit. p. 178.

²⁸¹ Platón menciona, en su Timeo que “en aquella época se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano autentico... Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aun ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad. Platon. Diálogos. Ed. Gredos, Madrid, 2000, t. VI, p. 161-162.

natural, y esa muy oscurecida, y cuando mucho algunas costumbres que les quedaron de su patria primera.²⁸²

El problema de las migraciones también lo toca en relación con los animales. Al respecto Aguirre en el artículo ya citado, menciona que ante el problema natural y filosófico Acosta propone tres premisas: una se resuelve en el campo de la teología, no despeja la incógnita; una segunda combina factores biológicos, geográficos y espiritualistas y, al parecer, según Aguirre, es su preferida. La tercera tiene un carácter evolucionista y lo deja perplejo. Veamos el análisis que hace Aguirre de estas teorías que se plantean en el terreno de la filosofía natural.

Contra la primera, los argumentos que se presentan giran en torno al hecho de que la Magna Obra no fue perfecta, además de que no había porque salvar las especies en el arca de Noé. Al final de cuentas rechaza todo este planteamiento.

Igualmente habla de que existe una dependencia de la solución que se establezca en el terreno de la filosofía y de la teología, porque es motivo para pensar “que la Creación se haya realizado de una vez, al principio del tiempo o que su realización se haya distribuido, prolongándose según el tiempo”.²⁸³

Aguirre menciona que Acosta pensó en una creación postdiluviana, solucionando así “algo acerca de las especies actuales”, pero no con las innumerables formas que aparecieron y desaparecieron en eras geológicas. Pero el diluvio no se usa como argumento al no estar zanjada la cuestión por los propios exégetas.

Al final, es de esperarse, no hay una respuesta concreta para ninguno de los dos argumentos.

De la segunda premisa, Aguirre establece dos variables. Una que llama el *presupuesto diluvista* y otra, su *teoría migratoria*. La primera es explicada por Aguirre en frases del mismo Acosta, cuando indica que “todas estas especies de animales se conservaron en el arca de Noé”, cuando el hecho es que sus inquietudes inician cuando los animales salen del arca. Es decir, queda abierta al naturalista la investigación del tiempo en que esas especies invadieron las Américas, o, si son autóctonas, sus antecesores.

En relación con la segunda, Aguirre argumenta que la adaptación y acantonamiento en un nicho geográfico determinado, no trae consigo ningún cambio en los caracteres de las especies; antes bien, una diversidad nata de éstas es la que determina su dispersión y distribu-

²⁸² José de Acosta. Historia natural y moral...op. cit., libro primero, capítulo 24, p. 63.

²⁸³ E. Aguirre. Op. cit. 179-180.

ción en los nichos, en tanto que “todos los animales salieron del arca; pero por instinto natural y providencia del cielo, diversos géneros se fueron a diversas regiones, y en algunas de ellas se hallaron tan bien, que no quisieron salir de ellas, o si salieron no se conservaron, o por tiempo vinieron a fenecer, como sucede en muchas cosas.” Hace notar Aguirre, que si bien Acosta no advierte la profundidad en la historia biológica, para quien el Arca es el sitio de partida de esta cuestión, si concluye en un doble sendero al señalar que el instinto natural juega un papel tan importante como la providencia del cielo.

Aún más, reconoce que la adaptación y confinamiento en América, no es único, al indicar que

esto no es caso propio de Indias, sino general de otras muchas regiones y provincias de Asia, Europa y África: de las cuales se lee haber en ellas castas de animales que no se hallan en otras; y si se hallan, se sabe haber sido llevadas de allí. Pues como estos animales salieron del arca: *verbi gratia*, elefantes, que sólo se hallan en la India oriental, y de allá se han comunicado a otras partes, del mismo modo diremos de estos animales del Perú y de los demás de Indias que no se hallan en otra parte del mundo general de otras muchas regiones y provincias de Asia, Europa y África.²⁸⁴

La otra hipótesis que se maneja, la evolucionista, es expuesta por Acosta, de acuerdo con Aguirre, sin mayor problema; los razonamientos sugieren naturalidad y espontaneidad, “plena franqueza y honradez”. Aborda el tema en relación con la calidad física de las diferencias entre los animales.

Se pregunta acerca del origen de los animales hallados en las Indias, y que no se encuentran en Europa y de inmediato surge la franca exposición a la que se alude, cuando menciona que si a dichas criaturas las produjo el Creador aquí en Indias,

no hay para qué recurrir al arca de Noé, ni aun hubiera para qué salvar entonces todas las especies de aves y animales si habían de criarse después de nuevo; ni tampoco parece que con la creación de los seis días dejara Dios el mundo acabado y perfecto, si restaban nuevas especies de animales por formar, mayormente animales perfectos, y de no menor excelencia que esotros conocidos.²⁸⁵

Y se pregunta “¿cómo no quedó su especie de ellos por acá?, ¿cómo sólo se halla donde es peregrina y extranjera? Ciertamente es cuestión que me ha tenido perplejo mucho tiempo. En referencia a los carneros del Perú “¿quién los llevó al Perú?”, ¿o cómo fueron?, pues no existe rastro de ellos en todo el mundo; Y si son originarios de este lugar, ¿cómo se formaron y produjeron allí? ¿Por ventura hizo Dios nueva formación de animales? Y más todavía,

²⁸⁴ José de Acosta. Historia natural y moral... op. cit., libro cuarto, capítulo 36, p. 203.

²⁸⁵ Ídem, p. 202.

Lo que digo de estos guanacos y pacos diré de mil diferencias de pájaros, aves y animales del monte, que jamás han sido conocidas ni de nombre, ni de figura, ni hay memoria de ellos en latinos ni griegos, ni en naciones ningunas de este mundo de acá. Sino es que digamos que aunque todos los animales salieron del arca; pero por instinto natural y providencia del cielo, diversos géneros se fueron a diversas regiones, y en algunas de ellas se hallaron tan bien, que no quisieron salir de ellas, o si salieron no se conservaron, o por tiempo vinieron a fenecer, como sucede en muchas cosas... También es de considerar si los tales animales difieren específica y esencialmente de todos los otros, o si es su diferencia accidental, que pudo ser causada de diversos accidentes, como en el linaje de los hombres ser unos blancos y otros negros, unos gigantes y otros enanos. Así, *verbi gratia*, en el linaje de los simios ser unos sin cola y otros con cola, y en el linaje de los carneros ser unos rasos y otros lanudos: unos grandes y recios, y de cuello muy largo, como los del Perú; otros pequeños y de pocas fuerzas, y de cuellos cortos, como los de Castilla. Mas por decir lo más cierto, quien por esta vía de poner sólo diferencias accidentales pretendiere salvar la propagación de los animales de Indias y reducirlos a las de Europa, tomará carga que mal podrá salir con ella. Porque si hemos de juzgar de las especies de los animales por sus propiedades, son tan diversas, que querellas reducir a especies conocidas de Europa será llamar al huevo castaña.²⁸⁶

La diversidad de especies que ha conocido, preside su concepción evolucionista, porque con ello, dice Aguirre en su análisis, percibe las diferencias, pero también las analogías que se revelan cada vez más armónicas y totales. La diversidad se puede convertir en un obstáculo lógico para concluir la descendencia por generación, en filosofía las especies difieren por algo esencial y por lo mismo son irreductibles. Lógicamente que de una especie no puede salir aquello que constituye diferencialmente la otra especie.

Si se pudiera resumir el pensamiento de Acosta en una palabra, ésta sería modernidad. En ella se encierra toda una serie de planteamientos que incluso fueron rescatados en ulteriores tiempos. Si sus razonamientos son ricos, la manera en que los plantea sólo demuestra erudición. Con un manejo firme de las autoridades intelectuales de su tiempo, sabe plasmar sus reflexiones sobre la naturaleza americana. Reflexiona pausadamente sobre diversos aspectos que observa, y dichas reflexiones las encauza por el camino del razonamiento; pausadamente parte del análisis de lo que dijeron los antiguos, de lo que se escribe en los sagrados textos, y luego cuando los argumentos de esta naturaleza no alcanzan a satisfacer su curiosidad intelectual, plantea los que su experiencia y razón le dictan.

No en balde habla magistralmente sobre la imaginación, y sus implicaciones sobre estos nuevos razonamientos que le toca construir, habla de ella como una herramienta para todo aquel que quiera acercarse a la explicación natural de las cosas, sin olvidarse del marco que encierra toda obra, Dios. También con ella concibió otro continente, un estrecho o un paso natural para una migración del hombre,

²⁸⁶ *Ídem*, P. 202-203.

porque no era posible que el americano fuera autóctono. Y para ello desechó varios argumentos, tanto religiosos como naturales. Imaginó una navegación sin cartas de marear o sin la piedra imán y concluyó que no era posible, y su reflexión lo llevó a plantear el paso natural en algún lugar del extremo norte americano.

Todo ello no implicó olvidarse del marco que encierra toda obra, Dios, sin salirse de estos límites, es evidente que ya los sagrados escritos no pueden atender las dudas de tan vastos lugares que se han integrado a la cultura europea, y que sobre de ellos no hay explicación. Este es otro mérito de Acosta. Integrar a la cultura occidental a todo un continente desconocido desde tiempo atrás.

VI. PALABRAS FINALES

En la relación entre la naturaleza y la cultura, plasmada en los textos que se han tratado, debe ser considerado el hombre como el ente creador que otorga a su mundo de vida diversos valores y símbolos a los que está ligado, sin dejar de lado las posturas que tienen sustento en la razón, en la reflexión y en la experiencia, ésta como argumento irrefutable para concebir nuevos conceptos y desechar aquéllos que el mismo tiempo señala como indefendibles.

Estos escritos son relevantes porque indican las primeras experiencias sobre la ocupación de un espacio totalmente desconocido, y no sólo eso, estigmatizado por siglos. Abordaron el problema de una manera muy amplia, se pudiera decir que no dejaron fuera aspecto alguno: contemplaron montañas, ríos, mares, sin descuidar el clima, hecho que implicó enfrentar más de un concepto, pues la historia señalaba que las tierras ubicadas en los trópicos eran inhabitables, que las consecuencias de habitarlas serían funestas. Observaron sociedades perfectamente estructuradas y lejanas al salvajismo al que ellos mismos los habían destinado. Describen la novedad y la maravilla de un paisaje ajeno y la mayor parte de las veces, sino es que siempre, reflejan su admiración por lo que observan.

Para el Cosmos cristiano y medieval, existió un concierto espacial de acuerdo con el modelo trinitario, creado a partir de una imagen de tres masas continentales conocidas pero no definidas del todo y con la idea, sólo la idea, de un mundo ubicado en la parte meridional. El rompimiento de ese modelo integró civilizaciones, otrora antípodas, dignas de admirarse; el asombro forma parte de ese descubrimiento pues el espacio no sólo trasciende de inhabitable a habitable, sino que está habitado por sociedades semejantes en orden y policía con las de Europa.

El nuevo espacio que se posa ante sus ojos despierta los sentidos y la belleza que se descubre resulta de la obra divina, la más importante de todas, pero no sólo eso, también habría que encontrar su relación con el mundo celeste y explicarlo por sí mismo.

La experiencia de aquéllos demostró condiciones diferentes conforme se alejaban de la región del Mediterráneo. En sus escritos legaron reflexiones sobre ese mundo natural y la sociedad a la que estaban sometiendo. Hernán Cortés describe las particularidades y costumbres de tierras y pueblos cuya cultura le interesa y admira; está latente en él un afán por investigar que implicó un deseo constante por conocer los secretos de sus futuros dominios.

La apreciación por la novedad está viva y por ello cree en la esperanza de una enorme riqueza. En sus *Cartas de Relación* se percibe la

observación del paisaje con el deseo de llevar lo exótico y lo desconocido al rango de lo conocido, con rasgos incluso familiares, cuando compara todo paisaje americano con el español. Pero no es lo que más llama su atención, para él es más relevante la acción humana y su papel en el entorno. Más que la novedad aprecia el orden, la organización, la policía, el gobierno eficaz y las costumbres de los pueblos indígenas, visualizadas a través del mantenimiento y concierto que observa. Las ciudades americanas guardan armonía entre la obra humana que es la ciudad y la obra natural en la que se circunscriben. Observa que el hombre indígena impone sus condiciones a través de las ciudades construidas en sitios ganados al agua y el abastecimiento a cada una de ellas es tal que no les falta nada, por mínimo que pueda ser.

En cambio en el análisis de la obra de los frailes se aprecia una visión diferente, igualmente variada. La tierra fue creada como morada del hombre y todo se ordenó para la conservación de su género. El hombre se atuvo a la Creación, a sus bondades, pero podía ayudar con sus manos y su trabajo a la perfección y embellecimiento de la misma y con ello contribuir al desarrollo progresivo de la humanidad. En tal sentido, las obras de los hombres, incluidas las construcciones y los campos de cultivo, las ciudades, se entendieron como aportaciones a la Suprema Obra.

Para *Motolinía*, la conquista encabezada por Cortés tiene un valor secundario, pues lo relevante es la conversión del indio al cristianismo. En tanto alejado de la mano de Dios estaba desprovisto de todo y esa carencia se extendía a la propia naturaleza. Las plagas o las epidemias que padeció Nueva España y que involucran tanto aspectos de índole social como de salud o hambrunas, son pruebas que habrá que superar para llegar a la meta final; se traducen en una constante depuración, una limpieza para alcanzar la bonanza divina. Pero también describe múltiples cualidades que el cristianismo imprimió al espacio recién convertido. Esa naturaleza se traduce en el libro abierto para la contemplación y magnificencia de Dios; se observa y se percibe su grandeza y es justo que los cristianos se encarguen de la conversión, esencial ésta para un correcto funcionamiento del entorno, pues un espacio ya cristianizado implica múltiples beneficios.

La grandeza de la tierra se constituye por las cualidades del territorio, tales como la belleza, la exuberancia o su fantástica riqueza. La tierra, la frescura de las montañas y la abundancia del agua no pasan desapercibidas, lo mismo que lo exótico del paisaje tropical. Pero ante todo al hombre, sean de cualquier condición, lo concibe como un ser pequeño ante lo omnipotente del Creador, todos son diminutos ante el poder de Dios que ha dejado huella imborrable en estos parajes.

Pero también la obra franciscana entresaca apreciaciones para un hombre que, de acuerdo con el pensamiento cristiano, vivía en el pecado y a pesar de ello le reconocieron virtudes con un pensamiento perfectamente estructurado; sus extraordinarias virtudes permitieron su evangelización, cuestión que es más clara en la obra de fray Bernardino de Sahagún.

Ante todo reconoce su pasado adánico, acorde desde luego con las Sagradas Escrituras, cumpliendo así el primer punto para ser cristianizado. Pero este argumento tan importante no puede exponerlo Sahagún de una manera ligera; ante todo tiene que saber y reconocer que si bien los indígenas, pecadores por estar tan cerca de Satanás y por sus ritos idolátricos, son también poseedores de una razón y de una inteligencia que se observa a través de sus obras y de sus actitudes. La *razón* es el punto esencial que los separa de la bestialidad y ello les permitió alcanzar un status intelectual que los ubicó a la par de cualquier otro pueblo. La carencia que padecieron fue el abrigo divino en términos cristianos, hecho que por demás está a punto de desaparecer.

Sahagún no puede evitar exponer su sentimiento encontrado que si bien brinda el relato de un pueblo pecador, abrazado por el demonio también los hace, y quizá con mayor elocuencia y admiración, del austero, amante de la virtud y del orden, sobrio en sus consejos y vigoroso, fuerte en sus costumbres. Respeta y no oculta la simpatía por aquel pueblo que comprendió el valor de la educación y su aplicación al cultivo de la disciplina y al dominio de sus instintos. Se encuentra, quizá, ante el cristiano que en Europa ha dejado prácticamente de existir, el que está alejado de Dios y cercano a la codicia y a la vida vacía.

Para finales del siglo XVII el rumbo es otro. No existe necesidad por explicar o por dar a conocer las bondades de un paisaje o la razón del indio americano. Se trata ahora de una identidad del criollo con su entorno e incluso un enfrentamiento directo entre escritores novohispanos y las ideas plasmadas desde la antigüedad. El que los antiguos calificaran a la tórrida como una región desierta, infatigable y enemiga de la vida humana, es simplemente una calumnia.

Entre el nacido en Europa y el de las Indias, existió oposición y subordinación. Ambos tenían todo en común: el color de la piel, la religión, la historia, la lengua, todo, excepto la tierra, el ambiente; y en razón a ello se creó la diferencia. Y la tierra que los había engendrado se convirtió en una condena.

En el discurso de fray Agustín de Betancourt se habla ya de un México con terreno fértil, en donde se siembra y se recoge el trigo y la cebada, como ejemplo de granos europeos pero además maíz, chile,

cacao algodón y otras plantas que se cosechaban en el México antiguo.

Los criollos exaltaron la naturaleza americana y encontraron una senda para consolidar sus diferencias ante el europeo. La teoría humoral y los principios del determinismo astrológico, fueron utilizados en razón al benigno clima americano.

Para el siglo XVII la calumnia que considera Betancourt también refiere la idea de que los antípodas serían “incultos y fabulosos” y estar constituidos de otra naturaleza y otra condición, inferior en este caso, a la de nuestro padre Adán. Y todavía está latente, en palabras del mismo fraile y en contra de que demuestra la misma experiencia, que más de uno tiene por imposible que los habitantes de esta tierra sean verdaderos hombres. Demuestra lo contrario pero igualmente destaca las apacibles condiciones para la vida humana de los climas americanos, más estables que en Europa, el temperamento de la tierra, los alimentos de la vida humana, abundancia en lo necesario y ejercicio en la obras.

El criollo sufre menosprecio debido a que la antigua cosmografía otorgó a las Indias un papel de irracionalidad.

En Enrico Martínez se nota la influencia del cosmógrafo, del científico en toda la extensión del término; un individuo en el cual confluyen los conocimientos que han generado todas las disciplinas conocidas. Como astrólogo el espacio está en una clara y precisa conjugación con el tiempo, manifestado éste por el movimiento; la influencia de los astros en la vida del hombre se manifiesta en un instante preciso, con un tiempo determinado. Es la relación del hombre con los astros, que implica una forma de adivinación. Las esferas que componían el universo fueron la eran sede de los cuerpos luminosos fijos, siguiendo en orden el *Stellatum*, las estrellas fijas y la zona del *Primer Motor*, pero es Dios quien le inyecta poder y movimiento a la esfera universal, y ellas a su vez transmiten a la Tierra “influencias”, que es necesario reconocer.

Enrico Martínez hace el *Reportorio*, porque lo conocido en materia astrológica hasta ahora no era aplicable a la gente que vivía en la Nueva España. Es por esto que el *Reportorio* es ante todo una obra que trata de entender a la naturaleza novohispana, al recoger datos elaborados en este territorio para la gente que habita el lugar, sin meter manos a las correspondientes elaboradas en Europa.

Es necesario realizar lunarios porque así lo exige la cultura que se ha implantado, pero esos lunarios deben de ser acordes con las características propias de la realidad novohispana, vista como una de los componentes de la Máquina del Mundo en donde existe estrecha relación con cada uno de los otros miembros del sistema. Ninguna

parte falla y todo tiene que desempeñar un papel, las constelaciones o las estrellas son protagonistas en esta obra trascendental, lo mismo que los vegetales y los animales, pues al fin y al cabo sólo son partes del Mundo.

También la Tierra es un receptáculo que recibe fuerzas de cada una de las partes universales, hecho que se deja apreciar en los elementos. El cielo causa la mudanza de los tiempos, los años, pestilencias, inundaciones, temblores de tierra y cosas semejantes. Es del cielo de donde emanan todas las exhalaciones que mueven al aire y causa igualmente los temperamentos en los años, en tanto que no se repiten, pues la variedad está presente en ellos. Los hombres al nacer adquieren humores que definen ciertos rasgos, igual pasa con las ciudades que están marcadas por el ascendente, definido por el momento en el que se puso la primera piedra de su fundación.

Cada uno de los autores analizados tiene sus propias particularidades para acercarse a la naturaleza que le toca observar, pero la contempla de acuerdo con su propia percepción aunque todos tienen también un punto de apoyo en común, una cultura a la que pertenecen, que es la que dicta los rumbos a seguir. En sus escritos encontramos novedad, asombro, admiración o mera reflexión sobre lo encontrado. En sentido estricto ninguno es determinista en el momento mismo en el que valora la obra humana como parte del paisaje que observa. La armonía de la ciudad en los lagos, la cristianización de un paisaje y las bondades que de ello derivan, la razón de un hombre hasta ahora alejado de Dios, la identidad con el territorio y con los cielos buscan precisamente apuntalar las particularidades del Nuevo Mundo. Pero José de Acosta trasciende a ello. No es su propio punto de vista lo que plasma, no es el jesuita que se preocupa por entender el libro abierto de la naturaleza americana a la manera de los franciscanos; no es el conquistador al que le asombra el orden y el mantenimiento de la sociedad indígena, ni es el astrólogo o el fraile que busca la identidad americana. Quizá sea parte de todos ellos, lo que pretende es insertar a las Indias Occidentales en un nuevo orden que se está gestando.

El modelo trinitario no cabe en su mente; juzga a los doctores de la iglesia y enfrenta el problema de una manera en la cual los factores geográficos permiten acercarse al entendimiento de la naturaleza americana. Las diferencias estarán dadas en razón de ello, es un Nuevo Mundo que está presente y como tal tendrá que ser atendido; es otorgar a las Indias Occidentales, en sí y por sí mismas, el lugar que deben ocupar en el mundo moderno, el que todos ellos forjaron.

Es posible que cada uno de los autores analizados profesara el racionalismo propio de los doctores de la iglesia que sostuvieron la

PALABRAS FINALES

inhabitabilidad de los trópicos. Pero la experiencia demostró lo contrario y había que entablar un nuevo diálogo con el marco natural que pisaban. Este parlamento estaría dado por argumentos totalmente distintos, a los que se añadirían hallazgos de culturas y paisajes dignos de admirarse, vientos serenos que permitían la vida humana incluso con una mejor calidad, ríos interminables y majestuosas montañas. Pero habría que entablarlos con la razón, quitando herencias, y forjar nuevas formas de apreciar el Cosmos.

REFERENCIAS CITADAS

- ACOSTA, José de *Historia Natural y Moral de las Indias*. Historia 16, Madrid, 1987. edición, introducción y notas de José Alcina Franch.
- ACOSTA, José de. *De procuranda indorum salute*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1944, estudio preliminar por Luciano Pereña,
- ACOSTA, Joseph de. Historia natural y moral de las Indias en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios. Edición preparada por Edmundo O'Gorman. Fondo de Cultura Económica. 2a. Edición. México, 1985. (Biblioteca americana, 38. Serie cronistas de Indias.)
- AGUIRRE, E. "Una hipótesis evolucionista en el siglo XVI. El padre José de Acosta, S.I. y el origen de las especies de las especies americanas". En: *Arbor*. T. XXXVI, Num. 134, febrero de 1957.
- ALCALÁ, Manuel. *César y Cortés*. Editorial Jus, México, 1950
- ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. "La filosofía natural en el padre José de Acosta". En: *Revista de Indias* editada por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Enero-marzo, año IV, num. 11, 1943.
- ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel. *La Conquista de la naturaleza*. CSIC, Madrid, 1993.
- ÁLVAREZ, Salvador. "Tierras imaginadas, tierras en imágenes: la geografía asiática del Nuevo Mundo en la cartografía del descubrimiento" en: *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*. Vol. XIX, No. 75, Verano 1998. El Colegio de Michoacán.
- ARISTÓTELES. *Acerva del cielo Meteorológicos*. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1996, introducción y notas de Miguel Candel
- BARTRA, Roger. *El salvaje en el espejo*. Ed. Era, México, 1992.
- BENAVENTE, Fray Toribio de. *Historia de los indios de la Nueva España*. Dastin Historia, Madrid, 1985, Edición de Claudio Fabregat, colección crónicas de América.
- BETANCOURT, Fray Agustín de. *Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares histórico y religiosos del Nuevo mundo de las Indias*. 2ª Edición facsimilar, Editorial Porrúa, Mexico, 1982, Colección biblioteca Porrúa No. 45.
- BOORSTIN, Daniel J. *Los descubridores*. 4ª Edición, 1ª edición en rústica, ed. Crítica, Barcelona, 2000.
- BUSTOS, Gerardo. *Libro de las descripciones*. U.N.A.M., México, 1988.

REFERENCIAS CITADAS

- BÜTTNER, Manfred. "El significado de la reforma para la nueva orientación de la geografía en la Alemania Luterana". En: *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*. Universidad de Barcelona, Noviembre de 1977,
- CAPEL, Horacio. La física sagrada. Creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española Siglos XVII-XVIII. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco. *México en 1554 y Túmulo imperial*. Ed. Porrúa, México, 1991, Edición prólogo y notas de Edmundo O'Gorman. Col. Sepan cuántos, no. 25.
- CLAVIJERO, Francisco Javier. *Historia Antigua de México*. 9ª. Edición, Ed. Porrúa, México, 1991, col sepan cuántos.
- CORTÉS, Hernán. *Cartas de relación*. Dastin Historia, Madrid, 1985, Edición de Mario Hernández Sánchez-Barba, colección crónicas de América.
- CORTÉS, Hernán. *Cartas de relación*. Editorial Porrúa, México, 1988, nota preliminar de Manuel Alcalá, Colección sepan cuántos. no. 7
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia de la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Ed. Porrúa, México, 1986.
- ELIADE, Mircea. *Tratado de historia de las religiones*. 6ª. Edición, México, 1986, Ed. Era.
- ELLIOT, J. H. *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*. Alianza editorial, Madrid, 1972.
- ESTEVE Barba, Francisco. *Historiografía Indiana*. 2ª. Edición, Gredos, Madrid, 1992.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, F. GARZA MERODIO, G. La pintura geográfica en el siglo XVI y su relación con una propuesta actual en la definición de paisaje. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2006, vol. X, núm. 218 (69). <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm>> [ISSN: 1138-9788].
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Edición, introducción y notas de José Miranda. F.C.E., México, 1979. (Serie: cronistas de Indias).
- GARCÍA GUAL, Carlos. "La visión de los otros en la antigüedad clásica". En Miguel León Portilla, et. al., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo I. Imágenes interétnicas*. Siglo XXI de España editores, Madrid, 1992.
- GERBI, Antonello. La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900. 2ª. Edición, FCE, México, 1993.

REFERENCIAS CITADAS

- GERBI, Antonello. La naturaleza de las Indias Nuevas. DE Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo. FCE, México, 1978.
- GLACKEN, Clarence J. Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII. Prólogo del Horacio Capel. Ediciones El Serbal, Barcelona, 1996.
- HERODOTO *Los nueve libros de la Historia*, 4ª. Edición, México, Editorial Porrúa, Estudio Introdutorio de Edmundo O'Gorman. 1986 Col. Sepan Cuántos No. 176.
- HERODOTO. *Los nueve libros de la historia*. Ed. Gredos, Madrid, 1991.
- IVANHOE, Francis. "El padre José de Acosta, cronista de Indias" En: *Historia Mexicana*. El Colegio de México, Num. 65, vol. XVII, julio-septiembre, 1967, No. 1
- KAPPLER, Claude. Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media. Akal universitaria. Madrid, 1986.
- LANDÍVAR, Rafael. *Por los campos de México*. UNAM, México, 1993, Biblioteca del estudiante universitario, no. 34, Prólogo, versión y notas Octaviano Valdés.
- LAS CASAS, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. F. C. E., México, 2a. edición, 1992, Serie Cronista de Indias, libro I.
- LEÓN-PORTILLA Miguel. "México-Tenochtitlan, metrópoli de la China". En: *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*. Septiembre, 1990, No. 476.
- LEWIS, C.S. La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y Renacentista. Ed. Península, Barcelona, 1997
- LINDBERG, David C.. Los inicios de la ciencia occidental. La tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional (desde el 600 a. C. hasta 1450) Paidós, Barcelona, 2002.
- LLERENA GONZÁLEZ, Alicia. "Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)". En: Julio Ortega y Sosí Amor y Vázquez. *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo*. El Colegio de México-Brown University. México. 1994.
- LOPETEGUI, León *Notas sobre la actividad teológica del P. José de Acosta*. En: Gregorianum Vol. 21, año 21, Roma, 1940.
- LÓPEZ MEDEL, Tomás. *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*. Alianza editorial, Madrid, 1990, edición y estudio preliminar de Berta Ares Queija,

REFERENCIAS CITADAS

- MANILIO *Astrología*. Biblioteca Básica Gredos. Madrid, 2002, Introducción general de Francisco Calero
- MARTINEZ, Henrico. *El repertorio de los tiempos e historia natural de la Nueva España*. Novum, México, 1991, introducción de Francisco de la Maza; apéndice bibliográfico de Francisco González de Cossío, seguido del ensayo biográfico de Francisco de la Maza.
- MARTÍNEZ, José Luis *Hernán Cortés*, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica.1990
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. José Porrúa e hijos, México, 1964.
- MAY, Eduard. *Filosofía natural*. FCE, México, 1956.
- MELON, Amando “El padre Acosta y significación de su historia”. En: *Cuadernos hispanoamericanos*. Madrid, febrero de 1966, no. 194
- MENENDEZ PIDAL, Gonzalo. *Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del consejo de Indias y de los tratadistas españoles*. Gráficas Ultra, Madrid, 1944.
- MOLLAT, Michel. *Los exploradores del siglo XIII al XVI*. F.C.E., México, 1990.
- MORISON, S. E. *Cristóbal Colón*. Editorial Diana, México, 2a. edición, 1992.
- MOTOLINIA, Fray Toribio. *El Libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de Fray Toribio*. CONACULTA, México, 1989, Trabajo realizado en el seminario de historiografía mexicana de la Universidad Iberoamericana, dirigido por Edmundo O’Gorman.
- MOTOLINIA, Fray Toribio. *Historia de los Indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*. 7ª. Edición, Editorial Porrúa, México, 2001, estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O’Gorman. Colección sepan cuántos.. no. 129
- NÁJERA, Martha Iliá. *El don de la sangre en el equilibrio cósmico*. UNAM, IIF, México, 1987.
- NEBENZAHL, Kenneth. *Atlas of Columbus and the great discoveries*. Rand McNally, Chicago, New York, San Francisco, 1990.
- O’GORMAN, Edmundo. *El libro perdido*. CONACULTA, México, 1989.
- O’GORMAN, Edmundo. *La invención de América*. 2ª. Edición, SEP-FCE, México, 1992.

REFERENCIAS CITADAS

OBRAS DEL P. JOSÉ DE ACOSTA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. *Biblioteca de autores españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*. Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos

ORTEGA Y MEDINA, Juan A.. *Imagología del bueno y mal salvaje*. UNAM, México, 1987.

PAGDEN, Anthony. *La caída del hombre. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*. Ed. Alianza, Madrid, 1988.

PEREYRA, Carlos. *Hernán Cortés*. Ed. Porrúa, México, 1985, col. Sepan Cuántos, no. 165.

PEREYRA, Carlos. *La conquista de las rutas oceánicas*. Ed. Saturnino Calleja, Madrid, 1923.

PINTA LLORENTE, Miguel de la. *Actividades diplomáticas del P. José de Acosta. En torno a una política y a un sentimiento religioso*. Consejo de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, Escuela de Historia Moderna, Madrid, 1952.

PLATON. *Diálogos*. Ed. Gredos, Madrid, 2000, t. VI

PLINIO el Viejo. *Historia Natural*. Ed. Gredos, Madrid, 1995, Biblioteca Clásica Gredos. no. 206, p. 421. Introducción general Guy Serbat, traducción y notas de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas y otros.

PLINIO. *Historia Natural*. Cátedra Letras Universales, Madrid, 2002, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaría, Susana González Marín y Eusebia Tarrío.

Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco). UNAM, México, 1983. Estudio preliminar Mercedes de la Garza y Ana Luisa Izquierdo.

RICARD, Robert. *Conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*. FCE, México, 1986.

RUIZ MORALES Mario y Mónica Ruiz Bustos. *Forma y dimensiones de la Tierra. Síntesis y evolución histórica*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 2000.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. 4ª edición, ed. Porrúa, México, 1981, edición, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel María Garibay Tomo I.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. 3ª. Edición, CONACULTA, México, 2002, col. Cien de México, p. 61. Estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y de Josefina García Quintana.

REFERENCIAS CITADAS

- SARTON, George. *Ciencia antigua y civilización moderna*. FCE, México, 1980, col. Breviarios No. 155.
- SMITH Catherine. "Los cartógrafos y la imaginaria" En: *Correo de la UNESCO*, Junio, 1991.
- TESTER, Jim. *Historia de la astrología occidental*. Siglo XXI editores, México, 1990.
- TRATADOS HIPOCRÁTICOS. Editorial Gredos, Madrid, 1986. Introducciones, traducciones y notas por J.A. López Férez y E. García Novo.
- URTEAGA, Luis. *Las ideas medioambientales en el siglo XVIII. Naturaleza, clima y vegetación*. Ediciones Akal, S. A. Madrid, 1997, serie historia de la ciencia y de la técnica,
- VELÁSQUEZ, María del Carmen. Cartografía novohispana. Una selección de los manuscritos y grabados que al respecto se conservan en el Museo Naval de Madrid. México, San Ángel ediciones, 1980.
- VERNET, Juan. *Astrología y astronomía en el Renacimiento*. El Acantilado, Barcelona, 2000.
- VILLORO, Luis. *El pensamiento moderno. Filosofía del renacimiento*. FCE-El Colegio Nacional, México, 1992.
- VILLORO, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. 3ª. Edición. México: FCE-COLMEX-EL COLEGIO NACIONAL. 1998.
- WECKMANN, Luis *La herencia medieval de México*. F.C.E. México, 1984.
- ZEA, Leopoldo (compilador). *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*. F. C. E., México, Col. Tierra Firme, 1991.